

José María Álvarez

SIEG HEIL!

SEVILLA  AÑO 2007

LOS CUATRO VIENTOS
RENACIMIENTO

Todavía a finales de Marzo de 1933, cuando ya Alemania, muda como aquellos ciudadanos de Londres que Buckingham le anunciaba a Ricardo, asentía al Horror; frente a la criminal rendición de los partidos políticos ante la canalla Nazi, que tanto favoreció el entregarse de una sociedad exánime en los brazos de Hitler; frente a los ardorosos himnos de los cerriles, a la vergonzosa claudicación de la Judicatura, al cómplice sometimiento del Ejército, muy por encima del repugnante estrechamiento de manos de von Hindenburg y Hitler, de la brutalidad de las SA, de los burdos discursos de Goebbels, del volver la vista hacia otro sitio de la mayoría de la sociedad ante la picadora de carne del nuevo Poder... todavía en la noche de Berlín, brillaba la orgullosa y desolada Libertad de un cabaret: la Catacumba. Allí, cada día, un hombre, el actor y presentador Werner Finck, salvaba sobre aquel escenario las libertades y la dignidad humanas. Werner Finck no defendía idearios políticos; sus palabras, sus inteligentísimos juegos de palabras, siempre fueron alegres, desvergonzadas, la más implacable autopsia de los acontecimientos, con humor, un humor vitriólico, inapelable, inviolable para los asesinos. Mientras pudo, jamás dejó de denunciar las acciones de aquella gentuza que se había apoderado de su nación.

Es por ello, y como símbolo de otros hombres libres, que dedico estas reflexiones sobre aquella época atroz, a WERNER FINCK. Y jugando con el extraordinario prólogo que Borges escribió para *El Hacedor*, permítame, querido y respetado Finck, que imagine una de aquellas noches maravillosas en la Catacumba, y que sueñe que después de su actuación, entro a saludarle a su camerino, le entrego este libro y usted lo acepta con agrado.

JOSÉ MARÍA ALVAREZ

«Th'abuse of greatness is when it disjoins
Remorse from power».

SHAKESPEARE, *Julio Cesar*, II, 1, v. 18-19

«Tu marches sur de morts, Beauté, dont tu te moques;
De tes bijoux l'Horreur n'est pas le moins charmant».

CHARLES BAUDELAIRE

I

«La Conciencia señala a la libertad un camino seguro»

RAMÓN LLULL

«El verdadero grito de la Civilización es: ¡Nada de arbitrariedad!»

STENDHAL

¿POR QUÉ ESTE LIBRO?

Toda mi vida me ha preocupado el tema. En tantos libros consultados – historias, biografías, memorias, ensayos...– siempre he tenido la sensación de que ciertas preguntas no se respondían, en el sentido que para mí significaban aquellos trágicos acontecimientos. Me daba cuenta de dos cosas (hasta en los textos más amados): Ese exterminio de la Libertad, de la Moral, de la Ley, de la dignidad humana, cuando no nacido ex nihil, sí parecía extraordinario, no cinchado a la Historia, cuando yo cada vez encontraba más causas del mismo; esto es: parecía la obra destructora de un loco (pues la adjudicación de responsabilidades a la cima del Poder era casi otra de las constantes, cuando yo veía esa culpa mucho más extendida) empeñado en destruir la Democracia. Y yo cuanto más avanzaba en mis consideraciones, más engrasados me parecían, precisamente por el rumbo que había tomado esa Democracia, los raíles sobre los que se desencadenaba la locomotora totalitaria. Pues totalitarios se querían, aunque por las características del desgobierno en que se sumieron, no llegaron a afinar los instrumentos de dominación ni tan extensa ni tan implacablemente como lo conseguiría el Comunismo o la evolución intervencionista de esa Democracia.

¿Por qué no ordenar mis ideas?

Así empecé a configurarlas desde los primeros años noventa del siglo pasado; en ocasiones, tomaba notas de mis lecturas sobre el tema, pero iban quedando en libretitas olvidadas. En 1994, en Venezia, en alguna de sus largas noches, empecé a escribir. Pero el primer problema fue establecer qué quería yo contar. La historia de la toma del poder por los nazis es sobradamente conocida, y está explicada por extraordinarios estudios (desde los magníficos de Bullock, Trevor-Roper, Kershaw, Furet, Nolte, Vermeil, Payne, a Arendt, Fest, Friedländer y tantos otros) y testimonios de muchos de los propios participantes en aquellos acontecimientos, de Brüning a von Papen, Carl Schmitt, Haffner, Aron, Höss, Ciano; incluso las controvertidas, de Hermann Rauschning, Paul Schmidt, Churchill, Goebbels o los muy penetrantes textos de Albert Speer (aunque en sus atemperadas *Memorias...*

«no podía contar todo»), especialmente *La Inmoralidad del Poder*, cuya edición francesa pude leer en 1991, etc. A lo largo de 1995, cuando ya tenía más o menos claras mis ideas sobre el significado del Nazismo, y que lo que me interesaba más, era su construcción de un Imperio sin la Ley sobre las ruinas de otro Imperio sin la Ley, al menos en lo que para mí era y es el Imperio de la Ley, pensé que a las reflexiones sobre ello quizá le conviniera una narración de los hechos. Decidí limitarme a los últimos meses; y ceñirme a lo fundamental, pues, como digo, tantos libros lo han expuesto de forma inmejorable, y tampoco el mío pretendía ser una Historia. Así, ese 1995 estuvo lleno de relecturas, anotaciones y ordenación de los acontecimientos. Después –por causas diversas, entre ellas, y no menos importante, la insistencia en mi cabeza de la pregunta: ¿Y para qué?– abandoné el manuscrito.

En 1999, con una fuerza notable, ciertas instancias despertaron de nuevo mi interés: la primera fueron páginas de Borges tantas veces leídas, su *Deutsches Requiem*. La segunda iba afianzándose en mis relecturas de Hayek; sí, probablemente no iba yo tan descaminado. La tercera sucedió en Hungría, en una cena muy agradable donde alguien recordó la anécdota, que yo ya sabía, del molinero prusiano al que el Rey quiso comprar sus tierras, y al negarse el molinero, un enviado del monarca lo amenazó con el uso del poder Real, a lo que el buen molinero repuso: «Todavía hay leyes en Prusia». Después, una noche, releendo a Jung, reflexioné en lo que decía, que «si pensamos sólo en 1933 a 1934, había entonces bastantes cosas plausibles en Alemania que hablaban a favor del régimen»... ¡cuando ya estaba desatada toda la destrucción del Imperio de la Ley! Por último, el empujón definitivo me vino también en otra cena con amigos, en París –amigos de cuya inteligencia no podía dudar, ni de su honorabilidad–, cuando de pronto me di cuenta de que todos comulgaban con el ideario socialista, pero separándolo de cualquier pretensión intervencionista o totalitaria.

Acaso no sea inútil este libro, me dije. Lo que pasó en Alemania no creo que fuese un paso más, ni otra forma de golpe de Estado: fue un paso más en la extensión del poder del Estado. No una hecatombe, que cayó sobre el mundo, y que «las Democracias» vencieron. Sino una de las cimas de esa Democracia que había optado por la vía igualitaria. Y quizá el silencio sobre la verdad del Nazismo o sobre lo que yo creo que es su verdadero significado, no sea sino el despiadado aunque coherente discurso de esa vía democrática, que cargando todo el peso del horror sobre aquel régimen, parece volar sin trabas en la destrucción de las libertades y desde luego, conduce igualmente al control de la sociedad. Porque si lo analizamos bien, no menos peligroso fue –y es– Roosevelt y su herencia, o el veneno que cristalizó en el Laborismo inglés y que hoy campa en todo el mundo en la expansión desmesurada de la «Justicia Social» y otras componendas, que aquel régimen abominable, que precisamente por sus brutales características y su corta duración, no ejerció un poder lo suficientemente largo –ni estructurado– como para ser el triunfante. Como

proclama Macbeth: We have scorch'd the snake, not kill'd it/ She'll close, and be herself.

Cuando ya tenía un poco ordenado –a falta de una redacción adecuada– el texto, me asaltaron de nuevo profundas dudas, no sobre mi visión de lo sucedido, sino sobre las consecuencias de su exposición por mi parte. Atacado durante tantos años –y silenciado hasta lo kagebeiano– por la «intelligentsia» reinante, por expresiones más moderadas que las que iba a expresar en este libro. ¿qué podría ya caer sobre mí? ¿Me entenderían –que era lo que más me preocupaba– algunos amigos, o en este tiempo donde desgraciadamente «la política» ha llegado a ocupar tanto espacio en nuestras vidas como para «decidir» amistades y relaciones, los llevaría a distanciarse de mí?

Lo hablé con algunos –con Javier Roca, que se entusiasmó; con Alberto Benegas Lynch, en Buenos Aires, aprovechando mi conferencia en la Cátedra Hayek, y se mostró absolutamente de acuerdo con mi tesis; con Carlos Marzal, precisamente durante un viaje que hicimos juntos a Berlín, y no mostró sino interés; lo discutí en varias ocasiones con Revel, al que temía más porque su «entusiasmo democrático» es, sin duda, superior al mío, pero con gran alivio para mi, me dijo que debía continuar; por último, Alain-Gérard Slama –cuyo criterio mucho respeto– fue de la misma opinión.

Así, en París, en Octubre y Noviembre de 2005, tomé de nuevo el manuscrito y traté de convertirlo en un texto legible. Seguramente no he podido contar, como pedía mi maestro Tácito, «sine ira et studio». Ni he podido desentrañar eso que Steiner llamó «el misterio del odio» que llevó al Nazismo, por encima, más allá de cualquiera consideración, hasta de su propia conveniencia, al suicidio. Después me invadió la pereza de escribir «en limpio» aquel montón de hojas a máquina, a mano, llenas de papelitos pegados, de flechitas indicando la inclusión de párrafos, etc: lo único que logré fue estructurar el esqueleto de lo que alguna vez pudiera ser un libro. Tanta pereza, que probablemente el libro hubiera vuelto a dormir en un cajón, si no hubiera sido por la ayuda de Amada García Puentes, que muy generosamente se prestó a pasar a limpio aquel deslabazado original.

Y en fin... Aquí está. Ni tengo tiempo, ni ganas, de continuar este trabajo. Tómese como una serie de propuestas de reflexión, de hilo conductor, de sombrías conjeturas; como he dicho, un esqueleto al que si alguien lo quiere puede cubrir de carne. Se lo regalo.

Esto es lo que he llegado a pensar sobre aquel «Poder sin Conciencia» que se alzó en Alemania en 1933, que fue derrotado militarmente en el 45, pero que ha impregnado nuestras vidas y nuestra idea del mundo.

Ese Poder fue «anormal» en cuanto fue extraordinario, desmesurado; porque Hitler y alguno de los suyos –como Goebbels– manifestaron un excepcional poder de seducción. Eso facilitó aquella situación abominable. Pero «fue posible» porque existían –y existen– las vías que lo permitieron. Porque existía –y existe– una

aceptación social de/y una legislación que no impedía tales excesos, es más, que los posibilitaba porque eran su propia sangre. Se pudieron modificar leyes que llevaban al Horror, porque había –y hay– leyes que permitían conseguirlo, porque no había límites en las posibilidades de evolución de esa legislación.

El sueño igualitario y revanchista de las masas alumbradas por nuestra época se mixturaba a la perfección con una Ley que el Positivismo había convertido en el hacha capaz de destazar el Imperio de la Ley. Churchill escribió que Hitler había «invocado desde las profundidades del desastre, las sombrías y salvajes furias latentes». Y esas furias salvajes no se enfrentaron a una Ley que las hiciera imposibles.

Lo que sucedió en Europa en los años veinte y hasta su culminación en los desastres de la Segunda Guerra Mundial, no fue la lucha entre un poder bestial y los defensores de la Libertad, sino la lucha entre dos formas de «ilimitados» poderes, muy parecidos en su alma profunda en su intento de culminación de la Igualdad, ambos enemigos de la Libertad y del Estado de Derecho, del Imperio de la Ley.

Y no es que necesariamente la Democracia deba conducir a esas catastróficas situaciones. Desemboca inexorablemente ahí al no ser una Democracia Liberal, sino Social, envilecida de intervencionismo socialista, porque éste sí tiene en sus entrañas todos los bacilos del totalitarismo, totalitarismo que, insensibilizadas las masas por las promesas de ese sueño «social», acostumbra a obedecer. Creo que las preguntas –o al menos, las que yo no he dejado de hacerme a lo largo de mi vida– no son:

Si Hitler y los suyos alcanzaron el poder por la debilidad de Weimar y de otros países, sino: ¿Por qué esa debilidad?:

¿Por qué se vulneró tan fácilmente un Estado de Derecho? Sino: ¿Existía ese Estado de Derecho?

¿Por qué las masas otorgaron y sostuvieron ese poder brutal, cómo fueron engañadas? Sino: ¿No era el deseo de esas masas, deseo que no fue reprimido, antes bien: alentado por una Democracia que negaba la vía liberal? Porque los nazis no crearon la indiferencia moral: la usaron, la llevaron a extremos de inhumanidad inimaginables. Hicieron el horror habitable.

A mí me interesa conocer, tratar de saber no qué sucedió, sino cómo pudo suceder. Y una interrogación para mí muy inquietante: ¿Por qué tanta fascinación por aquel decorado y aquellos gobernantes abominables y por qué tal tergiversación posterior de los hechos? La insistencia y circunscripción en el tiempo, de aquella barbarie, ¿no disimula el verdadero veneno Totalitario? En Alemania, en 1933, una banda de desalmados, que en aquel momento no contaban con la mayoría parlamentaria, esto es, a quienes se les entregó el gobierno, alcanzaron el Poder. No mucho más tarde, cuando ya era clara su vileza y su voluntad de perversión de las instituciones y de destrucción de todo principio sustentador del Estado de Derecho, de la Ley, se les entregaría con entusiasmo también esa mayoría.

No encarnaban ninguna idea noble, ni medianamente inteligente. Sus pensamientos sobre el mundo, la vida y la Historia eran una sarta de burdas certidumbres, un credo infame. No tenían ni idea de la Economía. No tenían ni idea del Estado; su organización fue lo de Bullock llamaría un Estado «policrático» donde grandes áreas de poder (Goering, Goebbels, Frick –al principio–, Himmler o Ley, como Borman al final) competirían entre sí, se vigilarán, buscarían su preeminencia. Hitler estaba en el centro de esos círculos superpuestos, dejándolos hacer, usándolos, pero tampoco alumbró, fuera de algunas acertadas tácticas de guerra, idea alguna fructífera.

No tenían en común más que el odio o el desprecio por el Imperio de la Ley, y una extraordinaria capacidad de silenciamiento moral. Todos fueron unos asesinos. Casi todos fueron desmedidamente corruptos. Varios fueron personalmente muy mediocres, de inteligencia limitada y profunda vileza.

Esa canalla encandiló a una de las naciones más civilizadas y cultas del mundo, y a muchísimos sectores de las poblaciones de otros países, y aún, aunque en minorías, encandila más de medio siglo después de su «crepúsculo de los Dioses». Y conjeturo que el Nazismo fue la culminación –según las circunstancias de aquella época– de la Democracia de masas basada en la negación de principios liberales, en su conversión en Social, y estructurada sobre la idea de que la voluntad de la mayoría es ilimitada.

Como dice Friedländer, si bien, ni mucho menos, muchas partes de la vida social fueron «asesinos», desde luego pocas escaparon a la contaminación de la criminalidad del sistema.

Cuando pensamos en aquellos tiempos, creo que más interesante que ver –con asombro– la «puesta en escena» del Nazismo, o los rostros de sus principales protagonistas, es contemplar la sumisión de las Universidades, la Judicatura (hicieron justo el desprecio que Hitler sentía por ellos), los colegios médicos, los sindicatos, las Iglesias, los intelectuales, la gente «normal»...

Hitler escribió en una carta al Presidente Brüning: «La tesis fundamental de la Democracia es que todo el poder nace del pueblo, y la Constitución señala el camino que ha de recorrerse para obtener del pueblo esa legitimación necesaria para realizar lo que sea. En última instancia es el pueblo mismo el que determina su Constitución». Creo que ninguno de nuestros actuales poderes democráticos mejoraría esta aberración.

En estos últimos años, hemos vivido asoladores acontecimientos –desde lo sucedido en New York en Septiembre de 2001, a los atentados en Inglaterra y la tragedia de Madrid– que asustan. La respuesta de nuestros gobiernos –secundados mayoritariamente por sus sociedades– ha sido la de someternos a un nuevo despliegue de poder del Estado, de vulneración siniestra de las libertades. Y a eso hay que sumar el crescendo de los nacionalismos y la rendición de la intelectualidad ante credos innobles como el Multiculturalismo y otros desvaríos.

Lleva razón Popper: El verdadero problema no debe ser ¿quién debe gobernar?, sino ¿cómo podemos organizar nuestras instituciones políticas de forma que nuestros

gobernantes malos o incompetentes –y yo añadiría, todos, aunque va implícito en las palabras de Popper– nos causen sólo el mínimo daño?

Creo, con un profundo dolor, una casi insoportable desesperanza y un inmenso desprecio, que los acontecimientos que se relatan en las páginas siguientes, no hay en nuestras actuales sociedades llamadas democráticas y en sus formas de gobierno – todas ellas iluminadas por el parlamentarismo de poderes ilimitados– fuerza legal que impida su repetición si despertase una vez más su insania y su bestialidad.

La falta de límites al poder de la mayoría, fue el caballo de Hitler. No sabemos dónde puede llegar la actual Democracia, aunque lo que vemos alumbra los más sombríos augurios. Porque esa Democracia, como el Rey de *Hamlet*, sigue en posesión de todo aquello por lo que cometió el crimen: I am still possessed of those effects for which I did the murder. Y no conviene olvidar que

*Offence'gilden hand may shove by justice,
And oft'tis seen the wicked prize itself
Buys out the law.*

(La mano dorada del crimen puede torcer la Ley y a menudo se ha visto al mismo lucro sobornar a la Justicia).

II

«Europa y el mundo casi han olvidado ya qué sagradas fueron antes la libertad civil y el derecho individual».

STEFAN ZWEIG

«La situación de animal doméstico arrastra consigo la situación de animal de matadero».

ERNST JÜNGER

La República de Weimar era imposible. Pero pudo haber tenido otro final que la abominación del Volksgemeinschaft: su continuación como República «autoritaria», la restauración de la Monarquía, el paso de esa República autoritaria a condiciones aceptables de Libertad con el avance económico. ¿Por qué sucedió lo que sucedió?

Porque ninguna de esas salidas respondía tan bien al apetito de ese nuevo personaje de la Historia: las masas; ningún afán eran «tan suyo», como el Nazismo.

Hitler no era un loco. Ni un nihilista. Sí padecía acaso de pseudología fantástica como dijo Jung. Él y cuantos le obedecieron y medraron a la sombra de su Tausendjähriges Reich, fueron la decantación –innoble, inmoral, bestial– del mundo moderno y sus metas: puro pragmatismo. El ideario Nazi tenía sus raíces y alimento en la Ilustración, en el concepto de «nación» como la fuerza histórica más elevada, en la noción de soberanía suprema emanada por la voluntad general del pueblo. Era la sublimación de la antropología de la Ilustración, que rechazaba la idea de raíces comunes y de intereses trascendentes de la Humanidad. Fortalecida por esa Revolución Francesa que si había nacido de los sueños nobles de la Libertad, no dudó –ni tardó– en asesinarlos y enterrarlos, el culto de la voluntad general del pueblo se convirtió en la base de la cultura política moderna, de la Democracia social y de «masas», y Hitler y los suyos lo llevaron a sus últimas –¿últimas?– consecuencias. Y digo últimas interrogándome, porque muchas veces recuerdo aquello que escribió Von Mises: que los nazis, tan odiados, coinciden en sus doctrinas en lo esencial con las ideologías socialistas y nacionalistas, que sin embargo en estos dos casos, la opinión pública aprueba.

No hay que olvidar que ya desde los años veinte, en torno a la revista *Die Tat* (grupo cuyo líder era Ferdinand Fried) iban fundiéndose el ideal socialista y el nacionalista. El término Nacionalsocialismo venía acuñado desde el siglo XIX por Friedrich Naumann. De la matriz socialista vienen los antecedentes y pertrechadores de la ideología Nazi: Johann Plenge, Paul Lensch, Moeller van der Bruck, hasta el notable jurista Carl Schmitt, primera autoridad en Derecho Constitucional que sería la voz del Estado Total; lo mismo que las ideas de Gustave le Bon (*Psychologie des foules*, 1895) o de Georges Sorel (*Réflexions sur la violence*, 1900) tuvieron importancia en el pensamiento de Goering y de Goebbels; como se oyen los ecos de Julius Langbehn o de Paul de Lagarde, y hasta de Friedrich List y Friedrich Ludwig Jahn, o las ideas de Houston Stewart Chamberlain. También enraízan en el

movimiento «Völkisch» de la sociedad Thule que había fundado en 1918 el barón Sebottendorff, y que en 1922 se fusionó con los nazis. En realidad la aberración del Völkisch impregnaba el pensamiento dominante alemán. El ataque de Spengler a la Democracia es más complejo, y acaso acierta en mucho de lo que dice. Pero equivoca el objetivo de su análisis. Hubiera sido justo si a la Democracia hubiera añadido «Social». Lo que él argumenta es aplicable al fruto pervertido de la evolución democrática hasta su conversión en «Social», aplastando los principios liberales. También los planteamientos de Carl Schmitt precisan de una profunda reflexión; aunque yo la acompañaría siempre del análisis que de Schmitt hace Huizinga en *Homo Ludens*. Y no hay que olvidar que, como dijo Edmond Verneil, desde un humanismo «tradicional» el pensamiento alemán había ido orientándose hacia el racismo y el biologismo autoritario; y que esta tragedia no era solo alemana, sino europea, aunque Alemania fuera su foco más importante.

Como dijo Jünger, el Socialismo y el Nacionalismo son las dos grandes piedras de molino entre las cuales tritura el progreso los restos del viejo mundo y finalmente se tritura a sí mismo.

No hay que olvidar que el Nacionalsocialismo fue, ante todo, Socialismo, y que – aunque en la práctica fuese un caos «taífico»– fue intervencionista y se basó y fue alentado por el Positivismo jurídico derivado de una serie de desatinos que son los que estructuran la actual Democracia. El extravío supremo y devastador se sustenta en el concepto de que la Ley es la expresión del mandato –el expreso mandato– de la voluntad popular, y que por lo tanto puede ser cambiante; esto es, que puede modificar el Imperio de la Ley –el Rechtsstaat–, que puede vulnerar la serie de principios, leyes y libertades fundamentales que no son el producto de ningún legislador, sino creadas por la evolución de la Humanidad y que han de ser intocables como Derecho Natural. El Positivismo jurídico había ganado posiciones en Alemania desde la segunda mitad del siglo XIX. Según sus doctrinas, sería Ley lo que la autoridad declarase como tal, y sobre esas leyes al Estado moderno le estaba todo permitido, como dictó Bernatzik.

Hume había dicho que las normas morales no son conclusiones derivadas de la razón. Para el Estado moderno y sus legisladores, la soberanía popular, por el contrario, puede ser ilimitada. Y ese es el nido de los totalitarismos. Ya Montesquieu alertó sobre el inmenso peligro que supone confundir «el poder» del pueblo con la «libertad del pueblo». Pero como muy bien escribe Hannah Arendt, los dirigentes totalitarios gobiernan y se afirman con el apoyo de las masas, ¡y hasta el final! ¿Fue el temor a perder el apoyo de esas masas lo que llevó a Lloyd George, ¡en 1936! (cuando todo estaba ya mucho más claro que al iniciarse los treinta) a decir que no había visto nunca un pueblo más dichoso que el alemán y que Hitler era uno de los más grandes hombres que él había conocido? Y hasta el mismo Churchill, en *Step By Step*, pide ¡para Inglaterra! un jefe tan indomable como el Führer, que restableciera sus valores y la convirtiese de nuevo en un Imperio (y eso que Churchill fue de los pocos

que vieron venir la tormenta, aunque se fijó más en lo que tenía de amenaza alemana que como instauración del Horror, del que sería después, como consecuencia de su heroica determinación de vencer a ese Horror, laborioso colaborador). ¿A dónde lleva Carl Schmitt cuando critica al Estado Liberal parlamentario como «poco eficaz» para las necesidades de esta época? ¿Por qué en vez de invalidar ese Estado, no se da cuenta de que lleva razón, sí, pero precisamente porque ese Estado ha dejado de ser Liberal y la Democracia se ha convertido en Social y de Masas? Qué pocos, como lo hicieron Popper o Raymond Aron, denunciarían desde su origen la perversidad esencial del Nazismo.

LA SOCIEDAD ESTABA PREPARADA. En Alemania el liberalismo había durado poco. Desafortunadamente no era una nación estructurada como tal por evolución, sino una construcción decidida por el Estado. Pronto se decantó la sociedad por una aceptación de la organización desde ese Estado, de sus normas de vida y hasta por una Justicia que fuera «social» y que habría de ser sufragada por el Estado, para lo cual, para las medidas precisas para ello, ese Estado debía ser lo más libre posible, desembarazado de trabas de legalidad civil.

Como dijo Lord Acton: la más sublime oportunidad que alguna vez tuvo el mundo se malogró porque la pasión por la igualdad hizo vana la esperanza de Libertad.

El mundo estaba infectado de la enfermedad letal que cree que es posible la Democracia sin *Leges Legum* (como advirtió Cicerón), sin darse cuenta de que sólo la defensa de la intangibilidad de las libertades impide la muerte de la Democracia, su conversión en Totalitarismo, y que esa defensa no admite otro camino que la barricada de un gobierno de la Ley y no el de cualquier ciudadano ni el de la mayoría de ellos con poder ilimitado.

Pero el Liberalismo había muerto en el espíritu de la sociedad. Como recuerda Sebastián Haffner: el partido cuya opinión prevalecía en toda Europa, había casi desaparecido electoralmente en Alemania. Habían llegado a tener –entre el Partido del Estado y el Partido Popular– más de cien escaños. En 1933 eran dos diputados. Se habían olvidado, y cuánta culpa de ello pudo tener el «proteccionismo» de Bismark, aquellas palabras de Tocqueville: «Por muy sometidos que estuvieran los hombres del Antiguo Régimen a la voluntad del Rey, una obediencia les era desconocida: no sabían lo que era doblegarse a un poder ilegítimo y discutido... que se soporta sin protestar porque pueda ser útil o nocivo. Esta forma degradante de servidumbre les fue siempre desconocida». Y esos sometidos, esas masas políticamente neutrales e indiferentes, pero que como dice Hannah Arendt, bajo los totalitarismos formaban fácilmente la mayoría en una Democracia, lo fueron porque su meta no estaba en la Libertad, sino en la Igualdad.

Los economistas alemanes del XIX tenían una desconcertante casi unanimidad –en general la mayoría venían de Fichte– sobre los beneficios de un Estado orgánico e intervencionista (Friedrich List y también Adam Müller; uno de ellos, Adolf Wagner estableció la estructura de un socialismo de Estado). Como recuerda Élie Halévy, el

Socialismo –vía Lassalle– está en la base de la monarquía social de Bismarck. Fue éste quien ya en 1866 fue autorizado por el Parlamento de Prusia a decretar impuestos que eran anticonstitucionales; esto es, autorizado a desarticular las libertades que habían sido garantizadas por un gobierno liberal. En verdad, el rasero igualitario estaba ya siendo fortalecido en el pensamiento alemán, desde la Aufklärung, por la herencia de Adam Weishaupt, que hasta llegó a hacerse llamar Spartacus.

Qué horror –como ya advertía Humboldt– que el Estado «vele» por el bienestar positivo de los ciudadanos.

No es síntoma de debilidad democrática, lo que sucedió en Alemania. No se resistió a la Tiranía porque era precisamente ese totalitarismo intervencionista lo que estaba en la sangre y la médula de esa Democracia, y fue su culminación como Democracia Social.

La terrible pregunta: ¿Puede la Democracia limitar las libertades que permiten a sus ciudadanos elegir a un tirano y destruir la Democracia?, no puede contestarla la Democracia de Masas. O aún, peor; su respuesta sería: No.

Por otra parte, la Primera Guerra Mundial había destrozado la llamada Pax Británica, que había seguido a las guerras napoleónicas y permitido un notable equilibrio europeo durante cien años. El mapa de Europa que siguió –fruto de la incompetencia y el desvarío de los vencedores en la guerra– era el caldo de cultivo perfecto para la fermentación de nacionalismos, odios tribales, vindicaciones territoriales y aniquilación de cualquier principio moral. Alemania se corrompía entre la gran desesperanza de la República de Weimar y las heridas atroces e injustificadas de Versalles, más los enfrentamientos sociales exacerbados, lo que llevaría incluso a magníficos espíritus y a una juventud generosa a encandilarse con la Promesa nacionalsocialista. La figura del Führer, además, es algo que se repite en el pensamiento alemán, estaba en el inconsciente colectivo y ascendió sobre los vapores de la descomposición de Weimar y de la Depresión. Como dice Stanley G. Payne, el Nazismo evolucionó como la forma más radical de un movimiento patriótico multiforme consecuencia de la derrota de Alemania en 1918. Y sin embargo como escribió Maurras, acaso el armisticio de 1918 ¿no evitó la derrota del ejército alemán? Porque hubiera sido destruido.

Lo que fermentaba era esa crisis moral europea que acertadamente vieron Golo Maann, Croce o Meinecke. Y que ya en 1922 denunciaría Musil cuando escribe que desde 1914 el género humano ha revelado ser una masa sorprendentemente más moldeable de lo que se suele suponer. El Nazismo nace y se desarrolla sobre esa sociedad «moldeable» y cada día más regulada, consciente de que el terreno abonado era el Socialismo nacional e intervencionista.

EL SOCIALISMO. Si he dicho que el Horror nazi fue una culminación de la Democracia moderna –otros intentos, más sutiles, pero igualmente no menos destructivos de las libertades, estaba ya fraguándolos EE.UU. con Roosevelt, o Inglaterra, y otros países–, lo es muy especial y coherentemente de su «sueño»

Social. Y es más: que el terreno estuviera preparado por lo que precisamente había sido el Socialismo y sus conquistas «proteccionistas», el caos económico originado y la devastación moral, facilitó la toma del Poder por los Nazis. Porque Alemania había estructurado un discurso histórico donde Socialismo y Nacionalismo estaban fuertemente vinculados. Fichte, Lassalle, Rodbertus, nacionalistas tan señeros como socialistas, ya afinaron la idea de que el Estado es una Volksgemeinschaft en la que el individuo no tiene derechos, sino deberes. Sí se reflexiona profundamente –aunque no hace falta mucha profundidad, pues el mensaje es evidente– en la obra de Sombart y sobre todo de Johan Plenge, vemos claramente la obsesión que se había apoderado del alma social alemana por la «organización» y la aplicación de «ingeniería social» y económica. Plenge alaba y exalta esa arquitectura económica y social socialista, que él ve realizada en la economía de guerra de 1914-18; como otro teórico de vastísima influencia, Paul Lensch, afirmará que «todas las condiciones requeridas por el Socialismo, ya están establecidas en Alemania». Walter Benjamín diría que el Estado nazi ayudó a las masas a expresarse. Era el paso del Estado de Derecho, del Imperio de la Ley, al Socialismo, a la Veneración del poder del Estado. Como escribió Huizinga, bajo el nombre de Democracia Social lo que cobraba vida y fuerza era el Socialismo. Y como ya había dicho Hölderlin, el que quiere convertir el Estado en cielo, lo convierte en Infierno. También lo ha visto muy claramente Hayek: la Justicia social es en realidad el caballo de Troya que permite el desarrollo del Totalitarismo. Porque sólo ahí es concebible la igualdad económica, y quizá sólo ahí es posible llevarla a cabo.

Para ello hay que entablar la guerra contra los únicos que se oponen a esa meta de «Felicidad»: los Liberales y sus anticuadas y muertas ideas de constitucionalismo, parlamentarismo y su concepción individualista del mundo. Felicidad que no dudará en alabar el notable Spengler, cuando exalte –hablando del Estado Prusiano– al «funcionario», que es en lo que debe convertirse, dice, todo el mundo. El Estado futuro será un Beamtenstaat, un estado dirigido por funcionarios expertos.

Como dice Hayek en *The Road To Serfdom*, el Nacionalismo es la cima de una larga evolución ideológica... y los pensadores (de ese discurso) han dejado la impronta de sus ideas en el pensamiento europeo entero... Fue la unión de las fuerzas anticapitalistas de la Derecha y la Izquierda, la fusión del socialismo radical y el conservador, lo que expulsó de Alemania a todo lo que era liberal. Sobre esas ruinas levantarían los nazis su destrucción del marco moral de la sociedad. «¡Las masas avanzan!», había exclamado con regocijo Hegel. Y los nazis inventarán la palabra Volksgenossen (Camaradas del pueblo) para substituir Bürger (Ciudadanos). No se equivocaba von Schirach cuando en su testimonio en el juicio de Nuremberg, dijo: «lo que me llevó al Nacionalsocialismo fue el Socialismo».

Sí, las masas avanzaban. Era la revancha del resentimiento de la baja clase media (entre otras cosas, envidiosos del sector obrero que ganaban más que ellos). No es descartable la teoría de Seymour-Lipsen, del fascismo como radicalización de la clase

media baja. Y también Detlef Mühlberger o William Brustein han analizado el poder de atracción del Nazismo sobre la clase obrera. Como dijo Hayek, «la revancha de una clase preterida contra la aristocracia del trabajo creada por la Revolución Industrial». Porque fueron esas clases medias, y la Universidad, los grandes apoyos del Nazismo. Esa clase media baja y luego todo el mundo del trabajo, que ya no creían ni esperaban de partidos, elecciones ni Parlamentos, quienes constituyeron la fuerza inmensa que seguía al Führer: masas desgraciadas... y peligrosas. Jürgen Falter ha analizado muy bien cómo el Partido Nazi era el mejor valorado en todas las capas sociales; era el Volkspartei. Masas que habían surgido uniendo a todos los desencantados, de la ruptura política de las naciones-estado europeas, y como ha dicho Hannah Arendt, esa ruptura fue favorable para que los nazis alcanzaran el poder. No hay que olvidar que al único hombre al que Hitler admiraba de verdad –y lo mismo en sentido inverso– era a Stalin.

No es de extrañar que Bujarin dijera en el XII Congreso del Partido Comunista en Moscú en 1923 que el Partido Nazi había heredado la cultura política bolchevique, cosa que, dice, ya había hecho el fascismo musoliniano.

Esa semejanza de Comunismo y Nazismo ya la vio muy bien Thomas Mann en su *Diario*. Y en 1923 Karl Radek propuso en el Comité Ejecutivo de la Comintern la creación de un frente común con los nazis. Ese Verano, los nazis participaban en los mítines comunistas y éstos en los de aquellos. No es incoherente. Una vez leí en Jean Guéhenno algo que lo identifica: El Comunismo y el Nacionalsocialismo se unen en lo más bajo de cada uno de ellos.

Porque el Nacionalsocialismo no fue –y esto lo advirtió muy bien Raymond Aron– una fuerza desatada por la reacción, sino que su enemigo a muerte lo era la burguesía liberal y la aristocracia, fuerzas a las que odiaban mucho más que a la misma Socialdemocracia. Hay que recordar que los «fundadores» del Partido Nazi siempre se consideraron de «Izquierda». Y, como recordó Mises, de las diez medidas de emergencias preconizadas por Marx en el *Manifiesto Comunista*, los nazis llevaron adelante, ocho.

Como escriben Ralf Dahrendorf y David Schoenbaum, el nazismo fue una revolución social que apostaba por la «modernidad». Y esto porque aunque el corazón del Nazismo fuese antiliberal, al romper con el forcep antiliberal y tradicional de la sociedad imperial anterior, y nivelar igualitariamente, se une a esa «modernidad» democrática, y es «catalizador de la modernización» como dicen Anselm Faust y Werner Abelshauer. Serían las masas, ese *golden round shakespeareano*, quienes coronaran a Hitler.

LA LEY. Por la evolución de la Democracia, con la destrucción del poder de las clases altas y del Ejército –Canetti señala sabiamente que Hitler no hubiera alcanzado el poder si Versalles no hubiera disuelto el Ejército alemán, la masa cerrada más esencial– más la herencia de la Revolución Francesa en su exterminio de las garantías de la Libertad representada por una Judicatura libre, todo ello amalgamado con la

locomotora sin freno del Positivismo Jurídico, aberración que proviene de Hobbes y Descartes pasando por Hegel y Marx, y que el nefasto Kelsen consagró: la destrucción del *consensus iurus* en que se basa la Civilización: la destrucción del *ius naturale*.

Había ya sobrada intelectualidad pre-nazi carcomiendo el Imperio de la Ley. Contra la doctrina constitucional, aparecerán casi al mismo tiempo: *Drittes Reich*, de Moeller van den Bruck, *Wahrer Staat* de Othmar Spann, *Die Herrschaft Der Minderwertigen* de Edgar Jung, *El trabajador (der Arbeiter)* de Ernst Jünger, *Organische Weltbild* de Krannhals y la muy considerable obra de Carl Schmitt. Y contra el Imperio de la Ley ya se habían levantado –entre otros muchos– Charles G. Haines (de EE.UU.) y el juez Jerome Frank.

El Positivismo Jurídico es la negación de una tradición que por lo menos durante 2000 años constituyó el marco de la Ley, la Ley Natural, esa cuyas normas no son el producto deliberado de ningún legislador, y a cuya luz hay que ponderar la ley positiva. Pero esa Ley Natural –y el inapelable derecho a la libertad, a la propiedad, que mantenía como irrenunciables– era obviamente una limitación del poder legislativo de los nuevos poderes. El Positivismo Jurídico se alza contra el Imperio de la Ley y afirma entonces que lo único que requiere la acción del Estado es su autorización por la legislación, y que es Ley lo que por tal se declare por la voluntad popular. Kelsen lo formuló en su *Teoría Pura del Derecho*, la gran mina puesta bajo los cimientos de las tradiciones de Gobierno Limitado. Hayek lo vio con mucha claridad cuando dice que el Positivismo Jurídico se transformaba en el soporte ideológico del poder democrático irrestricto. Como advirtió Ortega y Gasset, sería el triunfo de la hiperdemocracia, en la que las masas actúan ya directamente, sin Ley, por medio de presiones materiales, imponiendo sus aspiraciones y sus gustos. «La Ley es lo que sirve al pueblo» escribiría Hans Frank. Y Alfred Rosenberg dirá: «el Derecho es lo que los arios consideran como tal. No-Derecho, lo que rechazan».

La conferencia de los juristas alemanes de Septiembre de 1932, sentenciaría: «la legislación no se fundamenta en la libertad del individuo sino en el bien de la colectividad». Pero acaso ninguna influencia ha sido mayor y más destructora de la libertad que la de Kelsen. Como dice Hayek, la obra de Kelsen y su enorme influencia señala «el eclipse definitivo de todas las tradiciones de gobierno limitado». El diputado socialista francés André Laigner dio una vez una respuesta en la Cámara que resume excepcionalmente cuanto pueda decirse sobre la destrucción del Imperio de la Ley: «Usted se equivoca jurídicamente porque su partido es políticamente minoritario»

El Historicismo está en la raíz del positivismo jurídico. Y la *Teoría Pura del Derecho* de Kelsen es uno de los libros más dañinos del discurso del pensamiento. Kelsen dijo que el Estado no puede estar limitado por la Ley; los derechos del individuo deben ceder ante los de la colectividad: es la victoria de «lo democrático» sobre «lo liberal». El Estado se identifica así con el orden jurídico (como quería

Kelsen), suprema aberración, y ya «no hay libertades fundamentales». Tal como él escribió. «No hay límites al poder legislativo». Y para que quedase más claro, alababa «la emancipación de lo democrático sobre lo liberal». Como diría Hans Frank en su discurso ante la Academia de Leyes el 18 de Junio de 1938: El Führerwille (lo que se le ocurra al Führer) reemplaza toda constitución escrita. Sí, el Estado ya era Führerstaat. Y las instituciones sociales, desarmadas de las tradiciones, nuestra fuente más importante de conocimiento, serán incapaces de enfrentarse a ello. Un gran jurista, Darmstädter, previno en 1930 que eso creaba las condiciones para el advenimiento y victoria sobre las cenizas del Rechtsstaat, del Facismo y del Comunismo. En una Democracia es justo lo que la mayoría considera justo; el poder legislativo como expresión de la voluntad popular –del Todo– ejerce una soberanía total. No es de extrañar que este engendro encontrase tanto eco en los EE.UU. Esa voluntad puede cambiar leyes que han de ser intocables, y el propio déspota puede intoxicar al pueblo con un ideario que le será devuelto como Voluntad General. Recordaba en su testimonio ante el Tribunal de Nuremberg, Franz Schlegelberger, que había sido Secretario de Estado en el Ministerio de Justicia desde 1931, que cuando tuvo en sus manos el resultado de las elecciones de Marzo, Hitler no albergó ya dudas sobre que era el «investido», seguro de que era el encargado de cumplir la voluntad popular, considerándose a sí mismo la encarnación de esa voluntad «de la que ansiaba impregnarse».

Cuando la sociedad olvida que la Democracia sólo es un medio de evitar la Tiranía, de limitar y substituir un gobierno sin violencia, y que la única garantía de la Libertad es el Imperio de la Ley, el equilibrio de poderes y su moderación, y que la soberanía popular exarcebada no es sino otra Tiranía; cuando se olvida que no es la soberanía popular sino las instituciones con suficientes medios para impedir la tiranía, lo que garantiza la Libertad; cuando la Democracia se convierte, vía voluntad general, en la fuerza original de la Justicia, ésta está arruinada. Y sobre esas ruinas, Hitler levantó su poder. Hacía suyas las palabras que ya Thomas había pronunciado en 1910: El Rechtsstaat pertenece a un pasado derrotado por los poderes creadores de las ideas nacionales y sociales. Pocas voces se alzarán en contra: sirva como homenaje a todos, el nombre de Kart Sack. Quizá no es fácil alzarse contra una Ley que es la consagración de la voluntad popular, de «todos» en apariencia; y desde luego, pocos intelectuales lo hicieron –ya en 1926 Julien Benda había analizado el cataclismo de los conceptos morales en quienes «educan» al mundo, en *La Trahison des clercs*-.

Después de las elecciones del 20 de Mayo de 1928, Goebbels escribió un notable editorial en su periódico de Berlín, *Der Angriff*, en el que dice: «Un diputado es un miembro del Reichstag. Pero yo no soy un miembro del Reichstag (Mitglied des Reichstages-MdR). Yo soy un investido de inmunidad, un Inhaber der Immunität (IdI). Nosotros no tenemos nada que hacer en el Reichstag. Lo recusamos en nuestros pensamientos, somos electos contra el Reichstag y ejerceremos el mandato en ese sentido».

Hitler publicó el 13 de Diciembre de 1931 una carta abierta en respuesta a la emisión de radio que hizo Brüning el 8 para explicar sus nuevos decretos. En esa emisión, Brüning había atacado a los partidos que pretendían alcanzar el poder para derribar la Democracia. Hitler le dice: «Señor Canciller, la tesis fundamental de la Democracia se enuncia en estos términos: Todos los poderes emanan del pueblo. La Constitución establece el camino por el cual una idea y la organización que la encarna, debe obtener del pueblo la legitimación necesaria para realizar sus aspiraciones... Si algún día la nación alemana confiere al movimiento Nacionasocialista facultades para establecer una constitución distinta de la que tenemos, usted no puede detenerlo».

Era lo que había pedido el jurista Werner Best, «una autoridad que emana de la nueva concepción del Estado y que no necesita ninguna legitimación legal particular». Lo único existente será «la lealtad mutua del Führer y del pueblo» que dijo Frank. Ya lo avisó Hitler en otro discurso: «El camino del poder nos lo enseña la Ley». ¿Cabe recordar que el régimen nazi no abolió jamás la Constitución de Weimar? No lo necesitó.

Es lo mismo que afirmará el Comunismo cuando el presidente del Tribunal Supremo Soviético dijo en 1927: «El Comunismo no significa la victoria de la ley socialista, sino la victoria del Socialismo sobre la ley». Kelsen había escrito que «la libertad del individuo es en el fondo imposible»; y añadió: «No existen los llamados derechos de la libertad».

Existe una terrible palabra en alemán cuyo sentido no conozco en otras lenguas: *Staatsfrömmigkeit*, que quiere decir una reverencia casi religiosa por el Estado.

Como diría H. J. Laski, el Estado hitleriano, al igual que el inglés o el francés, es un Rechtsstaat en el sentido de que el poder dictatorial le ha sido legalmente otorgado al Führer.

Hitler ya lo había advertido cuando el juicio contra los tenientes Scheringer, Wentz y Ludin (por difundir propaganda nazi en el ejército) pocos días después de las elecciones de 1930; allí, como testigo, dijo: «Cuando poseamos los derechos constitucionales conformaremos el Estado como queremos». El presidente del Tribunal le preguntó: ¿Lo haría constitucionalmente? Y Hitler dijo: sí. Lo repetiría en Mayo de 1931 en el juicio seguido contra cuatro miembros de la SA: «Nosotros nos apoyamos, con la firmeza del granito, en las bases de la legalidad».

Siempre he recordado aquella página del *Infierno* de Joly, aquel diálogo entre Maquiavelo y Montesquieu:

—¿Queréis que os hable ahora de mi senado?

—No. Ya sé por Calígula como sería.

Y aquel verso de Auden:

Law is we (La ley somos nosotros).

LA APOTEOSIS DEL VOLK. Contra la voluntad de los individuos, el éxtasis del Volksgeist es su más profunda –y única– identidad. Esto ya lo había visto Jünger en 1932 en *La Movilización Total*. El misticismo Völkisch: una identidad –un amo– que se confundiría con el ser del individuo, y que en la exacerbación de su poder sin límites, negará al individuo y sus libertades.

En el proceso de Nuremberg, Goering dijo algo que ilumina mucho esta situación: «El Führerprinzip era la encarnación de las decisiones populares. El Führerprinzip no puede durar mucho si no vive en la confianza popular». Walter Funk precisará: «Era lo adecuado para una Alemania donde no había tenido éxito el sistema parlamentario, democrático».

Este engendro había sido ya definido por Herder en 1774: Nacionalismo nostálgico de una Alemania pre-industrial. La cultura debería reducirse al culto exclusivo de los poderes originales; y sobre la muerte de lo que hasta este momento se considera Cultura, el Volksgeist triunfaría y desvelaría sus potencialidades totalitarias. Ya Renan había clamado contra esto. El misticismo Völkisch calentaba también el nido del antisemitismo, pues veían en los judíos el Mal. Por cierto, Hitler había leído con atención las consideraciones antisemitas de Marx en *Sobre la Cuestión Judía* de 1843, lo mismo que había estudiado mucho a Le Bon. Ya en 1927 los propios estudiantes de las universidades habían votado –y ganado con el 77%– en Prusia para excluir a los no arios de las asociaciones de estudiantes. Y en 1930 hubo que cerrar la Universidad de Múnich por los alborotos a favor de la «revancha». Zweig habla del partido Nacional Alemán en Austria como antecedente del Nazismo y el antisemitismo radical.

Tanto los austriacos como los alemanes cultivaban la idea de la Gran Alemania (que por cierto, paradójicamente, no le había gustado mucho a Bismarck, porque intuía que no resultaría). Esas ideas estaban en el inconsciente colectivo alimentado por tantos intelectuales, incluso el primer Thomas Mann, y cuya gran voz fue Oswald Spengler. Y Hitler les prometió esa Gran Alemania.

Hitler toma todo eso en sus manos y lo convierte en un sueño totalitario. Menos mal que no pudo conseguir un totalitarismo tan implacable como el Comunismo o el proyecto socialista.

Las libertades que el Nazismo iba a destruir –con su secuela de horror y devastación, física y moral– estaban ya siendo trituradas por el discurso de la Democracia. Lo que Hitler hace es llevar hasta sus últimas consecuencias ese proceso. Pero el huevo de la serpiente estaba en el nido democrático, esas masas lanzadas a la Historia por la Revolución Francesa y cuyos «estallidos» modernos, sin trabas religiosas tradicionales, les hizo sentir el vértigo de su poder. Ese poder de las masas alimentó al Nazismo. Estas nunca olvidarán que ese gobierno era ¡por fin! el suyo, que por fin eran el Estado. Un Estado garantizador de su Bienestar: la felicidad del pueblo. Ese despotismo –el peor, como vio Wilhelm von Humboldt mucho antes

de la materialización del Horror— es el fruto democrático. Cuando un pueblo espera del Estado su protección, aceptará el crecimiento del poder de ese Estado, pues en él deposita sus esperanzas de felicidad. Y qué bien sabían los nazis cómo y cuánto el Mal engancha a las masas. Es curioso que Hitler, como Mussolini, fuera de extracción proletaria. Porque no había otros casos. Hasta Lenin pertenecía a la clase alta y en Alemania, como recordaba Emil Ludwig, desde Lutero, no había sucedido nada así.

El horizonte de «grandeza» al que los nazis encaminaban la esperanza alemana, en el fondo era el sueño comunista, la igualdad absoluta, la Volksgemeinschaft, añadiendo ésta su cuota de diferenciación nacional. No debe extrañar, así, que tantos militantes comunistas se pasaran en bloque a las fuerzas de choque de las SA. Y esa ilusión totalitaria no fue impuesta a las masas, sino la culminación de sus propios deseos, el habitat de sus sueños, no sólo de poder sino hasta de ese espacio donde «se sentían» bien y que culminaba su idea de la organización política estimulada por la Democracia, supurada por la Democracia. Hans Frank, que había defendido a Hitler en 1929, ya dijo en aquel juicio que «la Justicia (social) es lo que hizo prosperar a la nación»; que viene a ser lo mismo que aseguraba Roland Freisler comentado las Leyes de Nuremberg: «No hay otra autoridad ni otra fuente última del Derecho que la conciencia de la nación».

Quiero decir: Hitler fue deseado, esperado por esas masas, sostenido y jamás abandonado por ellas, ni en los más atroces momentos de la derrota, cuando parecía imposible vivir: mantuvieron su fe en él —no ya en su gobierno sino en ÉL— más allá de toda imposición y en el más espantoso de los sufrimientos. Gisevius decía que Hitler tenía un especial poder de sugestión adaptado perfectamente a la época de la técnica y de las masas. Hitler se había confundido con el poder del Pueblo, y las Masas eran El.

Y además, como se dice en la célebre discusión entre John Trenchard y Thomas Gordon: «El peso de la infamia distribuido entre muchos, hace que nadie sea aplastado por la parte que le toca».

Nada detendría a ese Estado presa del Volksgeist. No tenía obstáculos éticos. La imagen de Dios —y el Derecho Natural— había sido «matemáticamente destruida en el hombre» como escribe Gershom Scholem. Se retrocedió tanto hacia el salvajismo — cuenta Rauschnig— que el hechicero, el curandero se convirtió en nuestro Rey. Esto sucedió en Alemania. Probablemente —aunque menos homicida que el Comunismo y menos omnímodo— fue el más vil intento totalitario conocido por la Historia. Y en lo que nos atañe, mucho más peligroso —por factible— que el Comunismo porque éste, aunque más implacable y organizado, capaz de un mayor sometimiento de la sociedad al terror, estaba fuera de la Ley. Era una Revolución. El Nacionalsocialismo era la Ley. Llegó al poder y lo ejerció al amparo de la Ley. Fue la consagración de la Democracia de masas y del positivismo jurídico. Y destruido por sus enemigos en una guerra terrible, todos sus principios de dominación siguen en la sangre de esa Democracia, es más, potenciados, escondidos bajo otras palabras, y con elementos de

dominación que el propio Nacionalsocialismo ni siquiera pudo imaginar. Los principios de vida que elevó al Poder siguen vigentes, los respiramos como el aire. De forma refinada. Como dice Duff Cooper en sus memorias, la combinación de Nacionalismo y Socialismo con un asesino al frente y una notable cantidad de gente osada, capaz y cruel detrás, es la más grave amenaza contra la Civilización. Ya somos, como adivinó Benjamín Constant, «esa superficie lisa sobre la que el ojo soberbio del poder se pasea, sin tropezar con desigualdad alguna que le hiera»

III

«Si admitimos la pretensión nomológica de la intolerancia a ser tolerada, destruimos la tolerancia y el Estado de Derecho. Este fue el sino de la República de Weimar».

KARL POPPER

«La morbosa atracción del Mal en esta época».

BORKENAU

La República de Weimar era un enfermo terminal. La Democracia Social, de masas, supuraba en ella sus más sombrías infecciones, la herida ulcerada de sus imposibilidades. Entre hambre, miedo, desesperanza, exacerbación sexual, cubileteo de los políticos y el resentimiento de los que, como dice Hannah Arendt, habiendo sufrido el horror de la guerra no volvieron precisamente convertidos en pacifistas, Weimar caminaba tambaleándose, envuelta en champagne, sexo y música de Eisler y Kurt Weill; Carola Neher triunfaba en *Die Dreigroschenoper*: como allí cantaban los cínicos versos de Brecht –tan inmorales como la brutalidad nazi– «lo primero es mi estómago, la moral viene después». Kultur Bolchevismus y Reacción, Jazz y Georg Grosz. Hasta el expresionismo no veía más que la hecatombe. En 1932 el índice de suicidios quintuplicaría a Inglaterra; y el suicidio racial –la bajada de la natalidad– era altísimo. Weimar es un ejemplo de la posibilidad de que una Democracia de poderes ilimitados se convierta en una Tiranía. Aclara cómo la destrucción del Rechtsstaat por la conversión de la democracia en «social», de masas, a caballo entre el positivismo jurídico y del intervencionismo socialista, desemboca sobre las cenizas de la Libertad, en un totalitarismo. Weimar se hundió como Estado de Derecho al olvidar que no se puede admitir, como advirtió Popper, la exigencia de la intolerancia a ser tolerada, ni el abismo parlamentario sin límites, salvo que se esté dispuesto al suicidio.

Weimar fue una República dominada por los socialdemócratas, los liberales de Izquierda y los católicos de Centro. Llegó a ser el estado con mayor cobertura social del mundo. Su primer presidente, Friederich Ebert (socialdemócrata) y muchos de sus principales miembros, eran judíos, como Theodor Wolf, director del *Berliner Tageblatt* y cofundador del Partido Democrático; Toller, comunista, como Rosa Luxemburgo; Preuss –que fue el arquitecto de la Constitución de Weimar–, etc. La gente consideraba que Weimar era una «República Judía», donde el Pariavolk weberiano contemplaba, desde la miseria y el resentimiento, las impiadosas evoluciones del también weberiano Paria-Kapitalismus, improductivo, depredador y orientado a la especulación más egoísta. Y como ese Paria-Kapitalismus estaba compuesto en su inmensa mayoría de judíos, como la República, en el espíritu maltrecho de la gente en mucho facilitarían los caminos que terminaron en Auschwitz.

Lo que no era –porque la sociedad no se sentía ni alentaba su idea– es republicana. Es curioso que los alemanes no dijeran *Demokratie*, para significar su forma de gobierno, sino *Volksstaat*. Los viejos aires del Imperio y del Kaiser y de cómo había funcionado entonces el Estado, eran los que mejor respiraban –aunque para la

juventud sobre todo ese aire estuviera corrompido y lo aborreciesen— los pulmones alemanes. El hecho mismo de nombrar a von Hindenburg en 1925, un «junker», Presidente, ya da una idea: era un «monumento nacional» respaldado por von Seeckt y la Reichswehr, al que se le permitió por la Constitución promulgar Decretos-leyes (Notverordnungen) y detentar un poder —el que le confería la Constitución— superior al de algunos reyes, pues podía limitar los derechos civiles y gobernar por Decreto. Él nombraba el Canciller y hasta a los ministros, y podía destituir a éste y disolver el Reichstag.

Los únicos años de respiro que tuvo la república de Weimar, fue de 1925 a 1929. Los franceses habían levantado la ocupación del Ruhr y la inflación más penosa había cedido; se restableció la economía, se estabilizó la moneda y el Plan Dawes trajo inversiones extranjeras. En 1927 el índice de producción fue mayor que el de antes de la guerra, y en 1930, Alemania ya se había situado detrás de EE.UU. —que estaba en el primer lugar— como país exportador y el primero como exportador de productos acabados. Hasta la Izquierda parecía aceptar la vía de la Democracia «económica», la *Wirtschaftsdemokratia*. En realidad Alemania estaba adoptando el modelo americano. Pero el crack de 1929 —la quiebra de la Bolsa cuyas consecuencias depresivas aumentarían las actuaciones de la Reserva Federal de EE.UU.— cambiaría el panorama.

Stefan Zweig habla en *El mundo de Ayer* de una pequeña burguesía y una clase media, de su angustia y descontento, fermento de la recluta hitleriana como lo había sido en Austria. Weimar era un estado muy poco liberal; su crisis es quizá la primera manifestación de la inexorable ruina de lo que habría de llamarse el «Estado del bienestar»: en realidad, era la negación del Estado.

El gasto público había crecido desmesuradamente, alcanzando más del 30%; por cierto inferior al que hoy día lucen con orgullo tantos gobiernos de nuestro mundo. Era un Estado de los sindicatos, poderosísimos (aunque no demostraran luego ese poder contra la investidura hitleriana), lo que conllevaba altísimos impuestos. Entre 1925 y 1932 tuvieron lugar más de treinta elecciones, pretendiendo una estabilidad que la fullería de los partidos —hay una palabra alemana muy exacta, que recordaba Bullock, para esto, y peyorativa: *Kuhhandel* (el chaloneo de los tratantes)— hacía imposible. Cuando ya no se pudo continuar con ese ritmo de «subvenciones», el sistema quebró y las coaliciones con él. Ni siquiera el aumento de la renta entre 1925 y 1929 —de un 25%— fue un lenitivo del miedo, de la incertidumbre, de la desesperación, y muy pronto, ya en 1929, la producción industrial volvió a descender un 42%.

El gran golpe del Viernes Negro de Wall Street, el 25 de Octubre de ese año, desató la catástrofe en Europa. En Alemania acabaría con la coalición de la clase media y la Socialdemocracia que había gobernado a trancas y barrancas desde el fin de la Gran Guerra. Los préstamos norteamericanos empezaron a retirarse, y los parados, por el cierre de tantas empresas, se dispararon: los 1.500.000 de Septiembre

de 1929 serían 3.000.000 un año después –con 17.500.000 alemanes mantenidos por el Estado–, y llegarían a 4.500.000 en Septiembre del 31 y a 6.000.000 en Septiembre de 1932. La culminación de la crisis sería en Julio de 1931, cuando quebró el más importante banco de Austria, el Kreditanstalt, y se descapitalizó el Banco Nacional de Darmstadt y otros. Todo el mundo, como muy bien percibió Elías Canetti, perdió el «sentido de la realidad», destazado por la inflación de los años anteriores, y prepararía a las masas para aceptar cualquier cosa «que los salvara». Ya la obra de Brecht y otros había –como escribe Hannat Arendt– sancionado artísticamente el gansterismo.

Fue a partir del «duro Invierno» del 28-29 cuando empieza a «subir» el Partido Nazi. Y las puertas fundamentales que se le abren son las de la Universidad. Después vinieron los campesinos con planteamientos éstos más radicales que los de los propios nazis. Como lo cuenta Spender en *World Within World*, en ese momento se «sentía» que algo iba a barrer por completo esa vida. El «salto» nazi en las varias elecciones de 1929 –Lübeck, Baden, Turingia...– es la consecuencia de ese sentimiento. Su crecimiento lo es a expensas de votos que habían sido del DVP (Partido del Pueblo), de la Landbund (la Liga de Agricultores) y el DNVP (el Partido Nacional).

Y alguien había visto ese crujido del mundo muy claramente. Alguien que albergaba en su alma todo el odio, el resentimiento contra las minorías más selectas o elevadas por dinero o por inteligencia y sensibilidad; alguien cuyo corazón latía con el de la sociedad de resentidos, con el pulso de las masas dispuestas a todo por subir de nivel económico –o por ver descender a los superiores–, con el afán de la Igualdad. Y por esa igualdad, la aceptación de cualquier vileza. Y él, ese hombre, Hitler, le dijo a esas masas: Levantaos, sois más que quienes os dominan. Sois el pueblo. Alzaos. Si me seguís, podemos conquistar el mundo. Cuanto se oponga a vuestros deseos puede ser legalmente abatido.

Y allí, ante sus ojos, dominando el futuro, esa Cruz Gamada que durante su niñez la veía colgada en la pared del convento de los benedictinos de Lambach, donde estudiaba.

Era uno de ellos. Salido de esa masa descontenta, de esa sociedad sin destino. Recién dado de alta en el hospital militar de Pasewalk, aquel voluntario del 16º de Infantería de reserva bávaro, Adolf Hitler, se había afiliado a un pequeño partido «obrero» que habían fundado Antón Drexler y su «teórico» Gottfried Feder. Hitler asumiría su jefatura en 1921. Ahora ese partido iba a salir –a saltar– a la luz pública dispuesto a todo, sabiendo que su voz era la de esas masas que agazapaban su rencor, su ira y su desesperanza. Y su soledad; ese «terreno propio del terror, la esencia del gobierno totalitario, donde se preparan los ejecutores y las víctimas», como diría Hannat Arendt. Las ideas que manejaba tenían su origen en el Partido Obrero Social Cristiano (Protestante): ya están ahí las llamadas a la intervención del Estado en todo y el antisemitismo. También arraiga en el ideario de la Liga Nacionalista Germana. Y

mucho más en el del Partido Austriaco de Karl Lueger. Más Alfred Rosenberg y Dietrich Eckart, compañeros que mucho influyeron en él, y la sombra de Houston Stewart Chamberlain. Uno de los que mejor lo han definido fue, paradójicamente, quien sería el Jefe de Estado Mayor de la SA, Otto Wagener: Hitler era el Odio; no la grandeza, sino la cólera fermentada en un sentimiento de inferioridad; no era el heroísmo germano, sino «la sed de venganza de un huno».

Hitler no necesitaba más que una cosa: que esas masas lo conocieran, lo escuchasen. La descomposición de Weimar iba a proporcionarle el escenario. Hitler es tan mediocre –aunque no creo que el «dictador débil» que ve en él Hans Mommsen–, salvo en la desmesura de su sueño, precisamente porque encarna el Deseo de las masas, que si letal, no por eso deja de ser mediocre. Él mismo lo dijo en un discurso: «No sé de ningún hombre de Estado hoy día que tenga un mejor derecho que yo a sentirse representante de su pueblo».

Había llegado la hora del triunfo de ese Deseo. ¿Cómo saltar al escenario político? Hitler tenía un olfato excepcional para detectar las ocasiones favorables a sus intereses. Y en Alfred Hugenberg vio una pértiga excelente.

Hugenberg, que dirigía el Deutsch-Nationale Volkspartei, DNVP (Partido Nacional Alemán), era muy poderoso. Gozaba del apoyo de los grandes industriales. Muy rico, conservador, antimarxista y antisemita, antipacifista, era enemigo del Tratado de Versalles, de la República de Weimar y del poder de los sindicatos. En 1928 había asumido la Jefatura de los Nacionalistas. Era dueño de un monopolio de cinematografía que controlaba a Scherl y a Ullstein, y al que los nazis se aliarían en 1931 con el Frente de Harzbourg: La UFA, resultado de la fusión de la Messter, la Nordisk y la Unión Financiera, que hasta había sido apoyada por el Estado del Kaiser con participación directa. Cuando se dieron intentos de «penetración extranjera» un grupo comandado por Hugenberg la compró, en 1926; operación en la que también entró, aunque menos, Thyssen.

Aunque al lado de Hugenberg, Hitler era entonces insignificante, aquel no dudaba en procurarse cualquier apoyo y así el 8 de Julio de 1929, Hitler y Hugenberg firmaron una declaración conjunta de colaboración para derrocar a la República de Weimar: el proyecto de Ley contra «la esclavización del pueblo alemán», que era un ataque –o usaba ese ataque– implacable contra el Plan Young. El Plan Young proponía que Alemania pagase las reparaciones de guerra durante cincuenta y nueve años más, pero con aportaciones anuales más bajas que las marcadas por el Plan Dawes de 1924 –2.050.000 marcos en vez de 2.500.000– y también que se quitaran los controles internacionales sobre su economía. El Canciller Stresemann había propuesto la aceptación de ese acuerdo, pidiendo a Francia, a cambio, que renunciara a su ocupación de la zona del Rhin cinco años antes de lo establecido. Stresemann no veía la realización de su proyecto, pues murió en Octubre de 1929, poco después de regresar de las arduas sesiones de la conferencia de La Haya, quizá a causa de tantos esfuerzos, pero sí llegó a padecer la considerable agitación que desataron los medios

dirigidos por Hugenberg (que dio voz a Hitler) y que usaron la oposición a ese proyecto como medio de acabar con la Cancillería. No alcanzaron éxito, porque parte del partido Nacional –los seguidores de Treviranus– se separaron de Hugenberg. Y el Mariscal von Hindenburg pondría en vigor el Plan Young firmando su aprobación por el Reichstag el 13 de Marzo de 1930.

Contra este Plan, Hugenberg creó un Comité con Franz Seldte y Duesterberg (Cascos de Acero), Heinrich Class (Liga Pangermana) y Fritz Thyssen. Hugenberg convenció a Hitler para que se uniera a este Comité.

Pero lo más importante de esa campaña de prensa contra el gobierno, en muchos momentos de gran violencia, donde todos los medios y los partidos de Derecha no cejaron de atacar a la República, es que en ella se da el «nacimiento» político de cara a las masas, de Hitler. Aunque el líder de la agitación fuera Hugenberg –Hugenzweg le llamaba Goebbels (Zweg es enano)– apoyado por los Cascos de Acero y la Liga Pangermana más los sindicatos del Acero y el presidente del Reichsbank, el Dr. Hjalmar Schacht, fue a Hitler a quien buscaron para usarlo como agitador de esas masas. Hitler, tras mostrar unas dudas que elevaran su precio, aprovecha esa ocasión y exigió a cambio de su incorporación, tener una parte de los fondos de dinero que manejaba Hugenberg. Y desde luego lo usó con precisión y alcance: fue su presentación en sociedad política ya como figura de alcance nacional. Se organizó la Casa Parda, Casa del Partido, en Múnich, en la Briennerstrasse; el mismo Hitler ya se había instalado en el 16 de Prinzregentenstrasse. Además, esa campaña aumentó en más de 80.000 afiliaciones las 120.000 que el Partido Nazi tenía en el Otoño de 1929. Ya las elecciones de finales del 29 habían sido eco –como he dicho antes– de esa «presentación en sociedad» nacional, obteniendo importantes ganancias en Baden, en Turingia, donde triplicaron los votos, en Lübeck, Brunswick, Sajonia (donde ganaron 14 escaños de los 58 que tenían), etc., así como en las comunales y municipales de Prusia: el primer nazi que llegó al poder, fue en estas elecciones, en Turingia, donde Frick fue nombrado Ministro del Interior. Wilhelm Frick era compañero de los viejos tiempos, había participado en el golpe de Munich y tenía la confianza de Hitler. Formaba parte de aquel grupo que para Hitler eran la bandera de «los comienzos», el Kampfzeit: Röhm, Rudolf Hess, Goering, Gottfried y Dietrich Eckart (al que dedicaría *Mein Kampf*)

Era el tambor anunciando la indetenible marcha. Todo 1930 fue un río de manifestaciones, corrupción, desfiles de los nazis y los comunistas. En Octubre, en Coblenza, hubo una gran manifestación con aires muy guerreros, de más de 130.000 Cascos de Acero (los Cascos de Acero –Stahlhelm– habían sido fundados en 1918 por Franz Seldte. En 1930 ya contaban 500.000 miembros). En Febrero moriría en uno de esos enfrentamientos un nazi de dudosa reputación, Horst Wessel, al que glorificaría la extraordinaria *Horst Wessel Lied*.

Pero 1930 también traería graves problemas para Hitler dentro del Partido. Otto Strasser, uno de los puntales nacionalsocialistas y hermano de Gregor, quien había

organizado el Partido Nazi en el norte de Alemania con mucha eficacia, había ido distanciándose de la línea marcada por Hitler, e incluso había planteado la escisión del partido. Llegó incluso a desobedecer a Hitler cuando en Abril apoyó la huelga de los metalúrgicos de Sajonia, de la que a Hitler le convenía «apartarse». Tras una violenta discusión con Hitler, Otto y varios de sus partidarios dimitirían y saldrían del partido –por «socialistas», dijeron– a principios de Julio.

A Stresemann lo había sustituido como Canciller Herman Müller, socialdemócrata, que intentó gobernar con coaliciones imposibles y bajo esa campaña terrible. Su deseo de que aunque fuese aumentando el déficit, aumentaran los subsidios a parados y otras prestaciones, le hizo chocar abiertamente con los Nacionalistas.

La crisis estalló entonces: El SPD (Partido Socialdemócrata) no aceptó apoyar una propuesta de Brüning (Zentrum) y Mayer (Partido Demócrata) para sostener «un poco» al Canciller Müller: la propuesta trataba de ordenar «un poco» la economía, sobre todo los subsidios, que no había forma de pagarlos; se pensó en aumentar los impuestos, pero hasta cierto límite, recuperando algo incrementando de un 3,5% a un 3,75% las cargas sobre los salarios en las contribuciones de patronos y obreros. Müller hizo grandes esfuerzos para que los partidos aceptasen esa propuesta «razonable». Pero la Izquierda se opuso, sobre todo a las modificaciones al proyecto que presentó Moldenhauer, aún más gravoso.

El gobierno de Müller no resistió esa presión y cayó el 27 de Marzo de 1930. El Presidente von Hindenburg, al que alegró la caída de Müller, tuvo que encargar a Heinrich Brüning la formación de gobierno. La elección de Brüning se debió bastante al general Kurt von Schleicher, un militar que se había ido convirtiendo en una fuerte personalidad en el mundo político.

Desde 1930 von Schleicher era el digamos «representante» del Ejército para las relaciones con el Gobierno (Groener lo había nombrado Jefe del Ministeramt). Su voz cada vez era tenida más en cuenta: se sobrentendía que era la voz del Ejército. Personalmente era amigo del hijo de von Hindenburg, Oskar, y era escuchado por el Viejo Mariscal. Schleicher quería gobiernos fuertes y también era partidario de ciertas políticas «sociales». Por eso ayudó a Brüning, pensando siempre en que él mismo tendría un día posibilidades de ser Canciller. Brüning era el jefe parlamentario del Zentrum, el Partido Católico, y además era el ala derecha de ese partido. Como dice Raymond Aron, gobernó sostenido por la Socialdemocracia, pero buscaba apoyos en la Derecha y hasta esbozaría negociaciones con Hitler, que fracasaron porque Hitler se negó a aceptar –le ofrecieron unos ministerios– nada que no fuera «todo» el poder. Hay algo importante que dice Aron: «La República de Weimar carecía de republicanos en las clases dirigentes, y así se deslizó hacia la coalición nacional que abrió las puertas del poder al partido de las masas».

Brüning logró una coalición de siete partidos, pero ni aún así tuvo mayoría. Como dice Gisevius: Quería la cuadratura del círculo, un gobierno Presidencial de Derechas

subordinado a la tolerancia parlamentaria de la Izquierda. Su pretensión de reducir los subsidios llevó al incremento de la crisis. Decidió subir los impuestos y recortar el gasto público para tratar de equilibrar el presupuesto: se incrementarían las contribuciones a la seguridad social un 6,5% y el salario de los funcionarios debía reducirse un 23%; se aumentaron los impuestos –como el de la cerveza en un 50%– y también se recortó el seguro de desempleo.

Pero la crisis era demasiado profunda y la proliferación de partidos pequeños –en las elecciones de 1930 al Reichstag hubo diez partidos que obtuvieron 1.000.000 de votos cada uno, que no sirvieron para coalición alguna– hundía cada vez más a la República de Weimar, incapaz de una base estable de grandes formaciones.

Brüning, sin mayoría –ni siquiera la anticipada evacuación de la Renania por las tropas francesas el 30 de Junio le ayudó– fracasó ante el Reichstag en la presentación de su proyecto fiscal. Apeló entonces a von Hindenburg, quien hizo uso de su poder discrecional sobre el artículo 40 de la Constitución y puso en vigor la gobernación por Decreto. El Reichstag la impugnó por anticonstitucional. Entonces Brüning disolvió el Parlamento, el 18 de Julio de 1930, y convocó elecciones para el 14 de Septiembre. Fue un error. La campaña de Hitler fue extraordinariamente efectiva y quizás lo más extraordinario de esa campaña fue que el Partido la llevó a cabo sin dinero. No podía pagar a las SA. Al mismo tiempo hubo enfrentamientos internos: Strasser y su facción se dijeron engañados: no les parecía que la línea que Hitler pretendía desarrollar fuera lo bastante socialista y radical. A finales de Agosto las SA se rebelaron, y en el motín incluso destrozaron las oficinas del propio Partido en Berlín.

Las SA se habían organizado hacia 1920, cuando se hizo necesario al Partido una «guardia de protección» para sus mítines. Cuando Hitler asumió la dirección nazi en Julio de 1921, aumentó las funciones de esta organización y fijó su línea paramilitar. En Octubre de 1921 la denominó *Sturmabteilungen* (Sección de Asalto) y se la encomendó –que fue su verdadero creador– a Röhm. Hitler había conocido a Röhm poco después del final de la Gran Guerra, cuando asistía a aquellas reuniones del club de oficiales nacionalistas radicales «Puño de Hierro», que había fundado el mismo Röhm. Pero fue éste quien quedó fascinado por Hitler y no dudó en afiliarse al Partido en 1919. Junto a Hitler participaría en el golpe de Munich de 1923. En Abril de 1925, dimitió de la Jefatura de la SA y no sintiéndose bien en el clima de «tolerancia» con las Instituciones que Hitler había decidido como línea de lucha, se fue a Bolivia para ocuparse en la instrucción de aquel Ejército.

Las SA se consideraron siempre «los viejos combatientes», los que ganaron la calle. Odiaban a la burguesía y hubo muchos comunistas que se afiliaron a ella. Las crisis con las SA empezaron en 1928/29, y estallaron en el Verano de 1930. La SA era mucho más «revolucionaria» que el Partido y querían «más poder», «el Poder», y por medios violentos. Malaparte vió con mucha claridad la «ruptura» de Hitler y los revolucionarios que culminaría en la Noche de los Cuchillos Largos.

Hitler actuó con rapidez: habló personalmente con muchísimos miembros de las SA, les aseguró su paga; destituyó al cabecilla de la revuelta, von Pfeffer, y se nombró a sí mismo su jefe supremo al tiempo que hacía regresar de Bolivia a Röhm, y le encargaba, el 5 de Enero de 1931, la reorganización de las fuerzas de asalto, nombrándolo su Jefe de Estado Mayor.

Las elecciones del 14 de Septiembre las perdería Brüning. Quizá aún hubiera podido frenar algo a los nazis de hacer un frente con la Socialdemocracia y la derecha moderada. Pero la campaña de Hitler, que Goebbels dirigió sobre lo trazado por aquel, multiplicó sus mítines, con un esfuerzo gigantesco. Hitler dio veinte en seis semanas, centrandó sus discursos en analizar el colapso de la República y el sistema de partidos. Ofrecía «un sueño» llamando a «la juventud» alemana. Frente a la desmoralización de la República de Weimar prometía un futuro de unidad, vigoroso, que restituyera a la nación su dignidad perdida en Versalles. En esta campaña, Hitler muy hábilmente, suavizó los aspectos más radicales de su ideología. Ese discurso le hizo ganar un 800%, consiguiendo el 18,3% del total nacional con 107 escaños, 6.409.000 votos (nunca se había dado un salto electoral así en la historia de Alemania) –únicamente no subieron en zonas católicas– (dos años antes no habían pasado de 810.000), situando a los nazis como el segundo partido del Parlamento, solo superado por los socialdemócratas (SPD). También los comunistas registraron una subida considerable (el 13,1%). Los perdedores fueron los partidos moderados, que trasvararon su voto al Nacionalsocialismo. La crisis se había cebado mucho en los agricultores –mayoritariamente votantes del Zentrum católico– y les hizo la ponerse contra la República, por lo que votaron a los nazis. Los grandes industriales, «el Capital», no prestó aún ayuda a Hitler, pues temían su socialismo solapado y sobre todo al ala izquierdista del partido, pero algunos pequeños industriales sí comenzaron a allegar recursos. Esas elecciones convirtieron a Hitler en un líder a escala internacional. Así lo reconoció hasta el *The Times* y el *Daily Mail*.

A finales del 1930, los militantes nazis eran ya 400.000 y las solicitudes para ingresar en el Partido se multiplicaron. En Septiembre hubo un juicio contra los oficiales del Ejército, Ludin, Scheringer y Wendt. Hitler testificó –fue un mitin– y proclamó: «Ganaremos legalmente y entonces moldearemos el Estado como queramos que sea. La Constitución nos señala la forma, no los objetivos. Haremos nuestro Estado constitucionalmente». Si pensaba que lo podía hacer es porque aniquilar el Estado de Derecho podía hacerse constitucionalmente.

El problema del gobierno Brüning fue que al no poder organizar una mayoría parlamentaria estable, tuvo que demandar facultades de emergencia, para con el artículo 48, gobernar por Decreto, lo que hizo derivar la política hacia la destrucción de las libertades: el gobierno fue convirtiéndose cada vez más, de Parlamentario en Presidencial, y además creó una camarilla dirigente en torno al Presidente von Hindenburg, su hijo Oskar, Otto Meissner, jefe de la Cancillería de la Presidencia, y

quien fuera el Canciller, ahora Brüning, luego von Papen. Brüning incluso albergó deseos de restaurar a los Hohenzollern, al Kaiser.

Todo eso significó la interrupción de lo que pretendía ser un gobierno representativo. De hecho, ya no lo volvería a ser hasta después de la Segunda Guerra Mundial. Pero era el espejo de aquella Alemania, de la «angustia», esa que el propio Hitler evocará en 1934, en el discurso de Múnich del 24 de Febrero, diciendo: «Somos el resultado de la angustia provocada por ellos». Y esa destrucción del Estado de Derecho y esa concentración del poder, convenció a Hitler de que estaba en el buen camino: solo precisaba hacerse con esa cima del poder, legitimado por las urnas.

El tema de las finanzas del Partido Nazi era muy problemático. No tuvo los grandes apoyos que se ha dicho; aunque sí tempranos, pues ya en 1922 el Príncipe Wrede y otros financiaban a Hitler. Es curioso que quizá las mayores ayudas que recibió Hitler hasta que los éxitos electorales le hicieron posible más apoyo de los industriales, fueron, hasta 1928, de los directores generales –¡judíos!– de bancos de Berlín. El Partido se mantenía de forma fundamental con los ingresos de las cuotas de sus miembros y las aportaciones personales del propio Hitler, derivadas de sus libros y sobre todo por sus entrevistas y artículos en prensa (llegó a cobrar 2.000 y 3.000\$ por colaboración); luego estaban las ventas de propaganda del partido y los salarios de las SA, que entregaban a la organización sus sueldos y ésta los mantenía, y el servicio de Prensa, el Wirtschaftspolitischer Pressedienst, dirigido por Walter Funk. En cuanto a las posteriores aportaciones de los industriales y banqueros, la lista establecida incluye a Wilhelm Cuno, director de la Compañía Naviera, algunos empresarios del carbón y del acero del Rin y Westfalia, Emil Kirdof (el más importante industrial del carbón del Ruhr), Fritz Thyssen y Albert Voegler (de las Fábricas Unidas del Acero) –Thyssen apoyaría a Hitler para defender su trust del acero contra el grupo católico-judío de Wolf, el Deutsche Bank, los intentos intervencionistas de Brüning y las veleidades anticapitalistas de von Schleicher–, Buskuhl, Springorum, Tengemann, y Knepper (de la Gelsenkirchen Mine Company) y los banqueros, aunque estos ayudaron menos, Stein Schroeder, von Stauss (Banco Alemán), Hilgard (Alianza de Seguros) y Otto Christian, Fischer Reinhard, Ludwig Gravert y Schacht. También ayudaron desde la Industria de la Potasa (August Rosterg y August Diehm), algunas empresas navieras de Hamburgo, industriales del lignito (la Deutsche Erdel, la Brabag y la Anhaltische Kohlenwerke), el Dr. Lübbert (de la A.G.B. für Verkehrsmesen) y la Baugesellschaft Lenz. Desde 1931 a las elecciones del 32, según dijo Funk en Nuremberg, los nazis recibieron unos 2.000.000. de marcos. Los grandes empresarios desconfiaban –no así el pequeño y medio– y de hecho siguieron apoyando a von Hindenburg hasta bien entrado 1932 y luego a von Papen. Gran parte de lo que hubiera sido aportado, entonces y después, se quedó en los bolsillos de los intermediarios –eso dice Ian Kershaw– como Goering, Funk y el mismo Gregor Strasser.

El año 1931 fue el de la organización, el año del montaje de todo el aparato del Partido, de su preparación y entrenamiento para las jornadas que se avecinaban. El Ejército, mientras tanto, miraba desde lejos. El general Groener era antinazi, pero neutral y nada partidario de intervenir en la vida política. Von Schleicher sí era proclive en principio, y hasta mantuvo entrevistas con Röhm, que lo acercaron a Hitler. Pero en realidad lo que von Schleicher tramaba, y mal le saldría, era manipular a Hitler, usarlo en su enfrentamiento contra Brüning, al que quería derribar para alcanzar él la Cancillería.

Hitler mantuvo la estructura del Partido casi en la misma forma que la había establecido Gregor Strasser. Strasser fue quizás el organizador nazi más capaz. Suyo era el Partido en el Norte de Alemania al tiempo que detentaba la jefatura de las SA en la Baja Baviera. En realidad era un nacional-bolchevique, como lo era su seguidor Goebbels. Hitler respetaba a Strasser y quizás le temía. Menos radical que su hermano Otto, del que Hitler se había desembarazado el año anterior, Gregor, miembro del Partido desde finales de 1920, tenía una gran influencia en la militancia, era buen orador y con un gran instinto de organización. Goebbels empezó su carrera junto a él y aunque lo abandonaría cuando era ya imposible seguirle sin enfrentarse abiertamente a Hitler, siempre llevó el signo del izquierdismo strasseriano. Strasser quería nacionalizar la industria pesada y las grandes fincas, y soñaba con una Cámara de Corporaciones de tipo fascista para substituir al Reichstag.

Hitler lo tuvo siempre en su punto de mira, esperando la ocasión de defenestrarlo, y se apoyó entonces mucho en Röhm, que acababa de regresar a Alemania, dándole un gran papel y mucho poder con la organización de la SA, dentro de cuyas formaciones empezó en 1925 una, como guardia personal de Hitler, que con el tiempo se haría famosa y acapararía todo el poder: el Schutz-Staffeln: las SS, a cuyo mando, desde 1929, estaría Himmler.

Himmler había estado junto a Hitler en el golpe de Múnich. En 1922 había conocido a Röhm y se afilió a la organización nacionalista Reichskriegsflagge, que comandaba éste. Como miembro de esa organización participaría en el golpe de Múnich. Su obsesión antijudía empieza a desplegarse por entonces. El fracaso del golpe le llevara después a «obscurerse». Pero en Agosto de 1925 ingresa en el Partido Nazi formando parte del grupo de los hermanos Strasser. Cuando Hitler lo nombró Jefe de las SS, las organizó convirtiéndolas en un cuerpo casi religioso. En 1931, Darré se unió a él para formar la Oficina Racial y de Asentamiento. El libro de Darré, *Um Blut und Boden (La sangre y la tierra patria)* fue texto básico de las SS. En Junio de 1931 conoció a Heydrich y le encomendó la jefatura del Servicio de Seguridad (el SD). Creo que llevaba razón Hannah Arendt cuando escribe que Himmler era «el más normal» de los nazis, en el sentido de menos aventurero, con una vida metódica y mediocre, y que ahí precisamente estaba la razón del inmenso poder que llegaría a conseguir, pues esa medianía le permitió conectar perfectamente

con la mayoría de una sociedad que él muy bien sabía que no se nutría de «marginados» sino «de trabajadores y buenos cabezas de familia».

Desde 1931 a 1932, el Partido estuvo dirigido por seis hombres: Hitler, Röhm, Gregor Strasser, Herman Goering, Goebbels y Frick.

Goering era un héroe de la Gran Guerra; había vivido después de las exhibiciones de acrobacias aéreas en Dinamarca y Suecia, y gozaba una notable aceptación social. En 1922 regresó a Baviera. A finales de ese año conoció a Hitler, quien lo subyugó. Hitler lo nombró jefe de sus SA. Goering organizó las SA, las armó y las convirtió en unas agrupaciones bien entrenadas. El 8 de Noviembre de 1923 marchó junto a Hitler en la revuelta de Munich; fue herido por un disparo en la pelvis, que tuvo una larga y penosa recuperación (y de lo que vendría su dependencia de la morfina); y se escapó a Italia en Marzo de 1924. En 1925 volvió a Suecia, donde estuvo internado por problemas de drogodependencia. En Enero de 1928 regresó a Berlín y Hitler lo incluyó en las listas por el Partido para las elecciones del 20 de Mayo de 1928. Fue uno de los doce diputados. Su «destino» sería asombroso y es bien conocido. La mejor definición sobre él que conozco, la dijo Otto Strasser: tenía «el sentido del terror».

Goebbels era escritor. Venía del nihilismo. Su novela *Miguel* está llena de vigor. Era un revolucionario. Peligrosísimo en el poder. Había empezado en la política en los primeros años veinte como secretario de Franz von Wiegnerhaus, diputado en el Reichstag por el Völkische Freiheitspartei, muy cercano al ideario nazi. Allí tomó contacto con Gregor Strasser, en 1925, que lo nombró, casualidad histórica, para el puesto que había dejado vacante Himmler (al que Strasser había echado «por incapaz»). Pronto se encandilaría con Hitler –fascinación que duraría hasta acompañarle (él, su esposa y sus seis hijos) en el suicidio en 1945. En 1927 se hace cargo de Berlín. Fundó *Der Angriff*, semanario que sería un látigo contra sus enemigos. Como dijo Jünger, su elocuencia arrebató la Revolución de manos de los rojos. «Se sentía hervir la sociedad sin clases, ese flujo de energía». Uno podía darse cuenta de que los comunistas estaban aún anclados en la sociedad de clases del siglo XIX. Goebbels los sobrepasaba.

Frick era el líder nazi en el Reichstag, y además era Primer Ministro de Turingia. A estos, les seguían en autoridad, Rudolf Hess, Max Amann (editor del Partido), Schwarz (tesorero), Frank (experto en Leyes), Otto Dietrich (Jefe de Prensa) y Baldur von Schirach (Jefe de las Juventudes).

En Marzo de 1931, Alemania propuso su unión aduanera con Austria. Francia, con Italia y Checoslovaquia, se opusieron, y su presión financiera ocasionó la crisis de ese Verano. Hitler la aprovechó para azuzar el resentimiento y exigir «los derechos de Alemania» al tiempo que cargaba sobre el gobierno de Brüning aquella crisis.

Pero los problemas internos en el Partido Nazi continuaban. En Abril las SA volvieron a mostrarse muy inquietas y su jefe en Alemania Oriental, Walter Stennes, planteó un levantamiento. Hitler lo expulsó y nombró a Edmund Heines (que venía

de los Cuerpos Francos de Rossbach y era un asesino convicto que había sido hasta expulsado del Partido Nazi por el propio Hitler en 1927). Stennes se alió con Gregor Strasser.

En Mayo los nazis ganan las elecciones de Oldenburg obteniendo un 37%. En Múnich, en las municipales, obtendrán el 26,2%. En las de Hessen de finales de año, superarán a comunistas y socialistas sumados, ganando el 37,5%.

En Junio, Heydrich entra en las SS (en Munich) a instancias de Himmler. Venía de la Inteligencia Naval y fue nombrado Jefe del Servicio de Seguridad. En el Verano del 32 ya sería Coronel y fundó la Junkerschule SS, en Bad-Toelz (Alta Baviera), para formar líderes SS.

Julio del 31 fue la culminación de la crisis financiera cuando quebró la más importante banca de Austria, el Kreditanstalt, y se descapitalizó el Banco Nacional de Darmstadt y otros. Ese mismo mes, el día 8, Hitler y Hugenberg se reunieron y firmaron una declaración conjunta de colaboración para derrocar la República de Weimar. El 18 de Septiembre, Hitler recibe un fuerte golpe personal: se suicida Geli Raudal, su sobrina, con la que mantenía una extraña relación amorosa. Pero para compensar, los nazis barren en las elecciones de Hamburgo.

A principios de Otoño de 1931, el general Kurt von Schleicher, cada vez más ambicioso, y confiando en su ascendente sobre muchos políticos, incluido el Viejo Mariscal, creyó –ya que no era posible ignorarlos– que podía atraerse a los nazis a posturas más moderadas. Para ello, se entrevistó por primera vez con Hitler, y convenció a Brüning para que lo recibiese, lo que éste hizo, aunque no se llegó a acuerdo alguno. Pero esto facilitó que el 10 de Octubre Hitler pudiera entrevistarse por fin con von Hindenburg. Ninguno de los dos salió «feliz» de la reunión. Von Hindenburg manifestó que nunca se «inclinaria por ese hombre».

El 11 de Octubre se reúnen en Harzburgo representantes de los partidos de la Derecha y deciden su guerra a muerte contra Brüning. Ante Hitler, Seldte y Hugenberg desfilaron, después de la reunión, las SA, los Stahlhelm y las juventudes de Bismarck.

El 14 de Octubre, Hitler ataca al Gobierno y dice que Brüning pretende ampararse tras el Ejército.

El 17 de Octubre tiene lugar la gran concentración SA en Brünswick: más de 100.000 SA y SS desfilaron ante Hitler. Fue una especie de respuesta al gobierno diciendo: Vosotros discutid, yo tengo unidad y fuerza.

Brüning había fracasado. Pasó a depender del Presidente y de si el Ejército lo apoyaba o no. El general Groener, Ministro de Defensa, le aseguró que el ejército era de fiar en caso muy grave de sublevación nazi o comunista, pero que estaba bastante infiltrado de ideología nazi en la oficialidad joven. Esto lo ratificaron von Hammerstein y von Schleicher. Así, si cabía contar con el Ejército en caso de rebelión armada, no lo era tan claro sólo por el clima que podría crear las ideas de Hitler.

En Noviembre los nazis barren en las elecciones de Hessen: pasaron de 1 diputado en la Dieta a 27. A finales de año ya tienen más de 800.000 militantes. No fue obstáculo que las autoridades de Hessen sacaran a la luz unos documentos –que se llamaron Boxheimer, por el lugar donde tuvo lugar la reunión nazi que estos documentos revelaban– donde estaban los planes de un levantamiento de las SA si los comunistas intentaban un golpe, así como los borradores de decretos que un hipotético gobierno provisional Nazi debería promulgar: ejecuciones de opositores, la abolición del derecho a la propiedad privada y la concesión a las SA de la administración del patrimonio del Estado; también se abolían los sueldos y todo alemán pasaría a tener derecho a su alimento mediante abastecimiento público.

Hitler condenó como incontrolados a los asistentes a esa reunión, encabezada por el Dr. Best. Pero la policía de Prusia encontró material en las oficinas nazis, con ordenes de Röhm para un levantamiento si Hitler obtenía la mayoría.

Cuando todo eso se supo, los gobiernos de Prusia y Baviera presentaron un ultimátum al general Groener. Groener con la oposición de von Schleicher, estuvo de acuerdo en tomar medidas duras, que se materializarían en la Primavera de 1932 con la prohibición de las SA y SS.

En Diciembre de 1931, los nazis llevaron a cabo más de 13.000 mítines y manifestaciones. Sus contrincantes no llegan a los 500 actos propagandísticos. Hay una orden de Goebbels por entonces, muy significativa: advierte a sus gauleiters que tengan agentes en panaderías, carnicerías, tiendas de ultramarinos y tabernas para «saber qué quiere la gente».

El 8 de Diciembre Brüning, en un debate publico (por cartas), le dijo a Hitler que «saltar las barreras una vez logrado el poder, aunque fuese legalmente, no era legal». Hitler le respondió (13 de Diciembre 1931): «La tesis fundamental de la Democracia es que “todo el poder nace del pueblo”, y la Constitución señala el camino que ha de recorrerse para obtener del pueblo la legitimación necesaria para realizar lo que sea. En última instancia, es el pueblo mismo el que determina su Constitución».

Hay un texto de 1931, de Malaparte, curioso por cuanto muestra ceguera en quien tan bien solía olfatear la Historia: «Hay que suponer muy enferma a la Alemania de Weimar, muy hondamente corrompida y desmoralizada en sus clases rectoras, en su burguesía, en sus “élites” intelectuales, para creerlas susceptibles de someterse, sin reaccionar, a una dictadura que el mismo Hitler no se atrevería a imponerles por la violencia». Le hubiera bastado –entre otras muchas advertencias– meditar sobre *Mario y el Mago* de Thomas Mann. ¿No está ahí la vinculación de las masas con el tirano, el demagogo? Y el horror que Hitler se prestaba a poner en marcha, ¿no tenía ya, y más totalitario y homicida, un precedente en lo sucedido en la Unión Soviética?

En realidad el asolamiento de las libertades que Hitler desencadenaría ya estaba en Lenin, desde la utilización inmoral de la propaganda, a la Dictadura del Partido Único, el culto al Jefe y la impiedad hacia el sufrimiento y los crímenes.

¿Las matanzas que iba a desencadenar ante el mirar a otra parte, del mundo, lo había aprendido Hitler del exterminio de los armenios por Turquía; de las persecuciones «toleradas» de los comunistas contra toda disidencia? Stalin llamó un día a Beria «nuestro Himmler»; lo mismo hubiera podido Hitler llamar a Himmler «nuestro Beria».

El 5 de Mayo de 1932 acababa el mandato Presidencial de siete años del Mariscal. Había cumplido 84 años en Octubre del 31. Brüning trató de evitar –de retrasar– la elección de Presidente, donde veía una gusanera de desastres. Para ello se necesitaba un cambio en la Constitución que exigía una mayoría de 2/3. Con los Nacionalistas solos no se conseguía; había que recurrir a los Nazis.

Ante todos estos problemas, y tratando de que el Poder sufriera las menores perturbaciones posibles, ya desde el Otoño, Franz von Papen –una de las columnas políticas alemanas, gerifalte del Zentrum católico y propietario del periódico conservador «Germania»– había iniciado contactos para que el Reichstag «alargase» su mandato. Groener había considerado –como von Schleicher– que el miedo al Ejército podía «domar» a Hitler, que acaso no fuera «tan revolucionario»; ¿no había llegado a decir que estaba contra «los excesos» de algunos de sus fieles?

Brüning mandó a Groener a entrevistarse con Hitler el 7 de Enero y de nuevo, el 10: le pide su apoyo en ese intento de prolongar el mandato de von Hindenburg uno o dos años; en compensación, le promete dimitir en cuanto fuera posible y sugerirle al Presidente el nombre de Hitler para Canciller. Pero entre esas dos entrevistas, Hitler ha mantenido contactos con von Schleicher y también con Hugenberg, quien le comunica que no es una solución aceptable. Hugenberg se pone en contacto con Brüning y le confirma esa negativa. Hitler resuelve no aceptar el plan de Brüning –incluso lo hace público, diciendo que su negativa lo es por motivos ¡morales!–, y se dirige a von Hindenburg y le dice que no es posible aceptar las propuestas del Canciller, por anticonstitucionales, pero que él, Hitler, está dispuesto a apoyar al Presidente siempre que éste rechazase públicamente el plan Brüning, lo cesara como Canciller y formase un gobierno nacional de Derecha, con nuevas elecciones para el Reichstag y la Dieta prusiana. En ese nuevo Reichstag, donde Hitler pensaba que los nazis tendrían mucho más poder (la mayoría, con los Nacionalistas de Hugenberg), se prolongaría el mandato Presidencial. El Viejo Mariscal se negó a esta propuesta.

La situación de Brüning se hizo insostenible. Como lo cuenta Paul Schmidt –excelente testigo, como traductor, de tantos acontecimientos–, los nazis lo aborrecían, los comunistas deseaban su caída (los muros estaban llenos de sus pintadas: «¡Abajo el dictador del hambre!»), los nacionalistas eran encarnizados enemigos y no cesaban de clamar: ¡Alemania, despierta! ¡Abajo Brüning! En el aire se cuajaba «die Totale Mobilmachung» de Jünger, que apareció por entonces.

Y Hitler jugaba con todas esas cartas, consciente de que ni siquiera von Hindenburg era «limpio». Una frase suya lo patentiza: «De cualquier forma siempre podemos recurrir a la infidelidad del anciano señor».

Cuando Hitler vio fracasado su intento de distanciarse al Presidente del Canciller, decidió –no sin muchas dudas– el 2 de Febrero presentarse como oposición a von Hindenburg en la candidatura por la Presidencia. Para ello tuvo que –a marchas forzadas– lograr la ciudadanía alemana (el 26 de Febrero): el Gobierno de Brunswick lo nombró Regierungsrat (Consejero), una función administrativa que le permitía la nacionalidad. Groener instó a Brüning a que impidiera esa maniobra pero el Canciller se negó a hacerlo. Aunque sí consideró –lo que mucho inquietó a Hitler– prohibir el Partido Nazi haciendo uso de un Decreto de Emergencia.

Esas elecciones produjeron extraños compañeros de cama. Von Hindenburg tuvo que buscar el apoyo de sus antiguos enemigos los Socialistas y los Católicos. Quien era mucho más su aliado natural, el nacionalista Hugenberg, se distancia de él. La campaña electoral Nazi fue frenética.

La campaña necesitaba dinero. Hitler se reunió en Dusseldorf, en el Park Hotel, el 27 de Enero, con Thyssen y varios altos empresarios del Club de Industriales. Lo recibieron con frialdad. Hitler les dijo que acabaría con el Comunismo y disimuló las ideas socialistas de los nazis. Al terminar los había conquistado. De la bolsa de la Industria del Acero empezaron a llegarle recursos.

Hitler apostó muy fuerte al enfrentarse a la «Estatua viva del Mariscal». Sabía lo que se jugaba. Muchos líderes nazis también temían bajar su electorado. Pero Hitler exhibió todo su repertorio de seducción política: se mostró a la clase media con «voluntad» de triunfo, atacó el Tratado de Versalles, denunció la corrupción de la República; aseguró que terminaría con los especuladores que se habían aprovechado del dinero fácil en las crisis de Weimar; afirmó su guerra a los «rojos (movía las agujas del miedo de la sociedad a la Revolución), amenazó a los judíos como responsables de la corrupción y de las crisis; prometió igualdad y empleo.

Las elecciones fueron de una enorme dureza. «Las tenemos preparadas hasta el detalle más insignificante» escribió Goebbels. El viejo Mariscal logró mantener el apoyo de los socialdemócratas, y también le fueron fieles los sindicatos del Partido Católico (Zentrum); los Nacionalistas, encabezados por Duesterberg –¿Por qué no encabezaron con Hugenberg? ¿Temían perder y no querían quemarlo?–, siguieron sostenidos por los grupos adinerados del Norte, en su mayoría de religión protestante, aunque algunos industriales y comerciantes optaron por Hitler; éste ganó mucho apoyo de la clase media, que a su resentimiento social sumaba un profundo terror a la expansión bolchevique. Los obreros votaron divididos entre la Izquierda y otras formaciones de manera incoherente, a lo que no fue ajena la consigna comunista de arremeter contra la Socialdemocracia y los sindicatos católicos. El voto de los grandes industriales y el mundo del dinero, se repartió entre von Hindenburg, los Nacionalistas y Hitler.

En esa campaña, los nazis «echaron el resto». Hitler hizo uso –lo que era una absoluta innovación– de la aviación –Deutschlandflug lo llamó: «El vuelo de Alemania»– para poder estar en todos los lugares continuamente; otros líderes nazis

hicieron lo mismo. Ese alud de mítines y febriles promesas de un futuro de unidad y prosperidad y orden, obtuvo su recompensa electoral: los nazis subieron de los 6.400.000, que habían obtenido en Septiembre de 1930 a casi 11.500.000. Von Hindenburg ganó con 18.661.736 votos. Pero aún le faltaban unos 190.000 para la mayoría absoluta. Lo que le obligó a una segunda vuelta.

La campaña de esta segunda vuelta fue brutal. Se centró mucho contra «el caos comunista», que era posiblemente lo que más temía el pueblo alemán. Los nazis sacaron todo su arsenal propagandístico en los términos más «modernos». El 10 de Abril, Hitler obtuvo 13.417.460 votos, un 37%, y von Hindenburg 18.250.000 (el 53%). Los Nacionalistas y los Comunistas fueron los perdedores. ¿Pero hasta qué punto ese voto por el Viejo Presidente no era un voto a la esperanza de una Dictadura? Y sobre todo ¡Ese 37% de «un cabo» enfrentándose a «la Vieja Alemania» del Mariscal! ¿Escucharía Hitler el All hail, Macbeth, that shalt be king hereafter de las fatídicas apariciones?

Ese triunfo puso en «acción» a las SA, ya en pie de guerra. Era el ambiente decisivo para las grandes elecciones nacionales del 30 de Julio.

Alemania «ardía». Goebbels habla de que «se masca en el aire una revuelta, un levantamiento» (aludiendo a las SA). Las fuerzas de asalto veían el poder al alcance de la mano, y lo querían ¡ya! A ese clima de revuelta se unió Gregor Strasser: le recriminó a Hitler que no aprovechara su victoria para exigir, para «asegurar» ya una tajada del poder, dentro del cual sería más fácil erosionar la República. Pero Hitler se encastilló en su «o todo o nada». Lo que había visto en el mitin del Lustgarten de Berlín con más de 150.000 delirantes asistentes, era fuego en su sangre.

El 14 de Abril, la situación era tan tensa que Brüning, por Decreto, disolvió las SA y las SS. Röhm pensó en negarse a cumplir esa orden y enfrentarse en la calle al gobierno, con cierta creencia en que el Ejército no intervendría de forma contundente. De cualquier forma, confiaba en los 400.000 hombres de sus tropas de asalto frente a un Ejército de 100.000 hombres. Pero Hitler le ordenó que acatase el Decreto. «Les contestaremos en las elecciones del 24», le dijo (se refería a las de ese mes en Prusia). Ese mes ingresaría en las SS Adolf Heichmann.

Hitler siguió –como seguiría para las elecciones nacionales– sin bajarse del avión. Mítines y mítines: 26 ciudades en siete días. El 24 de Abril se celebraron las elecciones en Prusia, Württemberg, Baviera y Anhalt, así como las municipales de Hamburgo. Prusia era muy importante: significaba los 2/3 del territorio del Reich y tenía 40.000.000 de habitantes (de un total de 65). Durante toda la República de Weimar, la Dieta Prusiana y el gobierno de Prusia habían sido una coalición de socialdemócratas y Zentrum. Hitler usó todos sus recursos de hechicero de masas. Los resultados de las elecciones lo situaron a la cabeza del primer partido de Prusia con el 36,3%, 8.000.000, pasando de 6 a 162 escaños. En Württemberg obtuvieron el 26,5%, en Baviera el 33% y en Anhalt el 41%, lo que les permitió situar el primer presidente nazi de un estado alemán; en Hamburgo ganaron con el 31,2%.

Elecciones de 24 de Abril del 32 en relación a las del Reichstag de Septiembre de 1930:

	1932	1930
Prusia.....	36,2	18,5
Baviera.....	32,5	17,9
Wurtemdegr.....	26,4	9,4
Anhat	40,8	20,40
Hamburgo.....	31,2	19,2

Ya era imposible no contar con Hitler y los suyos. Von Schleicher empezó sus maniobras de acercamiento a Hitler, llegando a asegurarle que él había sido contrario a la disolución de las SA; incluso logró que el Viejo Mariscal le reprochara al general Groener esa disolución, como unilateral, ya que de disolver a los nazis hubiera debido hacerlo también con la Reichsbanner, la fuerza paramilitar de los socialdemócratas. Groener intentó defender su decisión, pero von Schleicher se unió a Goering y a Hammerstein, y entre los tres presionaron a Groener, en una muy violenta sesión del Reichstag, diciéndole que no implicara en sus decisiones al Ejército, del cual ya no tenía la confianza. Se le exigió la dimisión y Groener, abandonado también por von Hindenburg, dimitió el 13 de Mayo. Inmediatamente, von Schleicher le ofreció en bandeja a Hitler esa dimisión, pensando que así podría convencerlo de que se uniera a él, pues sus diferencias ya las discutirían más tarde, pero debían ir unidos para derribar a Brüning y su gobierno.

Verdaderamente, Brüning estaba en una situación insostenible. Había perdido casi todo los apoyos: la caída de Groener le robaba el poder del Ejército, los grandes industriales no le perdonaban su política social llevada a cabo por el católico Stegerwald; los junkers, como grandes terratenientes no podían aceptar que Brüning quisiera expropiar sus inmensas fincas para su política de colonizaciones; los nazis y comunistas, ni qué decir. Con todas estas armas en sus manos, von Schleicher presionó a von Hindenburg, le dijo que era imprescindible deponer a Brüning o que la nación podía verse en una situación caótica, ingobernable y acaso de enfrentamiento civil, y le sugirió que nombrase canciller a von Papen, asegurándole que los nazis estaban conformes con ese nombramiento. Para ganarse más a Hitler tuvo una entrevista con éste el 28 de Abril y le aseguró que anularía el decreto contra las SA y las SS, le prometió nuevas elecciones, y lo único que le pedía a cambio es que se mantuviera «neutral» con respecto a él y que aceptara la cancillería de von Papen.

El sueño de von Schleider era un gobierno «fuerte», quitándose de encima a los socialdemócratas, suspendiendo indefinidamente el Reichstag, con un Presidente sostenido por la Reichswerhr y un Canciller –él– gobernando por Decreto: esto es:

una Dictadura. En cuanto a los nazis, confiaba en, si no podía ganarse a Hitler, neutralizarlo, atrayéndose a Röhm y a Strasser, desuniendo así el partido.

Von Hindenburg sopesó todas estas cuestiones, y acaso tuvo muy en cuenta – eran «la vieja Alemania»– las presiones de los grandes terratenientes del Este; también tuvo por catastróficas las consecuencias de la política deflacionista de Brüning, que había provocado una paralización de la economía. Con todo, el 29 de Mayo le exigió la dimisión a Brüning, que la presentó el día siguiente.

Es de suponer la alegría con la que Hitler recibió esa noticia. El 30 de Mayo fue recibido por von Hindenburg –a sugerencia de von Schleicher– que le anunció el levantamiento de la prohibición de las SA y SS (que tuvo lugar el 16 de Julio), así como que iba a disolver el Reichstag. Poder contar con sus tropas de asalto –aunque a pesar de la prohibición, estas habían campado por sus respetos– y sobre todo esas nuevas elecciones, eran lo que Hitler quería. A cambio de esas concesiones von Hindenburg le pidió a Hitler su apoyo para un nuevo gobierno «presidencial». Hitler le contestó que en principio aceptaba, pero que se reservaba la libertad de acción.

La caída de Brüning fue decisiva. Goebbels escribe en su diario: «¡Elecciones! ¡Elecciones! Lo único que queremos nosotros es que se consulte al pueblo».

Como escribió Aron, ya en Otoño de 1932: Después de la caída de Brüning la revolución nacional era inevitable. Faltaba saber quién tomaría el mando y sacaría provecho de ella, si los hitlerianos a los nacionalistas. El Sportpalast y la Wilhelmstrasse albergaban dos mundos hostiles: por una parte las masas desatadas, por la otra los representantes del antiguo orden. El acontecimiento decisivo se produjo cuando el orador del Sportpalast fue llamado a la Wilhelmstrasse.

El Viejo Mariscal nombró entonces Canciller a Franz von Papen (del Zentrum, católico), hombre reconocido, respetado y moderado, y al que se le suponían «altos» contactos. Sería su gobierno de «barones», muy conservador. No era buen político. Nombró a von Schleicher Ministro de Defensa. Papen también tenía poderes extraordinarios, para gobernar por Decreto. Pero aun así, no tenía apoyos parlamentarios, pues el Zentrum no lo estimaba ni la Izquierda tampoco. Pensó atraerse el voto nazi, que era cada vez más importante, «y domarlo». Craso error.

Von Papen creía que ya no era posible gobernar sin convertir el sistema en más presidencialista, más autoritario. Como le dijo a su acusador, Kubuschok, en el proceso de Nuremberg, Weimar había regalado al pueblo una locura de derechos, sin medir las consecuencias. Poner en orden ese pandemonium requería poderes excepcionales. Como von Hindenburg dudaba de conceder esos poderes, y dado que no tenía posibilidades de maniobra, von Papen disolvió el Reichstag el 4 de Julio y convocó nuevas elecciones para el 31 de Julio de 1932.

Hitler, que no se había apeado del avión y de los mítines desde la convocatoria de las elecciones de Abril, siguió al mismo ritmo. En doce días habló en cincuenta ciudades. Las masas acudían febriles. Era el médium que diría Jünger. Alumbraba

fuerzas nuevas, el Poder sin Conciencia que esas masas irradiaban. Sus discursos no había que entenderlos. Eran conjuros.

Fue una campaña muy dura, con 99 muertos y 1.125 heridos en Prusia en enfrentamientos. Christopher Isherwood ha dejado escrito: «En Berlín era la guerra civil»

Antes de las nacionales, tuvieron lugar elecciones en Hessen, Mecklenburg y Oldenburg: los nazis ganaron casi el 50% en todas ellas. Hubo una efervescencia de violencia en la calle sobre todo en Prusia, donde el gobierno y la policía eran proclives a la Izquierda y «la dejaban». El 17 de Julio tuvieron lugar los atroces enfrentamientos en Altona. Se palpaba la guerra civil entre SA y comunistas. El 20 de Julio, von Papen, haciendo uso de los poderes de emergencia que le solicitó a von Hindenburg, dio un golpe de Estado: se nombró a si mismo Comisario del Reich en Prusia, nombró a Bracht su Ministro del Interior, y disolvió el gobierno de la Dieta (esa coalición de la que ya he hablado de socialdemócratas y Zentrum que había gobernado siempre allí). Ni partidos ni sindicalistas reaccionaron ante ese golpe de Estado. Hitler debió tenerlo muy en cuenta, para ver y medir el grado de sumisión de la sociedad. Además, debió relamerse al ver que se le quitaba de encima una policía más bien contraria a sus intereses. El gobierno prusiano, sobre todo su ministro de Interior, Kurt Severin, conocido antinazi, no aceptaba esa disolución. Pero von Papen –y von Schleider– habían tenido la precaución de, con la aprobación de von Hindenburg, ordenar al general von Rundstedt, comandante en Jefe del Wehrkreiss III (Berlín-Brandenburgo), que pusiera a las tropas en estado de alerta. Cuando Severin y Grzesinski se negaron a acatar la disolución impuesta por von Papen, éste ordenó el estado de Ley Marcial en Berlin. Los socialdemócratas no fueron capaces de poner en su defensa, y hubiesen podido, a los 90.000 policías armados sobre los que tenían autoridad. Se acobardaron. Y así cayó el gobierno de Prusia.

«Excitante atmósfera» dice Speer. Cumplía los sueños de Hitler. Era el mejor augurio para las elecciones del 31 de Julio. Estas dieron 230 escaños a los nazis con 13.745.680 votos (pasando así del 18,2% al 37,4%). Los socialdemócratas se quedaban rozando los 8.000.000, los comunistas en 5.282.600 (ganando 700.000 votos) y el Zentrum en 4.589.300 (el único que perdió votos, los católicos). El voto de la clase media de los nacionalistas se había pasado a los nazis, así como el de los nuevos votantes, jóvenes. Los nazis eran ya el primer partido de Alemania; no se había conocido una cifra tal de escaños para un solo partido desde la fundación del Reichstag. Era el fracaso absoluto de los partidos moderados. Y a ese triunfo electoral había que sumarle 1.000.000 de afiliados al Partido más los 400.000 que formaban las SA y las SS. En teoría, Hitler debía ser nombrado Canciller –ese o todo o nada que él pedía–. Pero el parlamentarismo de Weimar jugaba mucho en los pasillos. Y von Papen apoyado por von Schleider y con la aprobación de von Hindenburg, decidieron «calmar a Hitler», ofreciéndole la Vicecancillería. Hitler se negó a aceptarlo, postulándose a sí mismo para Canciller, con Frick en Interior, Goering en Aviación,

Gregor Strasser en Trabajo y Goebbels en «Educación del Pueblo». Von Hindenburg se negó.

Las SA volvieron a desmandarse. Querían tomar el poder por la fuerza. La población expresa ya su cansancio de las luchas callejeras, y Funk le transmite a Hitler la preocupación de los grandes industriales y banqueros por las ideas de Gregor Strasser y de Feder. El 12 de Agosto, Hitler se reunió con su plana mayor en Tegernsee y los apaciguó con promesas de «botín» y de una victoria inmediata y «legitimada» por las leyes. A continuación se reúne con von Schleicher en Fürstenberg y le exige la Cancillería, la Presidencia de Prusia, varios Ministerios y la utilización de plenos poderes para gobernar por Decreto, instándole a disolver el Reichstag. Von Schleicher se mostró dispuesto a asegurarle el máximo posible, incluyendo los ministerios de Interior, Educación, Agricultura, Aire y la Secretaria de Estado de la Cancillería. Pero von Hindenburg no aceptó esas negociaciones.

A su vez, la Conferencia Episcopal reunida en Fulda, proclamó que ser católico y adherirse al Partido Nazi era incompatible. Pero parte de los fieles, que eran nazis, se pusieron en contra y hasta pidieron a Hitler que exigiese al nuncio Orsenigo que declarase invalidada la proclama de Monseñor Bertam.

Pese a toda la inquietud, y a la catastrófica situación económica, la prensa en general habla todavía en Septiembre de cierta «normalidad», y la población llena los cafés y los teatros y el Kurfürstendam y las orillas del Wannsee. Divertirse antes de que caiga el cielo sobre nosotros.

El 13 de Agosto, Hitler vuelve a reunirse con von Schleicher y con Papen. Von Schleicher dio marcha atrás en algunas de sus «concesiones» y apoyó a von Papen en una única oferta: Vicecancillería y Ministerio del Interior de Prusia. Hitler perdió –dicen– la calma, y hasta chilló. Dijo: «No. O todo el poder o nada». Y amenazó con «soltar» a las SA. Que la situación verdaderamente debió ser muy dura, y que Hitler no debió sentirse muy seguro de las consecuencias, nos lo indica que al terminar esta reunión, pidiera informes de si la ciudad libre de Danzing tenía tratado de libre extradición con Alemania.

Tuvo que intervenir von Hindenburg ese mismo día, y recibió a Hitler (que acudió con el Dr. Frich y con Röhm). Hindenburg (acompañado por von Papen y el Dr. Maissner, Secretario de Estado) le dijo que había quebrantado su promesa de «respetar» el gabinete de Papen y que lo único que podía pactar con él era aceptarlo a Hitler y algunos más de los suyos en un gobierno de coalición. Hitler dijo que no. Después, la Presidencia comunicó a la prensa la oferta de von Hindenburg y la negativa de Hitler y su pretensión de poder total.

Mientras tanto Hitler no olvidaba ir prepararon sus planes de gobierno. Con Darré empezó a planificar –según Rausching (hay que tomarlo con precaución)– el «lebensraum» hacia el Este, la «conquista de un nuevo suelo nacional». Y todo el mes de Agosto lo pasó en conversaciones con otros grupos. Al final, Hitler obtuvo que los centristas y nacionalistas lo apoyasen para el nombramiento –el 30 de Agosto–

de Goering como Presidente del Reichstag. La primera sesión plenaria del nuevo Reichstag tendría lugar el 12 de Septiembre.

Las SA por su parte continuaban con sus amenazas, una rebelión que parecía casi imposible frenar. El 19 de Agosto se celebró el juicio por el asesinato de Potempa, donde cinco nazis habían apaleado hasta la muerte a un comunista, por lo que se les pedía pena de muerte. Rosenberg escribiría en el *Völkischer Beobachter* que esa era «la justicia burguesa que daba el mismo valor a un comunista polaco que a cinco soldados alemanes». Hitler, como forma de aplacar a las SA, expresó su apoyo a los asesinos. ¡Y obtuvo que se les conmutase la pena capital por prisión perpetua! (Serían amnistiados en 1933). Era muy arriesgado para Hitler defender públicamente a unos asesinos, pero debía elegir entre la SA y parte de su electorado y lo que pudiera acarrearle esa adhesión. Y acertó.

Es curioso que esta violencia y este triunfo de la sinrazón suceda al mismo tiempo que se reúne la «crema» de los juristas alemanes, para analizar la reforma del Código Penal, lo que estaba en curso desde los comienzos de la República de Weimar. La mayoría se mostraron partidarios de que la administración tuviera en cuenta «los poderosos movimientos que penetran todos los espacios, Cultura, Estado, Derecho, Economía...», y que la Ley debía ser el medio de «promover la Comunidad Nacional», la comunidad de personas unidas por su común ascendencia aria.

Von Papen nombró a von Schleicher Ministro de la Reichswehr. A sus órdenes estaba el Jefe de Estado Mayor Ministerial. El Jefe militar del Ejército era el general von Hammerstein (firme antinazi).

La apertura del Reichstag el 12 de Septiembre fue memorable. Von Papen se creía seguro del apoyo de von Hindenburg, pero temiendo algunos problemas parlamentarios, le había solicitado de forma discreta un Decreto de Disolución del Parlamento, por el caso de tener que usarlo como arma política. El Presidente se lo facilitó, y con el Decreto en su carpetita roja, von Papen se encaminó a su destino.

La comunista Clara Zetkin –Bullock dice que fue el diputado también comunista Torgler– tomó la palabra. Presentó un voto de censura al gobierno como enmienda a la orden del día, que hubiera bastado que un solo diputado se hubiera opuesto, para invalidarlo; pero nadie lo hizo. Goering olfateó inmediatamente el regalo que se le ofrecía, y ordenó que se pasase a la votación de esa moción. Se interrumpió la sesión media hora por petición de Frick. Cuando se reanudó para votar, von Papen, que se había dado cuenta del peligro, se levantó corriendo de su escaño hacia la Presidencia, con gestos para que Goering detuviese el procedimiento. Pero éste hizo como que no lo veía, y dijo: «Votación». Von Papen intentó detenerlo y puso sobre la mesa de la Presidencia su cartera roja con el Decreto de Disolución, pero Goering le dijo: «Señor Canciller, no se puede detener una votación comenzada».

Así cayó von Papen. Por 512 votos contra 42. Se disolvió el Reichstag y se convocaron las quintas elecciones de aquel año: para el 6 de Noviembre.

Al terminar la sesión, Goering, como guinda, leyó en voz alta el documento que había esgrimido von Papen –la Disolución–, y entre las carcajadas de los parlamentarios, les dijo: «No puede usted disolver el Reichstag, porque ya no es Canciller». Von Hindenburg, cuando se enteró, montó en cólera, disolvió el Reichstag por Decreto y mantuvo a von Papen. Pero era ya el Canciller imposible. Estaba acabado.

El 2 de Octubre Hitler asistió a una gran concentración de más de 110.000 jóvenes de las Hitlerjunger, en Potsdam. Antorchas y cantos de victoria. Mientras esos cantos bárbaros se alzaban hasta los cielos de ese Otoño del 32, las masas buscan los *schluss verkauf* (saldos) en los grandes almacenes y pasean desalentados por la Kurfurstendam. Sólo en Berlín hay 70.000 parados. También los nazis estaban económicamente agotados por tanta campaña electoral. Pese a su triunfo el gran capital empezó a cerrarles su grifo, al no ver con claridad por donde iba a desarrollarse el futuro. Como respuesta, los nazis se unen a los comunistas el 1º de Noviembre para la huelga del Transporte de Berlín. Hitler sabía que esa vinculación podría tener un precio, pero como dijo Goebbels, no haberlo hecho hubiera sido aún peor.

Las elecciones de Noviembre registraron la oposición de los votantes a ese pacto. Los nazis bajaron 2.000.000 de votos sobre los obtenidos en Julio: de muchos de los que habían soñado una Revolución «más rápidamente», de muchos nacionalistas que habían «prestado» su voto en Julio y que ahora volvían al redil; también huyeron los asustados por los excesos de las SA. Tuvieron un 33,5%, 196 escaños (34 menos que en Julio). Los comunistas subieron 600.000, hasta un 16,9%, recogiendo votos desilusionados del Nazismo (desilusionados por considerar la línea del partido poco revolucionaria). Pero aún con ese descenso, los nazis seguían siendo el Partido más importante en el Reichstag. Los socialdemócratas perdieron casi 700.000 votos y el Zentrum más de 350.000. Los nacionalistas aumentaron de 2.177.400 a 2.959.000.

Von Papen –que no se dio o no quiso darse cuenta de que fuesen cuales fuesen los resultados lo considerable para él es que el voto anti-Papen alcanzaba un 90%– pensó que esa caída de voto nazi podía ayudarle para «manipularlos», ofreciéndoles Ministerios y la Vicecancillería a Hitler; engatusarlos. Pero era ya un partido demasiado fuerte para dejarse engatusar: con cerca de 1.420.000 afiliados, más de 400.000 SA y otro tantos en sus grupos obreros (el 25% de los nazis eran obreros y el 75% clase media independiente; las SA y las SS, en un 55% se componían de trabajadores, muchos de ellos provenientes del Partido Comunista), Hitler sabía que tenía la victoria a su alcance; sobre todo al constatar que ese 33% que votaron por él, lo había hecho conscientes de su apoyo público, su identificación con los asesinos de Potempa. Y además, sabía que el Ejército había expresado temores de no estar preparado (estaba muy poco motorizado) para hacer frente a una hipotética acción contra las masas.

El trabajador, de Ernst Jünger, que describe los «nuevos tiempos» y los hijos de esos tiempos, aparece en ese Otoño de 1932, y de inmediato es atacado por el *Volkischer Beobachter*, el periódico nazi, en un artículo feroz firmado por Thilo von Trotha.

Pero von Papen seguía imaginando que ese retroceso electoral bajaría los humos de los nazis, y que era buen momento para tentar a Hitler –y acaso poder controlarlo– ofreciéndole de nuevo la Vicecancillería, con la condición de que obtuviese una mayoría y sin que Hindenburg le otorgase en ningún momento poderes extraordinarios. Hitler se negó nuevamente a aceptar ese cargo. Así, pues, von Papen volvió a encontrarse sin posibilidades de conseguir una mayoría. El general von Schleicher convenció al Viejo Mariscal de que si von Papen continuaba en el Gobierno, había riesgo evidente de una guerra civil. Y que lo único razonable para el Presidente sería nombrarlo a él Canciller, pues creía tener posibilidades de lograr esa mayoría, y precisamente con los nazis, a los que así lograría frenar; su plan consistía en romper la unidad del Partido Nacionalsocialista, ofreciéndole la Vicecancillería a Gregor Strasser, el segundo en el partido, lo que lo llevaría a enfrentarse a Hitler. También presentó un plan económico de recuperación a base de inversiones en obras públicas.

El 12 de Noviembre de 1932, Hjalmar Schacht le escribe una carta a Hitler que termina con estas palabras: «Tengo confianza en que el actual sistema está ya condenado a la desintegración. Felicitaciones alemanas».

El 13 de Noviembre von Papen le escribió a Hitler sugiriéndole solventar sus diferencias y volver a negociar para unificar a los partidos de orientación nacionalista. El 16, Hitler contesta diciendo que todo debe desarrollarse por escrito y que debe tener seguridades de que Hungenberg entrará en ese bloque nacional.

Von Schleicher maquina de nuevo contra Papen. Plantea que su dimisión le hace falta a von Hindenburg para poder consultar con libertad a los líderes de los partidos.

El 17 de Noviembre, von Papen dimite. Acepta seguir presidiendo un gobierno de transición, pero resultaría imposible.

El Viejo Mariscal recibe a Hitler. Había leído una petición a favor de éste firmada por veinte grandes hombres de negocios (pocos, en realidad, para lo que era la patronal alemana), alguno de ellos tan influyente como Schacht, Schroeder, Thyssen y el Presidente de la Liga Agraria del Reich. Hindenburg les dijo estar dispuesto a considerar su petición siempre que Hitler obtuviera una mayoría parlamentaria eficaz. Hitler le contestó que exigía los mismos poderes excepcionales que había tenido von Papen. Von Hindenburg no lo aceptó.

Von Schleicher continuó con sus intrigas, pretendiendo hacerse él con la Cancillería. El 20 de Noviembre, ante la situación alarmante, se celebra una conferencia en el Estado Mayor con presencia del Ministro del Interior. Se analiza si el Ejército es suficiente para frenar una revolución doble (comunistas y nazis). Se consideró que no era posible contra los dos, que había que ganarse al menos a uno.

El 1º de Diciembre von Schleicher y von Papen visitan a Hindenburg. Von Papen le sugiere un plan: a) Intentar formar gobierno –con una base mayor que el fracasado– presidido por von Papen. b) Prorrogar indefinidamente el Reichstag. c) Preparar una reforma constitucional para una nueva ley electoral. d) Mientras eso se hace: proclamar el estado de emergencia, gobernar por Decreto y usar la fuerza para aplastar cualquier tumulto. O eso, o tratar con Hitler. Alemania era ya ingobernable (von Papen lo repitió en el juicio de Nuremberg). Schleicher dijo que ese trato era «anticonstitucional» y que llevaría a una guerra civil. Y repitió su propio plan, que contaba con dividir a los nazis, atrayéndose a Strasser y unos 60 diputados “suyos”. Se discutió mucho y duro. Pero Papen logró que von Hindenburg le confiara la formación del gobierno.

Al día siguiente, en la reunión de gobierno, von Schleicher dijo que von Papen no contaba con la confianza del Ejército porque su política conduciría a la guerra civil. Esa misma noche, von Papen se entrevistó con el Viejo Mariscal y le expuso la situación, y el Presidente le retiró el cargo que sólo había durado 24 horas escasas.

El 2 de Diciembre von Schleicher es nombrado Canciller y también sucede a von Papen en la Presidencia de Prusia.

Para Goering –así lo dijo en el juicio de Nuremberg– cuando Schleicher se hizo cargo del gabinete, como era al mismo tiempo ministro de la Reichswehr, «era una dictadura militar». En realidad, desde Brüning, von Papen y von Schleicher, no son más que pasos en el avance del Estado y el poder autoritario.

Y allí estaban los ojos azules acero de Hitler mirando todo. Se sabía «el hombre nuevo». Como escribió Valeriu Marcu, era «el Napoleón del sufragio universal». Sabía que las masas lo preferían a quienes aún tenían resabios de las viejas clases poderosas (como Hugenberg) o los viejos clanes y castas (católicos, etc.) o a los liberales. Su único rival era el Comunismo, que movilizaba los mismos sentimientos abyectos. Pero también sabía que los comunistas no movilizarían más que obreros, mientras que él era la voz de «Todos». Una voz que los movilizaba, que usaba su miedo a la libertad (Fromm), una voz que era la del hombre nuevo sobre el mundo, el perteneciente a la masa, o mejor el «hombre masificado» que dice Kornhauser.

I go, and it is done; the bell invites me, clamaba Macbeth.

Qué terrible lo que encierra esta frase que repetían los alemanes: Besser ein schreckliches Ende als Schrecken ohne Ende: Antes un fin terrible que un terror sin fin.

«En lugar del solista Edmund Fischer, esta noche tocará la Orquesta Sinfónica de Frankfurt. Un ejemplo más de nuestra política, que donde antes sólo había trabajo para uno, ahora emplea a muchos hombres».

PALABRAS DEL ALCALDE DE GIESSEN ANTES DE UN CONCIERTO

«Hay algo que puedo predecir a los que comen carne: el mundo futuro será vegetariano».

ADOLF HITLER

2 de Diciembre de 1932. Hace mucho frío. Berlín está envuelto en una niebla casi delicada, pero que corta como una cuchilla. Las calles envuelven un rumor sordo de pasos. Muchedumbres de parados ocupan las aceras, tienen los ojos fijos en los escaparates. Jouvenel –que lo vio– dice que las miradas estaban llenas de desesperanza y de rencor, de resentimiento; la de los comerciantes añadirán a esos resentimientos, el miedo. El Gobierno de la República de Weimar se arrastra herido; muchos de sus movimientos ya no tienden a meta alguna, son como espasmos dolorosos de esas heridas. El Viejo Mariscal ha nombrado Canciller a von Schleicher. Acaso no sin dudas, y desde luego con aversión. Von Schleicher y su cubileteo partidista ha ido acabando con los anteriores poderes: Müller, Groener, Brüning, von Papen. Si von Hindenburg accede a este nombramiento ahora es solamente como intento de evitar –de alguna forma, von Schleicher es a su vez el poder del Ejército– una guerra civil. Pero no le ha perdonado. Y no dará, cuando le llegue la ocasión, respaldo a su permanencia.

Von Schleicher se siente fuerte. Además de Canciller, une los poderes de Comisario del Reich para Prusia y el Ministerio de Defensa. Su proyecto consiste en impedir las constantes rupturas del gabinete y tratar de ordenar la economía alemana. Pero Schleicher no podía contar con los socialdemócratas, pues éstos pensaban que una alianza con «un general» les haría perder su electorado más izquierdoso, el que no había perdonado a von Schleicher su colaboración cuando von Papen les hizo perder por las malas el gobierno de Prusia. Sin embargo, los sindicatos socialdemócratas sí apoyarían a von Schleicher porque estimaban que este tenía «sensibilidad social» y había prometido aumentar las prestaciones de desempleo, etc. Von Schleicher consideraba que si podía contar con los sindicatos socialdemócratas, acaso con el apoyo de los nazis le bastara para gobernar; pues si bien detestaba los excesos de Hitler y los suyos, en cambio respetaba su «patriotismo», y sobre todo porque imaginaba que podría «domarlos» dándoles una tajada del poder. Tesis en la que también estaba de acuerdo Rudolf Hiferding, uno de los jefes de la Socialdemocracia SPD. Pero la República está desacreditada, moral y materialmente enferma; la codicia, el vicio, la impiedad han desovado en lo que fue Alemania. Frente a esa insania se levanta la violencia, la de la Jugendbewegung, la «juventud orgullosa» del Nazismo, y la del incendio de la sociedad civilizada, de los comunistas, cuya dirección, por orden del Komintern, establece como prioridad no combatir a los nazis sino a los socialistas.

Von Schleicher sigue en su tesis de que el enemigo más fácil de atraer será el Partido Nacionalsocialista; por lo menos, la distancia que lo separa de éste no es tan grande como del Partido Comunista. Y vuelve a considerar la posibilidad de quebrantar el poder de Hitler, asegurándose –lo que puede ser una forma de romper la unidad nazi– a Gregor Strasser, que lidera el ala izquierdista, más socialista –de hecho

ya en 1926 su izquierdismo había sido desautorizado por Hitler en la reunión de dirigentes del partido, en Bamberg, Alta Franconia, cuando éste impuso la línea «moderada», que salió vencedora— del Partido; y que con él hubiera arrastrado unos 80 diputados. Strasser era el único que jamás llamó a Hitler «mein Führer», siempre decía Herr.

La reunión de Alsenstrasse el día 3 —así llamada porque en dicha calle estaba el domicilio del general von Schleicher— entre éste y Gregor Strasser, ofrece al segundo la Vicecancillería y ser Ministro-Presidente de Prusia y dirigir la política social. La aceptación de esta propuesta desde luego hubiera significado el enfrentamiento con Hitler. La entrada de Strasser en el Gabinete podía llevar a von Schleicher a un distanciamiento (y a una oposición) de los grandes industriales, pero consideró que era una carta que merecía la pena ser jugada. Además el mismo día 3 las elecciones de Turingia reportaron un retroceso Nazi muy grande (casi un 25% sobre lo que ya había bajado en Noviembre).

En cuanto Hitler tuvo conocimiento de la reunión de Alsenstrasse, montó en cólera. El día 5 tuvo una reunión (estando Goering, Goebbels, Frick, etc., presentes) con Strasser en el Hotel Kaiseerhof. Le recriminó muy duramente, casi con violencia física. Strasser le suplicó que aceptase la oferta del Canciller, pues pensaba era muy arriesgado ir a nuevas elecciones y que así podrían alcanzar «algo» de poder. Goering apoyó a Hitler. Goebbels, que había coqueteado con el ala izquierdista de los nazis, y acaso por coherencia ideológica, pues era mucho más radical en su anticapitalismo que el grupo más afín a Hitler, no dudó en cancelar ese «pasado» y unirse a Hitler en su repudio de Strasser. Frick, curiosamente, intentó un tímido apoyo a éste, pero Hitler rápidamente se lo ganó, incorporándolo al único grupo que habría de llevar desde entonces las negociaciones con von Schleicher, y que serían Frick, Goering y Goebbels. Strasser quedaba así total e inapelablemente desautorizado. El final de esta violentísima y complejísima reunión fue la salida el día 7, de Strasser, «dimitido» de sus cargos en el Partido, con lo cual, por fin Hitler acaparaba en sus manos todo el poder Nazi. Con él dimite también Gottfried Feder, el viejo «teórico» de los orígenes, un economista que había sido fundamental para el partido; aunque no tardaría Feder en pensarlo mejor, en retractarse y volver a la obediencia.

La prensa no se dio cuenta de la profundidad de esta operación. Según cuenta Leni Riefenstaht, los periódicos del día 8 salieron con titulares que anunciaban: «Strasser abandona a Hitler. El final del NSDP». De cualquier forma, el momento era delicado. Leni Riefenstaht, esa misma noche del día 8 estuvo con Hitler en el Hotel Kaiserhof y dice que lo encontró muy preocupado.

Pero el día 9, los líderes nazis, gauleiters y diputados, aprobaron la línea de Hitler y suscribieron una durísima condena de Strasser. De todas formas Hitler era consciente de que la crisis-Strasser era el problema más difícil que se le había planteado. Strasser era la organización del Partido, la «mano derecha de Hitler». La dimisión de Strasser podía escindir —por encima de las adhesiones inquebrantables de

aquel momento— el Partido, sobre todo cuando habían sufrido un retroceso electoral y las SA estaban, como siempre, sumamente inquietas. Hitler llegó incluso a decirle a Goebbels que si el Partido se desmoronaba, él se suicidaría.

Para tratar de reorganizarlo todo. Hitler se reunió en el Kaiserhof con Himmler, Goebbels y Röhm. Allí se decidió desmontar la estructura de organización que había dispuesto Strasser. Hitler asumió esa Jefatura de organización y designó como segundo a Robert Ley, y puso en marcha una Central Política bajo la dirección de Rudolf Hess; se substituyó a una serie de cargos que eran de Strasser. La fuerza de Hitler —que durante nueve días viaja sin descanso reuniendo a cabecillas del Partido de todos lados— se impuso. Cuando llegase la Noche de los Cuchillos Largos, en Junio de 1934, en la purga de las SA, Hitler no se olvidaría de Strasser, que sería asesinado.

Otra vez con el poder en sus manos, Hitler se dispuso a la gran batalla para la Cancillería.

Alemania estaba madura.

Von Schleicher trata de concentrar el poder en sus manos, y por otra parte, imagina que una forma de suavizar oposiciones consiste en «equilibrar tendencias» satisfaciendo un poco de las demandas de cada una. En realidad, se enemista con todos los partidos. El 15 de Diciembre, decide dirigirse a la nación por radio: anuncia unos poderes más fuertes de los que en realidad le ha concedido von Hindenburg, proclama una serie de medidas contra los grandes terratenientes (anulación del sistema de cuotas agrícolas establecido por von Papen), el control de los precios para los artículos de primera necesidad, y anula muchos de los subsidios y otros beneficios sociales establecidos —bastante inmoderadamente— por gobiernos anteriores. Así, consigue la enemistad tanto de los socialdemócratas y de los sindicatos, como de los poderosísimos grandes industriales y los terratenientes; por su parte, el Partido del Centro, que no le había perdonado sus intrigas contra Brüning, también se sitúa en la oposición.

Más allá de todo esto, con los ojos ya viendo su momento, Hitler maquina un plan: destituir a von Hindenburg, acusándolo de haber violado el artículo 48 de la Constitución. Eso requería —el mero hecho de poder presentar la acusación—, según el artículo 59, cien votos del Reichstag. Hitler podía contar con 196. Pero la destitución era otra cosa, y exigía una mayoría de dos tercios (artículo 43): 290 votos. Hitler contaba con sus 196 más los de los comunistas y con parte de los socialdemócratas. El problema era que según el artículo 51, si se producía la vacante de la Presidencia, automáticamente ésta recaía con todas sus funciones de Jefe de Estado, en el Canciller, hasta el nombramiento de un sucesor. Y el Canciller era von Schleicher. Hitler no quería eso de ninguna forma. Y propuso una enmienda a la Constitución para que las funciones de la Presidencia recayeran transitoriamente en el Presidente del Tribunal Supremo. Esta moción logró convertirse en Ley el 9 de Diciembre por 404 voto contra 127.

El día 15 de Diciembre los grandes industriales subscriben una declaración por boca de su presidente, el Dr. Krupp von Bohlen und Halbach, advirtiéndole a von Schleicher que «no vaya más lejos en su izquierdismo» y que ellos ya no van a sostenerlo.

Al día siguiente, para marcar más aún los límites, los «ricos» con von Papen a la cabeza, se reúnen con Hitler en el Herrenklub de la Vosstrasse. Von Schleicher aún cree que le será posible gobernar, porque supone que todos esos «enemigos», por sus muchas diferencias, no lograrían unirse contra su gobierno. Y en cuanto a los nazis – que en ese momento pasaban por una de sus peores etapas de carestía de fondos (hasta el punto de que las SA pedían por las calles con alcancías; el *Diario* de Goebbels está lleno de amargura por esos problemas)–, no es capaz von Schleicher de imaginar ni su unión a los otros grupos ni su capacidad de recuperación.

Hasta la prensa –como el *Frankfurter Zeitung* del día 3 de Enero– estaba convencida de que el «asalto» Nazi contra el Gobierno había fracasado. «¿Quién recuerda a...? ¿Cómo se llamaba? ¿Adalbert Hitler?» escribía el *Berliner Tageblatt* el 1º de Enero. Pero lo inesperado, sucede: el 4 de Enero de 1933 von Papen –qué lapidario lo que diría de él Adenauer: «Hay que otorgarle un atenuante: sus profundas limitaciones»– y Hitler se reúnen en casa de Kurt von Schroeder, banquero de Colonia, en Bad Godesberg. Hay indicios de que esta reunión se debió sobre todo a los deseos de los dos políticos, más que a la apuesta de von Schroeder; aunque este último no había sido ajeno a ciertas contribuciones para el partido Nacionalsocialista e incluso le había escrito al Presidente von Hindenburg sugiriéndole que nombrase a Hitler Canciller. Este apoyo le vino providencialmente a Hitler, pues verdaderamente los grandes industriales habían limitado su ayuda a los nazis; no estaban seguros de su ideología. Más importantes fueron las ayudas de los representantes de intereses norteamericanos en Alemania, que sí consideraron el «orden» nazi, con la única excepción acaso de las empresas Thyssen. El gran capital, verdaderamente, prefería una solución von Papen y que fuera éste quien gobernara con el apoyo nazi.

En esa entrevista en casa de von Schroeder, von Papen le ofreció a Hitler la unión de nazis y nacionalistas en una Cancillería conjunta de ellos dos. Puede deducirse que von Papen había sondeado a Hugenberg, cabeza de los nacionalistas (aunque por esos mismos días, éste estaba llevando a cabo entrevistas con von Schleicher, al que le ofreció a su vez el apoyo de su partido si él se hacía cargo del Ministerio de Economía, asegurándole que esto lo había pactado con la Reichlandbund, la unión de agricultores y terratenientes, con lo cual se reducía notablemente el número de los enemigos poderosos de von Schleicher. Pero éste pensó que se trataba de una maniobra de la Derecha para maniatar su gobernación, y rehusó la propuesta).

Hitler no acepta esa Cancillería bicéfala. Y en términos tan terminantes que von Papen no insiste. Como contrapartida, Hitler le ofrece a von Papen unir sus fuerzas y formar un Gabinete, bajo Hitler, con varios ministros decididos por von Papen. Ese gabinete debería desarrollar un plan de apartamiento del Estado, de socialdemócratas,

judíos y comunistas, y de restauración del orden público. Este gabinete –única y última posibilidad que von Papen podía contemplar de poder establecer una mayoría y al mismo tiempo tener embridado a Hitler y sus seguidores– hubiera servido para establecer unos cauces económicos seguros y suficientes para el depauperado Partido Nazi. Hitler –era una exigencia de los grandes industriales– debía garantizar la «moderación» del partido.

El 6 de Enero von Papen y Hitler hacen público un comunicado donde dicen que su reunión sólo ha tenido por objeto el tratar sobre la posibilidad de formación de un frente nacionalista unido.

Ese mismo día 6 Otto Braun (Presidente del Consejo de Prusia antes que Papen), socialdemócrata, se entrevista con Schleicher y le propone que si éste convence a von Hinderburg para que «devuelva» a Prusia su gabinete socialdemócrata, estos le apoyarían para que no tuviera que convocar elecciones, y que entonces los socialdemócratas colaborarían con él para gobernar juntos y mantener a raya a los nazis. Schleicher se niega

El 9, Papen se entrevista con Schleicher en Berlín, y después visita a von Hindenburg: le dice al Presidente que está seguro de poder integrar y domar a los nazis, siempre que él sea Canciller, pues Hitler jamás trataría con von Schleicher.

El día 10 las SA empiezan a revolverse. A ellos se une la rebelión de otros importantes nazis. Se palpaba la desmoralización.

El 12 de Enero, las SA de Franconia se rebelan –sobre todo contra el gauleiter Julius Streicher–. Hitler interviene, los calma y logra que su jefe, Wilhelm Stegmann, se «declare» leal a Hitler.

El 13, von Schleicher informa a la prensa que «los nazis comerán en mi mano». Al mismo tiempo, se entrevista con Hugenberg y le ofrece los Ministerios de Agricultura y Economía. Pero Hugenberg no lo aceptó. Y al día siguiente, el Partido de Centro de Stegerwald le dice a von Schleicher que ellos no participarían en ninguna colaboración con Hugenberg, lo que también le advierte Ludwig Kaas, el dirigente del Zentrum Católico.

Los nazis, mientras tanto se esforzaban en una brillante campaña en el Estado de Lippe, que precisamente tenía elecciones por entonces: el 15 de Enero alcanzaron allí el 39,6% subiendo un 17%. Pero esa subida es a costa del Partido Nacional. La Izquierda no perdió votos. Este resultado, como Hitler había previsto, presionaría a von Papen para aceptar las condiciones nazis e inquietaría a von Schleicher. Hitler y von Papen volvieron a reunirse en casa de Ribbentrop. Von Schleicher se apresuró – el 16 de Enero– a recibir a Monseñor Kass, cabeza del Zentrum, pero no logró su apoyo. La Reichlandbund incrementó su oposición. Von Schleicher se encontró solo, sin posibilidades de negociar. Amenazó –error que evidenció para los alemanes su precario poder– con declarar el Estado de Excepción. Hitler contestó con un discurso en Weimar ante una asamblea de gauleiters, donde logró de todos ellos la condena de cualquier desviacionismo y su apoyo a su decisión de «o todo o nada», e

inmediatamente se entrevistó –dándole publicidad a esa entrevista– el día 17 de Enero, con Hungenberg, ofreciéndole una posible coalición. El día 18 vuelve a reunirse con von Papen y le exige la Cancillería. Papen insiste en que el Canciller debe ser él, y Hitler se niega.

El día 20 Hitler da un gran mitin en el Sportpalast de Berlín. El 21, los nacionalistas hacen pública su oposición irreductible a von Schleicher. Ese mismo día 21, en casa de von Ribbentrop, en Berlín-Dahlen, se produce una reunión de los nazis (delegan como portavoz a Hermann Goering) y representantes de las demás fuerzas políticas de la Derecha y el poder económico. El 22 de Enero los nazis llevan a cabo una gran manifestación en Berlín, con 100.000 SA, que termina en la Bülowplatz. Esa mañana –lo que era una forma de «anunciar» que las fuerzas del orden estaban «con ellos»– la policía ocupa la Karl Liebknecht Haus, en esa Bülowplatz, que era la sede del Partido Comunista; y lo hace cercando las calles con blindados y ametralladoras. Se dice que es para evitar enfrentamientos y como forma de «proteger» la marcha nazi. A esa misma hora, Hugenberg establece una coalición con Hitler.

Von Schleicher ve que nadie le apoya ya. Ni siquiera su propio gobierno. La prensa lo dice sin ambages. Y cada vez se distancia más de von Hindenburg, quien por el contrario se muestra siempre afectuoso con Papen. Y Papen aprovecha para desacreditar más ante él a von Schleicher. Para colmo, von Hindenburg estaba muy interesado en que se defendieran los intereses de los agricultores de la Liga Agraria, que estaba contra von Schleicher porque no mantenía las barreras arancelarias contra productos extranjeros; Von Schleicher había llegado incluso a romper con la Liga. Desesperado, Schleicher le solicitó a von Hindenburg el Decreto para la Disolución del Reichstag. El Presidente se niega a ello.

Ian Kersahv dice que si von Hindenburg hubiera permitido que Schleicher disolviese el Reichstag –como se había prestado a hacerlo con von Papen– por un periodo superior a 60 días (que era el límite Constitucional), Hitler no hubiera sido Canciller.

A von Schleicher se le planteaba un problema: o usaba de todo su poder con el Viejo Mariscal y lograba poderes de excepción, intentando al mismo tiempo el apoyo de Hugenberg y los nacionalistas –lo que ya era imposible–, disolviendo el Reichstag indefinidamente; o aceptaba una Cancillería de Hitler. Von Papen por su parte también imaginaba ya lo que para él era el menor de los males: Hitler sería Canciller, siendo él Vicecanciller. Los últimos acontecimientos le llevaban a optar por esa segunda vía, en la que intentaría obtener el mayor número posible de carteras (no tanto «suyas», sino «no-de-Hitler») que le permitieran ciertas garantías ante el previsible poder abusivo de los nazis. Además estaba seguro de que su cargo de Comisario del Reich para Prusia –que él había «diseñado» en 1932–, y que podría desempeñar al tiempo que la Vicecancillería, le confería un poder suficiente para enfrentarse a cualquier desmán de Hitler. El último problema que le quedaba era convencer a von Hindenburg, que no era muy proclive al «cabo» Hitler.

Pero Hitler, con su inmenso «fingerspitzgefühl» (podría traducirse por sentido de la oportunidad aliado a una mente despejada y a firmeza de resolución, que siempre han referido sus allegados), había ido ya muy por delante de los acontecimientos. Ese 22 de Enero, cuando ya tiene en sus manos la sumisión de los nacionalistas, las calles de Berlín se iluminan con el resplandor de las antorchas de los SA que desfilan a los gritos de «Nos cagamos en la libertad», «Nos cagamos en la república judía» (según cuenta Henry Sabih Turner). En realidad era una demostración de fuerza –que Hitler creyó «rentable»– ante la mirada comunista. Armand Bérard lo ha contado: fue increíble.

Por la noche, Hitler se reúne con Papen, Otto Meissner, Goering y el hijo del Viejo Mariscal, Oscar von Hindenburg. La conversación que éste y Hitler mantuvieron sin testigos –se retiraron a una habitación mientras los demás continuaban las transacciones–, no es conocida, pero puede suponerse. Oskar von Hindenburg entró en aquella habitación en una actitud muy poco colaboradora hacia los nazis, y salió de ella asegurando su apoyo y que convencería a su padre de las excelencias de Hitler: seis meses más tarde, 5.000 acres fueron añadidos por regalo de «la Nación» a la finca de von Hindenburg, Oskar fue ascendido a general y algunos oscuros escándalos financieros que se rumoreaban sobre su Casa, fueron resueltos y silenciados. El nuevo «consejero» cerca del Presidente era ya de toda confianza.

Esta «decisiva» entrevista tuvo tintes rocambolescos. Se aprovechó la presencia de Oskar von Hindenburg en el teatro de la Opera –*Promesa de Amor*, de Wagner–, donde se hizo muy visible hasta que se apagaron las luces: entonces los mediadores lo condujeron al 19 de Lenzallestrasse, en Berlín-Dahlem, la casa de von Ribbentrop, donde esperaba Hitler. Hay una versión algo diferente: la que contó ante el tribunal de Nuremberg, Goering, quien dijo que fue él quien se entrevistó con Oskar von Hindenburg. Dice Goering que Oskar le transmitió la imposición del Presidente de que von Papen fuese el Canciller, así como que von Neurath ocupara el Ministerio de Asuntos Extranjeros; von Hindenburg quería que von Papen tuviera también en sus manos la Presidencia del Gabinete de Prusia (que era el segundo cargo después de la Cancillería del Reich), y además imponía que el Ministerio de la Reichswerhr fuese ocupado por un soldado tolerante, elegido por él, y que sería von Blomberg.

El 23 de Enero por la mañana, von Papen visita a von Hindenburg y le expone su plan: substituir a von Schleider. Y le propuso a Hitler. Von Hindenburg no quería eso, sino que von Papen fuera el Canciller. Pero entonces se aconsejó de su hijo Oskar y de Meissner, y los dos le dijeron que sí debía nombrar a Hitler.

El 27 de Enero, Schleicher se entrevista con el general Kurt von Hanmerstein, Jefe del Estado Mayor del Ejército. Tras esa entrevista Hanmerstein habló con Meissner y le dijo que el Ejército no veía bien a von Papen de nuevo, y que desde luego, era imprescindible contar con los nazis. Esa tarde Hitler se reúne con Hugenberg y le ofrece «una gran porción de Poder».

El 28 de Enero –uno de los días mas fríos que se recuerdan en Berlín–, los socialdemócratas, sin valorar que con ese gesto le abrían las puertas del poder a Hitler, abandonan a su suerte el gobierno de von Schleicher. El coro de las multitudes, pidiendo a gritos en las calles esa misma dimisión, acompaña la decisión de los socialdemócratas.

Von Schleicher, como última y desesperada carta, solicita de von Hindenburg la disolución del Reichstag y poderes de Emergencia con la pretensión de declarar fuera de la ley tanto al Partido Comunista como a las SA y las SS, procediendo a la detención de sus cabecillas. El Viejo Mariscal no se lo concede. Schleicher incluso apeló a una posibilidad que algún jurista había argüido: Aprovechar una laguna en la Constitución, para poder «trabajar» con un Canciller de transición (esto es, un «más allá» de la moción de Censura). Y esto podía hacerlo Hindenburg. Había un precedente en la continuación del Gabinete «censurado» de Würtemberg a finales de 1932.

Se dice que por un momento, von Schleicher pensó en dar un golpe de Estado, pero no tenía seguridad en que lo respaldara el alto Mando (parece que con von Hammerstein sí podía haber contado). Envió a éste a entrevistarse con Hitler, que estaba en Bechstein, ofreciéndole su apoyo si rompía su «entente» con von Papen y se decidía por una Cancillería, de nuevo bicéfala, Hitler-Von Schleicher, y dejó entrever el riesgo de que de no ser así, el Ejército, bajo su mando, tomaría el poder y declarararía la Ley Marcial. Que von Schleicher podría intentar un golpe de fuerza en connivencia con Hammerstein lo aseguró Goering en Nuremberg en el interrogatorio del abogado defensor, y que él había avisado a Hindenburg el domingo por la tarde.

Yo no lo considero muy posible: von Rundstedt era Jefe del Primer Grupo de Ejércitos de la zona de Berlín. Era antinazi, como era antiweimariano, un cabecilla prusiano a la antigua, y aborrecía a las SA. Hay sin embargo pruebas de que von Alvenleben le avisó a Goebbels de determinadas maniobras en la oficialidad de la guarnición de Postdam. Y desde luego sí fue sopesado por Hitler, que respondió ordenándole al Conde de Hellford, jefe de la SA en Berlín, que pusiera sus unidades en estado de alerta, y también advirtió a von Papen y al Mariscal von Hindenburg. El Presidente ordenó regresar urgentemente desde Ginebra, donde se encontraba asistiendo a la Conferencia de Desarme, al general Blomberg, para que se hiciera cargo del Ministerio de la Guerra (Reichskriegsminister). Este nombramiento le venía bien a Hitler, porque Werner von Blomberg simpatizaba con los nazis –como su Jefe de Estado Mayor, von Reichenau– y era un caballero («bastante culto y de espíritu abierto» dice de él Liddell Hart).

De cualquier forma, ni von Hindenburg ni los demás se amilanaron ante las pretensiones de Schleicher, y este no tuvo otro remedio que dimitir. Se cuenta que hizo pública su dimisión aquella misma noche, en la fiesta de la Prensa, en el palacete de la Budapesterstrasse; la orquesta detuvo el baile, se escuchó la dimisión y

mientras Schleicher brindaba a la salud de todos, la orquesta volvió a tocar, despidiéndolo con «Erase una vez un húsar fiel...».

Von Hindenburg confía entonces la formación de gobierno a Franz von Papen. Von Papen le presenta al Presidente un proyecto de Gabinete muy «presidencialista», con el apoyo posible de los nacionalistas de Hugenberg, aunque estos se hubieran coligado con los nazis.

A primera hora de la tarde, los comunistas proponen una huelga general, pidiéndoles que se unan a los socialistas, a los sindicatos libres y a los cristianos, a los socialdemócratas y al gobierno de Prusia. Es rehusado, pues todos consideran que Hitler iba a alcanzar la Cancillería legalmente. Y el almirante Levetzow, Jefe de la Policía de Berlín, prohibió toda manifestación comunista.

Con los comunistas en pie de guerra Alemania es un caos. Los nazis no aceptan ya «no tomar el Poder». El Dr. Schacht –según confesó en Nuremberg ante el Tribunal– avisó a von Hindenburg de que la Wermacht no podía encarar una guerra civil. Von Hindenburg consultó con von Papen: Este le dijo que no temiera tanto nombrar a Hitler Canciller, pues él podía controlarlo, y además, le podían entregar una Cancillería con las manos atadas, siempre que «ellos» tuvieran suficiente fuerza en el Gabinete y en el Gobierno de Prusia. Hitler fue al Palacio de la Wilhelmstrasse y presionó ya sin contemplaciones a von Hindenburg. Después se retiró a sus habitaciones del Kaiserhof, y pasó todo ese largo fin de semana «esperando», tenso como un animal agazapado, ante esa Reichskanzlerplatz, a cien metros de esa Cancillería que ya «tocaba». El gran sueño, el plan de poder devastador que había hervido en su cabeza desde el principio –como muy bien lo han visto Klaus Hildebrand, Hillgrube o Karl Dietrich Bracher– iba a cumplirse.

Por fin, von Papen decide entrar en un gobierno con Hitler como Canciller, y con él, Hugenberg. Siempre he visto a von Papen aquí revestido con la abyección de Buckingham en *Richard III*. Ese *Weigh it but with the grossness of this age...* Hubiera podido perfectamente responder como uno de los asesinos en esa obra, cuando el otro sicario le pregunta: ¿Dónde está tu conciencia?: En la bolsa del Gloucester.

El 29 de Enero von Papen se entrevista con Hitler y Goering. Hitler le exige para sus ayudantes, el Ministerio de Interior –que adjudicaría a Wilhelm Frick– y el mismo cargo, en Prusia, para Goering. El resto de las carteras se las concede a von Papen para su reparto con Hugenberg, con Seldte y con Düsterberg, los líderes de los Cascos de Acero (Stahlhelm). Papen acepta y acuerda con el Viejo Mariscal la lista de un posible nuevo gobierno: Hitler, Canciller; él sería su Vicecanciller y Comisario del Reich para Prusia, y se le cedería a Hitler dos Ministerios: Interior para Frick y otro para Goering, sin cartera, aunque se le crea una Comisaría de Aviación; pero lo importante es que se le confirma el Ministerio del Interior de Prusia y se acepta que Hitler pueda disolver el Reichstag y convocar nuevas elecciones. Hugenberg se queda con Agricultura y Economía, Seldte con Trabajo y

von Blomberg se hace cargo de Defensa. Astutamente se deja «en blanco» Justicia, con el fin de hacer creer al Zentrum Católico que ese ministerio sería para ellos. Al final el cargo recaería en Franz Gürtner, un conservador partidario de la desaparición de las libertades civiles, seguidor de los principios de Frank de que «el Derecho Constitucional era la adecuación jurídica de la voluntad histórica del Führer».

El lunes 30 de Enero amanece gélido. La nieve cubre Berlín. En las primeras horas, von Papen llama a Theodor Dusterberg, a Hugenberg y a Seldte. Les dice que Hitler será Canciller y que seguramente exigirá la disolución del Reichstag y que se convoquen elecciones. Hugenberg se opone absolutamente. Papen insiste: no hay otra solución. Y les dice que a las 11 de esa mañana debe acudir al Palacio Presidencial para prestar juramento. Les alerta sobre un posible golpe de Estado por parte de von Schleicher, lo que conduciría a una guerra civil. Dusterberg llama por teléfono a Oskar von Hindenburg, quien le ratifica lo dicho por von Papen. Von Papen les explica que si no forma gobierno, el Ejército intervendría. A las 9 horas, en la estación de Potsdam, donde acaba de llegar en el expreso de Ginebra, von Blomberg se encuentra con el comandante Kuntzen, enviado de von Schleicher, que le dice vaya al Ministerio de la Guerra para entrevistarse con aquel. Al mismo tiempo, llega a la estación Oskar von Hindenburg, quien le ordena que vaya directamente a ver al Viejo Mariscal. Blomberg obedecerá esta última orden. Von Hindenburg lo nombra Ministro del Ejército y le pide que ponga orden en las Fuerzas Armadas, inquietas por las maniobras de von Schleicher, y que las aleje de la lucha política.

Es curioso que fuera de los cubiles políticos, la elección de Hitler no era «esperada» por inexorable: los periódicos matinales del día 30, sólo anunciaban que «Von Hindenburh ha convocado a Hitler» y que «las exigencias de Hitler son excesivas». Pocas horas más tarde, los vespertinos proclaman, y con cierta sorpresa, que «Hitler ha sido nombrado Canciller».

A las 10:30, von Papen va con todos los nuevos ministros a presencia de von Hindenburg. Entran en el despacho de Meissner, donde ya está Hitler aguardando, y también Blomberg. Hitler echa un cubo de agua fría a la reunión, reiterando su exigencia de disolución del Reichstag y nuevas elecciones. Hugenberg le interrumpe diciéndole que no era eso lo pactado, y se niega a aceptar la propuesta. Hugenberg era consciente de que esas nuevas elecciones sería apoyadas por los nazis con todos los medios del Poder. Hitler apeló al «patriotismo» de Hugenberg, le aseguró que esa exigencia lo sería en caso de absoluta necesidad solamente, si no obtuviera la mayoría. Pero Hugenberg persistió en su negativa.

A las 11:05, Maissner entró diciendo que ya había un retraso de cinco minutos para la cita con von Hindenburg. Pero la discusión continuaba. Von Papen trató de convencer a Hungenberg por todos los medios, y a esta demanda se unieron Neurath, Schwering-Krosigk, von Rübenach y Seldte.

A las 11:15, Maissner volvió a insistir. El Presidente no esperaría más. Hitler casi implora a Hugenberg, y le asegura que no resolverá nada sin consultarle. Maissner da

un ultimátum. Por fin, Hugenberg dice que aceptará lo que decida el Viejo Mariscal – no sabía que ya éste había prometido su apoyo a la idea de Hitler–. Y la comitiva entró en el despacho del Presidente.

No hubo ningún Bruto.

A las 11:30 se prestó el juramento. Hitler prometió respetar la Constitución de Weimar (que efectivamente, de hecho jamás sería abolida). Por fin: *All the world to nothing!*

Schopenhauer dijo que Robespierre o Bonaparte o el Emperador de Marruecos o los asesinos que suben al cadalso, no son los únicos malvados entre todos los hombres. ¿Acaso muchos no harían lo mismo si pudieran? Hitler, simplemente, pudo.

A las 12, Hitler se reúne con los suyos en el Hotel Kaiserhof, al otro lado de la calle. La multitud lo aclama.

A las 12,30, Goebbels va a su despacho y prepara «la noche de la Victoria», el inmenso desfile que tomaría Berlín. Desde primeras horas de esa tarde, los periódicos empezaron a exaltar la noticia y los nazis comenzaron a concentrarse. El único diario que se opuso fue el socialdemócrata *Vormärts*.

El Gabinete que Hitler formó de inmediato, tenía dos carteras para los nazis – ministerios no de primer orden–: Wilhelm Frick para Interior (pero segregándole el control de la policía de los Estados), y Herman Goering para un Ministerio sin cartera, aunque mantendría en sus manos el ya obtenido cargo de Ministro de Interior de Prusia, que era mucho más poderoso que el Ministerio de Interior del Reich. El Ministerio de Exteriores se lo reservó von Hindenburg y nombró a von Neurath, que era conservador, lo mismo que el de Defensa que lo entregó al general von Blomberg. Economía, con Abastecimientos y Agricultura (tanto del Reich como de Prusia) fue encomendado a Hugenberg. Schwering von Krosigk se ocuparía de las finanzas. Trabajo se lo entregó a Seldte, el líder de los Cascos de Acero.

Al terminar la reunión, von Papen, con su extraordinaria facultad de pronosticador, les dijo el célebre: «Lo hemos contratado».

A las 5 de la tarde de ese 30 de Enero de 1933, Hitler preside su primer Gabinete. Goering informó de que estaba en negociaciones con Monseñor Kass para obtener el apoyo del Zentrum. Hugenberg dijo que von Hindenburg quería una mayoría parlamentaria, y que quizá se debiera decretar la abolición del Partido Comunista – 100 escaños– con lo que podía obtenerse. Hitler le dijo que no (en realidad, lo que Hitler quería era precisamente ir a nuevas elecciones, en las que estaba seguro de desembarazarse de Hugenberg, y además deseaba darle más cuerda a los comunistas, hasta tener una justificación lo suficientemente poderosa ante la opinión pública, que le permitiera «arrasarlos»). Y en ese instante, Hitler jugó su carta maestra, decisiva: anunció que si las conversaciones con el Zentrum fracasaban, considerando que era difícil obtener la mayoría con la proporción nacionalista del Gabinete, se vería obligado a disolver el Reichstag.

Sólo Hugenberg se dio cuenta de lo que significaba aquella trampa y de lo cierto de sus temores, del peligro de que los nazis fueran a otra convocatoria con una campaña organizada desde el Poder. Pero Hitler le prometió que fuese cual fuera el resultado de esas elecciones, él, Hugenberg, mantendría su Ministerio. Y Hugenberg lo aceptó.

Aquella noche, mientras Goering se dirigía por radio a la nación, anunciando que «la Historia vergonzosa» de los últimos años había terminado, una inmensa manifestación desfiló en columnas portando antorchas –columnas de kilómetros de largo– por Berlín: Las SA, los Cascos de Acero, asociaciones patrióticas... Todos bajo los ventanales de la Cancillería en la Wilhelmstrasse. El *Horst Wessel Lied* retumba hasta los cielos. Y no solo en Berlín. Toda Alemania se había puesto en pie. Todas las radios daban cuenta del hecho en directo. Se escuchan ensordecedores gritos que atruenan: ¡Sieg Heil! ¡Sieg Heil! El sueño Nazi se había cumplido. Por fin, ya, todos «Zusammen marchieren», marchando juntos; lo que no dejaba de ser algo muy tradicional en Alemania: todos juntos y cantando subiendo la montaña del futuro.

Como escribe Ian Kershaw: La Democracia se entregó sin lucha. Al día siguiente, el periódico católico *Regensburger Anzeiger* dice que el nombramiento de Hitler es «un salto a la obscuridad». Y Ludendorf, que había liderado con Hitler el golpe de Múnich de 1923, anunció que «ese hombre maldito» lanzaría a Alemania al abismo. Le escribiría varias cartas a von Hindenburg advirtiéndole del peligro, pero este no le contestó e incluso le pasó a Hitler esas amenazas.

Por otra puerta, sin mirar para atrás, Joseph Roth abandona Berlín camino de París.

Dice Cioran: Y sin embargo, aquella locura, por grotesca que pudiera ser, hablaba a favor de los alemanes ¿Acaso no demostraba que eran los únicos en Occidente que habían conservado aún algunos restos de lozanía y de barbarie? Aún eran capaces de llevar a cabo un gran designio o una enorme locura. Y si lo consideramos, es ese salto en el vacío el que caló más profundamente en la juventud –esa juventud, como dice Edmund Verneil, desesperada, con millones de parados y que aborrecía el «mundo de sus padres»–. Esa juventud se entregó a Hitler, «el Profeta» de la Nueva Alemania que ellos soñaban ser.

Lo primero que hace Hitler es visitar los cuarteles del Ejército y dirigirse directamente a los soldados y a los más jóvenes oficiales. Los jefes, alarmados, llaman a Blomberg, pero éste no adopta disposiciones en contra. Después, acompañado por von Papen, visita a von Hindenburg y le dijo que en vista de los planes contra el paro, y otros, que tienen carácter de muy urgentes, le son absolutamente necesarios plenos poderes, y que esa Ley debe ser aprobada por el Reichstag de inmediato. Von Hindenburg asiente a esta proposición. Entonces Hitler le dijo que la composición del Reichstag en aquel momento no serviría y que era preciso ir a nuevas elecciones. Von Hindenburg –aconsejado por Meissner, que así

se aseguraba su futuro en el nuevo poder— accedió y firmó el decreto para las elecciones del 5 de Marzo. También se disuelve el Landtag de Prusia.

A continuación, la radio: Hitler le habla al pueblo: condena la política hecha por la República y afirma que va a «restaurar la unidad moral» de Alemania. No se olvida de decir que «protegería el cristianismo» y que todo alemán puede estar seguro de sus derechos políticos. Esa misma tarde, Goering —ya Ministro de Interior de Prusia— le ordenaba a Schütze, Jefe de Personal, que destituyese al Jefe de Policía, Klausener, y pusiera en su lugar a Kurt Dalwege, Jefe de las SS de Berlín (su anterior cargo había sido empleado del servicio de basureros); nombra a von Heydekampf, General de las fuerzas de policía; nombra al mayor Wecke Comandante del grupo motorizado para «misiones especiales»; reemplaza a veintidós jefes de policía y a otros muchos cargos, y todos son substituidos por miembros de las SA y SS. Todos los nuevos cargos son rubricados por von Papen. Goering les da poderes para reprimir cualquier hostilidad con la violencia que estimen precisa.

El periodista liberal Theodor Wolf escribe el 1º de Febrero, que ve venir un golpe de Estado y que el gobierno no se detendrá ante nada.

La *Röte Fahne*, órgano del Partido Comunista, ataca a Hindenburg por nombrar a Hitler Canciller y llama a los socialistas «Judas Iscariote» y les acusa de alta traición. Los comunistas empiezan a esconder sus archivos.

El 1º de Febrero, un periódico católico, *Germania*, que poco después será clausurado, denuncia también lo que considera un golpe de Estado.

Como escribe Stanley G. Payne: Hitler había organizado la mayor fuerza política de Alemania y conforme a las reglas del juego democrático, tenía derecho a formar gobierno. Con una Izquierda dividida entre socialistas democráticos y comunistas estalinistas, y con un centro-derecha totalmente fragmentado, no parecía haber ninguna otra alternativa. El Nacionalsocialismo era el único partido nacional que obtenía el apoyo de una gran variedad de clases sociales y regiones geográficas.

En realidad, el Nacionalsocialismo, Hitler, era la amasadura de toda la supuración del desmoronamiento moral y religioso de Europa, con su estela de corrupción política. Era «el Deseado». Él sabía —y así lo dijo— que «para ganarse el corazón de las masas hay que saber cuál es la llave que abre sus corazones: Y es el poder y la fuerza». Creo que son acertadas las palabras de Baldur von Schirach en su *Ich glaubte an Hitler*; «Las causas de la catástrofe alemana no hay que buscarlas solamente en lo que Hitler hizo de nosotros, sino también en lo que nosotros hicimos de él. Hitler no vino de *afuera* (...) sólo puede dar un Hitler el pueblo que tiene el deseo y la voluntad de tener un Hitler».

Sí. Hitler es la máscara del resentimiento de las clases medias. Su victoria. Los 1.100 afiliados al partido en 1920, los 20.000 de 1923, eran ya millones: obreros especializados, tenderos, pequeños comerciantes, agricultores, estudiantes, funcionarios medios. Cuando Hitler tomó el poder el 31 de Enero, los socialdemócratas en sus periódicos no se declararon en contra. La Socialdemocracia

era muy poderosa en sus medios económicos y de comunicación –y tenía a Prusia–, pero no le sirvió. La Confederación General de los Sindicatos decidió que no intervendrían tampoco. Sólo el Centro católico se manifiesta –y con cautela– tímidamente en contra. En cuanto a los comunistas, parte del KPD empezó a desarrollar los «círculos de cinco», como preparación de la clandestinidad, y parte se pasó a las SA. La única oposición vino de la Iglesia Católica.

Es curiosa una definición que dio del Nazismo Hermann Rauschning en 1941: «Un barroco ateo, estampado de fanatismo español».

Dice el General von Choltitz en sus memorias: «Con la toma del poder por Hitler, nosotros –el Ejército– tuvimos la impresión de asistir a una experiencia a la que deseamos el éxito, que nos podía rescatar de las manos de políticos sin metas, y creímos que podría lograrse la estabilidad. Si bien Hitler había sido elegido sólo por la mitad de los electores, el hecho es que los partidos de masas y las grandes organizaciones que le eran hostiles no ofrecían ninguna resistencia, y los grandes cuerpos constitutivos, el Parlamento, los gobiernos de los Länder y del Reich, y hasta el Presidente del Reich, «cedían» ante él. Sobre todo, veíamos que las dos grandes tendencias del mundo nuevo, el Socialismo y el Nacionalismo, se unían en él».

El 31 de Enero de 1933, sobre las cenizas de esa bárbara Fiesta Triunfal, desde la Cancillería, Hitler dijo: «¡No existe poder en la tierra capaz de sacarme vivo de este edificio!».

Según Aron, en la primera semana ya aparecieron miles de uniformes nazis. Era «la difusión del miedo».

Como dice Bulloch, no fue realmente una mayoría del apoyo electoral lo que le entregó el Poder a Hitler en esas elecciones –los nazis no habían traspasado en ese momento el 37% de votos– sino las consecuencias del cambalache político de la vieja clase dirigente, la vieja «casta», y las intrigas que habían desmantelado toda «resistencia» en las alturas. La ruina moral de una sociedad, el descrédito de los partidos políticos, esa sociedad en la que el avance del totalitarismo democrático había segado todo contrapoder capaz de frenar el Estado. Del artificio de la «soberanía absoluta» del pueblo –cuyas esperanzas y cuyo resentimiento encarnaba Hitler– iba a nacer el Horror. El Derecho –como dice Jouvenel– convertido en otro siervo. Porque es muy de considerar la fe en que el Estado es la Ley y por lo tanto no podía convertirse en lo que se convirtió. Eso llevó a aceptar todo cuando viniera impuesto por ese Estado, por esa Ley. Los comunistas incluso habían dicho que preferían a Hitler antes que seguir apoyando la República de Weimar: era la orden de Moscú, que daba prioridad a la eliminación de la Socialdemocracia como partido rival entre las masas obreras. Los socialdemócratas se habían convertido en un partido cuya única meta era la conservación del poder de los sindicatos, pero sin horizonte. El Partido Católico del Centro se limitaba a defender sus intereses particulares. No existía un partido liberal de clase media –era algo inexistente en la Historia alemana, lo

cual ha sido causa de no pocos conflictos—. Y los partidos que podían significar a esa clase media —el Partido del Pueblo y el Demócrata— habían perdido sus votos más que ningún otro a favor de los nazis. Las Derechas alemanas en general, nada hicieron por la República, sino que se asociaron con Hitler, aunque en muchos de sus sectores fuera con la idea de «frenarlo», una vez que él hubiera «limpiado los establos». Añorando la antigua monarquía, deseando su restauración, atemorizados por la insurrección comunista, no deseaban sino la defensa de sus privilegios y volver al poder del Reich anulando los tratados de 1918. Creyeron que Hitler sería su hombre de paja. Von Papen no supo medir las fuerzas que Hitler iba a desatar y pensó que podría conservar el poder porque gozaba de la confianza del Viejo Mariscal, tenía aún el puesto clave de la Presidencia de Prusia, y podría «rodear» a Hitler de ministros alejados de la ideología nazi. Una ingenuidad letal.

Decía Hans Frank que aquella había sido la primera revolución en la Historia realizada mediante la aplicación del Código legal formal existente en el momento de la conquista del poder.

Hitler le dijo a Rauschning: «Si acerté en desatar el movimiento nacional más poderoso de todos los tiempos, es debido a que nunca obré en contradicción con la psicología de las masas ni choqué con su sensibilidad». Ya lo había advertido Ortega y Gasset: El estatismo es la forma superior que toman la violencia y la acción directa constituidas en norma. Al través y por medio del Estado, máquina anónima, las masas actúan por sí mismas.

Como muy bien vio Hannah Arendt, «La verdad es que las masas surgieron de los fragmentos de una sociedad muy atomizada cuya estructura competitiva y cuya concomitante soledad sólo habían sido refrendas por la pertenencia a una clase. La característica principal del hombre-masa no es la brutalidad y el atraso, sino su aislamiento y su falta de relaciones sociales normales. Procedentes de la sociedad estructurada en clases de la nación-estado, cuyas grietas habían sido colmadas por los sentimientos nacionalistas, era natural que estas masas, en el primer momento de desamparo de su nueva experiencia, tendieran hacia un Nacionalismo especialmente violento, por el que los dirigentes de las masas habían clamado contra sus propios instintos y fines por razones puramente demagógicas».

Y: «Las diferencias decisivas entre las organizaciones del populacho del siglo XIX y los movimientos de masas del siglo XX son difíciles de percibir, porque los modernos dirigentes totalitarios no difieren mucho en psicología y mentalidad de los primeros dirigentes del populacho, cuyas normas morales y cuyos medios políticos tanto se parecían a los de la burguesía. Sin embargo mientras que el individualismo caracterizaba tanto a la actitud de la burguesía como a la del populacho, los movimientos totalitarios pueden justamente afirmar que son los primeros partidos verdaderamente antiburgueses; ninguno de sus predecesores decimonónicos, ni la Sociedad del 10 de Diciembre, que ayudó a subir al poder a Luis Napoleón, ni las brigadas de carniceros del *affaire Dreyfus*, ni los Cien Negros de los *pogroms* rusos,

implicaron a sus miembros hasta el punto de llegar a una completa pérdida de las ambiciones y reivindicaciones individuales o alcanzaron a comprender que una organización podía lograr extinguir permanentemente la identidad individual y no tan sólo durante el momento de la acción heroica colectiva. (...) Las masas comparten con el populacho solamente una característica, la de que ambos se hallan al margen de todas las ramificaciones sociales y de las representaciones políticas normales. Las masas no heredan, como el populacho –aunque de forma perversa–, las normas y actitudes de la clase dominante, sino que reflejan en alguna forma y de alguna manera pervierten las normas y actitudes hacia los asuntos públicos de todas las clases. Las normas del hombre-masa se hallaban determinadas no sólo ni siquiera primariamente por la clase específica a la que perteneció una vez, sino más bien por las influencias y convicciones omnipenetrantes que eran táctica e indiferenciadamente compartidas por todas las clases de la sociedad».

El Nazismo era la sangre de esas masas. Era revolucionario. Era sangre nueva de la Historia. Energía. Y esa energía daba vida a las tres vinculaciones que Heidegger exigiría del estudiante alemán –como afirmó en su discurso de toma de posesión del Rectorado de la Universidad de Friburgo, el 27 de Mayo de 1933–: Con la comunidad nacional, través del Arbeitsdienst (Servicio del Trabajo que ya había sido establecido por Brüning en 1931) –Con el honor y el destino de la nación (que implicaría el servicio militar)–. Y con la misión espiritual de Alemania.

La reacción de los principales embajadores en Berlín sobre la investidura de Hitler a Canciller, fue tímida y diferente: Sir Horace Rumbold –el único que vio algo– informó a Inglaterra diciendo que podía haber problemas de ruptura constitucional. François-Poncet dijo a París que nada estaba claro, y que quizá era buena la maniobra de von Papen para «limitar» a Hitler. Algo era cierto: nadie lamentó el entierro de Weimar. Como dice Musil –con espanto– «había llegado su hora».

Pero la hora de Weimar iba a abrir de par en par las puertas de un futuro salvaje. Nadie lo había «visto» tan bien como Hitler y alguno de los suyos, como Goebbels: Que el mundo había cambiado. Las Revoluciones efectivas se llevan a cabo en Democracia, con el Poder del Estado, nunca contra él. La voluntad de ser «legal», de Hitler. La ley con él, y con la Ley, la Muerte de la Ley. Es sintomático que una de las primeras medidas tomadas por Hitler fuese nombrar a Hans Lammer, que era un reconocido experto en Derecho Constitucional, como Jefe de su Cancillería

Aparentemente, el acceso de Hitler al poder no se diferenciaba del de otros Cancilleres. No hubo ruptura, sino un simple Gabinete de coalición en el seno del cual Hitler no representaba –y su repercusión en el Gabinete era aún menor que el valor de esa representación– el partido más importante. Hasta alguien con el excelente olfato de Isherwood, escribe en su *Diario*: «Hitler ha formado gobierno con von Hugenberg. Nadie cree que pueda durar mucho». Y mucho en verdad no duraría. Pero sí dejaría el mundo y la sociedad, alemana y de todos los países, arrasada. Lo que sí iba a perdurar es todo aquello que el Nazismo encontró latiendo en el alma de

tantos hombres, y que supo amasar con su sueño de Horror: La apisonadora del igualitarismo, la *Gemeinschaftsdenken*, la forma común de pensar estaba en marcha. Los viejos odios de clase que engordaban en el corazón del electorado nazi, y sobre todo de sus militantes. Como dice Sebastián Haffner: «La terca exasperación del canalla Hitler se alió con la terca exasperación del pueblo alemán».

El nombramiento de Otto Wagener como Comisario del Reich para la Economía va en el sentido de satisfacer esas esperanzas de igualitarismo. Por eso los grandes círculos financieros desconfiaron siempre del Nazismo, aunque sabían que Hitler en realidad se servía de esa «hambre igualitaria» para aplacar sobre todo a sus SA, pero que no llegaría, quizás, la sangre al río. De hecho como Nolte dice: los industriales no fueron tenidos en cuenta como fuerza política. Lo mismo que dijo Kart Dietrich Erdmann. Esto es: el Partido operaba sobre sus sueños, no sobre las necesidades de las casta industrial.

La maniobra genial de Hitler hacia la consecución de su «plan» no demoró más allá del día siguiente al de su nombramiento de Canciller. Como pensaba que era decisivo encontrar una justificación para disolver el Reichstag, planteó tales condiciones al Zentrum, que Monseñor Kass las dio por imposibles. Entonces, Hitler proclamó la disolución del Reichstag y convocó elecciones para el 5 de Marzo.

El mes de Febrero de 1933 presencié un espectáculo político nuevo, desmesurado, estremecedor: El día 2 una orden de la Presidencia estipuló que el Ministro del Interior podía prohibir las publicaciones que considerara «inexactas»; el 15 ya habían desaparecido de la circulación los periódicos que habían sido antinazis. Y mucho más desolador: periódicos que hasta ese momento habían sido los portavoces de la intelectualidad –como el *Berliner Tageblatt*, el *Vossische Zeitung* o la revista *Die Tat*– se convirtieron en órganos nacionalsocialistas. En el *Völkischer Beobachter* del 2 de Febrero, Rosenberg exigía la depuración de los intelectuales no nazis o que hubieran sido proclives a Weimar o «decadentes».

Ese mismo día Hitler se reúne en el despacho oficial de von Hammerstein con altos Jefes del Ejército y la Marina. Les aseguró el rearme y la promesa de que no tendrían que intervenir en un conflicto civil. Les habló de la necesidad de «Lebensraum» en el Este y de la posibilidad de guerra con Francia. Salvo el general Beck, que no sentía aprecio alguno por Hitler y sus ideas, von Fritsch y Fromm, a los que inquietó, von Leeb, decididamente en contra, y algún tibio rechazo de muy pocos, la mayoría lo aceptó «suficientemente».

Y empezó otra campaña electoral. Los nazis no tuvieron escrúpulos en asolar la moral social; Röhm dijo «nada hay más falso, hipócrita, que la llamada moral de la sociedad». Como Hitler le dijo a Rauschning: «No soy solamente el vencedor del marxismo. Soy quien lo ha realizado (quien lo ha hecho posible). No he hecho sino apropiarme de los nuevos métodos de lucha política que creó el marxismo».

La campaña electoral –dirigida por Hitler y por Gobbels– fue una maquinaria perfecta, una trituradora de cualquier oposición. Como cuenta Raymond Aron, en

tres semanas ya no se veían más que camisas pardas, los alemanes fluían como un río hacia el nuevo poder, ganosos de prebendas, de ocupar puestos, de situarse. La campaña la centró Goebbels en avivar las pulsiones más ancestrales, se inspiró en los métodos de la publicidad comercial norteamericana: mensajes claros, simples, esenciales, y repetidos incansablemente. Fue una campaña feroz. Hitler clamó en un infinito número de mítines. Y ya habló sin ambages, ya prometió el futuro.

Goebbels estaba fascinado por *El Acorazado Potemkin* de Eisenstein: «Ved ahí cómo hasta la peor ideología es susceptible de “convencer” y fascinar si se sirve de las más sutiles cualidades de la técnica».

En el discurso en el Sportpalast de Berlín el 11 de Febrero, Hitler pidió «la bendición del pueblo». La obtuvo. Era una bendición para lo que significaba esa palabra tan rotunda que amaba Heidegger: Umwälzung (el cambio radical), la conversión del pueblo en sí mismo: Volkwerdung. El discurso –ya ante un Sportpalast lleno a rebosar– fue retransmitido por radio con un gran montaje de Goebbels y a toda la nación. Hubo centenares de heridos en los enfrentamientos sobre todo de las SA y los comunistas y murieron 51 personas.

El 11 de Febrero, el Cardenal Bertram pidió a la Conferencia Episcopal alemana que ante las elecciones del 5 de Marzo, «adviertan a los católicos sobre los peligros de otro Kulfurkampf». Ya en Agosto del 31 la Conferencia Episcopal de Funda había prevenido a los católicos contra el Nacional-Socialismo.

El 12 de Febrero, en plena campaña, Hitler anunció el programa de construcción de autopistas.

El 20 de Febrero Goering se reúne con los industriales en su nuevo palacio. Gustav Krupp, Schnitzler y Busch, de la I. G. Farben, Voegler, representante de las Fábricas Unidas de Acero, Walter Funk... hasta 25 delegados del poder económico. El anfitrión fue el Dr. Hjalmar Schacht. Hitler les habló. El resultado de su discurso fue la decisión conjunta de ayudar a su «movimiento» con el dinero que fuera necesario, y que Schacht sugirió en 3.000.000 de marcos. Al mismo tiempo, Goering hizo una «purga» del estado Prusiano, substituyendo a cientos de funcionarios antiguos por nazis, sobre todo en la Policía, que recibió órdenes de «taparse los ojos» ante los desmanes de las SA y SS y Cascos de Acero, y de que vigilasen estrechamente a las demás organizaciones por «hostiles al Estado»; les aseguró que él protegería a quienes hicieran uso de las armas en el cumplimiento del deber. El 22 de Febrero, Goering ordena la creación de una policía auxiliar con 25.000 SA y 15.000 SS. La Ley ya estaba en manos de los Sin Ley y los matones eran los defensores del Estado.

El 24 de Febrero, la Policía asalta las oficinas del Partido Comunista en la Karl Liebknecht Haus de Berlín, con la excusa de que allí esta la documentación del golpe de Estado que preparaban.

El 27 de Febrero –como el día antes había predicho el vidente Eric Hanussen, asesinado poco después en el Grunewald (por cierto muy relacionado con el Conde de Helldorf y con Karl Erns)--, sucede el incendio del Reichstag. No está claro si fue

sólo obra de Marinus van der Lubbe –obrero en paro, comunista y anormal– o si fue obra de las SA bajo el mando de Karl Erns, ordenado por Hitler, o por Goering siguiendo las instrucciones del Canciller. Parece difícil que van der Lubbe pudiera él solo prender fuego de manera tan efectiva en un edificio como el Reichstag. Quizá lo hizo «ayudado» por elementos nazis a quienes pudo creer «desesperados» como él. Ni siquiera en el proceso de Nuremberg quedó del todo aclarado este tema. De cualquier forma, van der Lubbe era un incendiario –dos días antes había prendido fuego al ayuntamiento de Königstrasse y al antiguo palacio Imperial, y también había intentado el incendio del Ministerio de Trabajo; en todo caso, era un chivo expiatorio perfecto, o para manipularlo o para servirse de su historial.

No conviene olvidar que un parado y confidente policial que trabajaba entonces con el vidente Hanussen, Paul Waschinski, había recibido la orden del Conde Helldorf, de infiltrarse en los medios de Izquierda para ver si se preparaban atentados contra Hitler. Marinus van der Lubbe era un perdido, imbécil. Y había hecho amistad con Waschinski en ese mundo lumpen. Waschinski ve que van der Lubbe es un incendiario y se lo comunica a Helldorf y éste a Goebbels. No hubiera sido muy difícil «llevar» a van der Lubbe a cometer el incendio.

La radio informó de que los comunistas habían incendiado el Reichstag. Inmediatamente, Goering proclamó que se trataba de un complot «rojo», ordenó el control de aeropuertos, estaciones de ferrocarril y fronteras y ordenó la detención de los jefes y cuadros directivos del Partido; unos 4.000 funcionarios fueron arrestados esa noche y en pocos días 5.000 izquierdistas lo fueron en Prusia y 2.000 en Renania. Los jefes del Partido, Pieck y Ulbrich, lograron escapar y se refugiaron en Moscú. Pero se pudo detener a Dmitrov, que era el jefe de la organización clandestina del Komintern para Europa Occidental, a Trogler, un comunista muy conocido, y a dos búlgaros más, Balgoj Popov y Wassil Tanef.

El juicio por el incendio del Reichstag se celebraría en Leipzig en Septiembre, y sería muy problemático para los Nazis, porque la opinión mundial estuvo pendiente de él y hasta se puso en marcha en Londres una Comisión Internacional presidida por el abogado Denis Novell Pritt, Consejero de la Corona. A Hitler tampoco le convenía, de cara a sus actuaciones en política exterior, un escándalo que implicara toda credibilidad internacional de esa «Ley» a la que tanto le debía. Así que ordenó que no se presionara al juez presidente Büniger, que tampoco podía tomar decisiones escandalosas pero que se daba cuenta de que aquel juicio acabaría con su carrera. Dmitrov aprovecharía el proceso para denunciar lo que estaba sucediendo en Alemania. Goering llegó a perder los nervios en más de una ocasión. En realidad fue casi un proceso al Nazismo. La falta de pruebas llevó a la absolución de Dmitrov el 23 de Diciembre, y de los otros tres acusados, aunque por presiones de Goering no se les liberó hasta Febrero de 1934. Posteriormente, Torgler se pondría al servicio de los nazis. El infeliz van der Lubbe fue condenado a muerte el 10 de Enero de 1934.

Las listas de arrestos que siguieron al incendio del Reichstag, como Goering confesó en Nuremberg, estaban preparadas desde antes del incendio.

Gisevius cuenta que fue Goebbels el incendiario, no Goering, con la ayuda de Karl Ernst. Goering le dijo en Nuremberg al interrogador Kempner, que quizás fuera Ernst, Jefe de las SA en Berlín. Ernst mismo afirmó haberlo hecho él. Rauschning asegura en su libro que le oyó a Goering decir que él era el responsable. Si pensamos en el beneficiario mayor, sin duda fueron los nazis, y yo me inclino a considerarlos los culpables y al infeliz van der Lubbe como uno de los incendiarios y su rostro. Quizá la explicación más clara no está en tantos estudios rigurosos de aquellas jornadas, sino en una página de las *Memorias* de César González Ruano –por lo menos, para mí es la imagen que no he podido olvidar– cuando cuenta (imaginemos que dice la verdad, aunque para el caso da lo mismo) que pudo hablar con van der Lubbe en un momento cuando el juez instructor lo había trasladado al Reichstag para una reconstrucción de los hechos. González Ruano le pregunta a Marinus van der Lubbe qué fin perseguía con el incendio. Y van der Lubbe le responde: «Un mundo nuevo va a llegar. Hay que ayudarlo». Y ante la insistencia de Ruano, que quiere saber sobre quienes son esos que deben ayudar al parto, van der Lubbe le dice: «Los vagabundos. Los que vemos llegar el mundo nuevo».

Si no fuese así, merecería serlo.

«And nothing is, but wat is not»

El 28 de Febrero, al día siguiente del incendio del Reichstag, Hitler preparó un Decreto, que von Hindenburg no dudó en firmar, para «la Protección del Pueblo y del Estado» (Decreto Contra la Traición a la Nación Alemana y contra las Actividades Desleales) que suspendía la garantías de Libertad Individual reguladas por la Constitución de Weimar: Libre expresión de Pensamiento, Libertad de prensa, Derechos de Asociación y Reunión, Secreto postal y de todas las comunicaciones, Inviolabilidad del domicilio, y Órdenes de Confiscación y limitaciones a la propiedad. El mismo Decreto autorizaba al Gobierno para adoptar poderes excepcionales sobre cualquiera de los Estados Federales, y aumentaba las penas por delitos hasta la capital.

Armado con tales poderes, Hitler y la policía de Goering podían ya adoptar cualquier medida. Tuvieron cuidado de no proscribir al Partido Comunista hasta después de las elecciones –sobre todo para restarle votos a la Socialdemocracia–, pero intensificaron los atentados contra los nombres más significativos de la prensa y de los partidos. Es muy esclarecedor lo que Hitler dijo al corresponsal del *Daily Express* –y que recoge Bullock en su magnífico libro–: «Yo no necesito una noche de San Bartolomé. El Decreto ha establecido los Tribunales que procesarán legalmente a los enemigos del Estado, y de tal forma que no habrá más conspiraciones». De todas formas, en esa caza a los «conspiradores» tendrían una enorme y entusiasta colaboración de la población. Como recuerda Ian Kershaw, ya en 1937, para, por ejemplo, los más de 2.000.000 de habitantes de Dusseldorf, Essen y Würzburg,

bastaban 191 miembros de la Gestapo. En los *Diarios* de Musil, las entradas de esos días dan cuenta de cómo crecía la aprobación social y la indiferencia moral de la sociedad ante cualquier medida de emergencia. «Todos los derechos fundamentales han sido marginados sin que nadie se haya indignado y en general sin que la gente se haya sentido muy afectada», dice. Y añade algo importante: «La disciplina de los fascios es, en todos los sentidos, una creación que obedece a un certero instinto de las masas».

Ya en la primavera de 1933, parte de la Iglesia protestante —encabezada por los pastores Niemöller y Bonhöffer y el teólogo Kart Barth— empieza a distanciarse del régimen; en la Declaración de Bremen de Mayo del 34 se opondrían abiertamente al Führerprinzip. Pero fueron en verdad muy pocos. La reacción de los católicos tampoco dejó de moderarse. El 10 de Marzo, Monseñor Bertram escribe a von Hindenburg diciéndole que las libertades públicas estaban amenazadas y el 19 exhorta a los obispos diciéndoles que quizás convenga revisar la actitud de la Iglesia alemana hacia el Nacionalsocialismo, pero con prudencia.

Todos los datos hacen pensar que los católicos fueron más enemigos de Hitler que los protestantes; quizás porque estos creían que esa renovación nacional traería consigo una revitalización moral interior. Hitler trató de engañar a los católicos y el 23 de Marzo, en su discurso en el Reichstag, dijo que el cristianismo sería el fundamento moral de la nación y que quería mejorar las relaciones con la Iglesia. El 24 de Marzo, Monseñor Bertram modera su crítica; el 28 los obispos hacen una declaración pública diciendo que si se respeta a la Iglesia, ellos colaborarán. Los políticos del Zentrum siguen esa política. El 28 de Abril el movimiento de Trabajadores Católicos acuerda lo mismo.

Loord Acton ya había hablado de la Iglesia Católica como garantía frente al Estado y de la mayor posibilidad de los protestantes a «someterse».

Y así llegaron, en un clima de exaltación, de discursos, de miedo, de entusiasmo, de vileza, de esas palabras que como Hitler dijo «construyen puentes en regiones inexploradas», de venganza, de antorchas, de toda una nación embanderada con la Svática, de todo el Universo Nazi ya al viento, así llegaron las elecciones del 5 de Marzo. Con una participación del 90%, los Nazis aumentaron casi en 5.550.000 votos, obteniendo 17.277.2000, lo que era el 43,9%. Los socialdemócratas se mantuvieron en sus 7.181.000 (con una pérdida de sólo 66.400 votos), el Partido del Centro perdió solo 6.500 votos, algo inapreciable, los comunistas perdieron algo más de un millón de votos, pero aún obtuvieron 4.848.100, y los nacionalistas se quedaron en 3.136.800. Hitler obtuvo 288 escaños. Era una minoría aún pero le permitía a Hitler prescindir de los nacionalistas, pues si proscribía a los comunistas —dejando un Reichstag de 566 diputados— entonces ya tendría la mayoría clara.

«Las últimas elecciones en 100 años», proclama la propaganda Nazi.

Esas elecciones dieron un voto antinazi de casi un 48%, más un 8% de los nacionalistas —compañeros de coalición con Hitler, pero que hubieron podido

«sujetarlo»—. ¿Por qué no sirvió ese 56%? ¿Era solo el escalofrío del miedo a lo que podía devenir de esa fascinante locura?

Porcentaje de votos emitidos a favor del NSDAP

Elecciones

al Reichstag 4/5/1924 7/12/1924 20/5/1928 14/9/1930 31/7/1932 6/11/1932 5/3/1933

Escaños 32,0 14,0 12,0 107,0 203,0 196,0 288,0

% sobre voto

nacional 6,5 3,0 2,6 18,3 37,3 33,1 43,9

Distritos

Prusia Oriental	8,6	6,2	0,8	22,5	47,1	39,7	59,5
Berlín	3,6	1,6	1,4	12,8	24,6	22,5	31,3
Pomerania	7,3	4,2	1,5	24,3	48,0	43,1	56,3
Schleswig-Holst	7,4	2,7	4,0	27,0	51,0	45,76	53,2
Westfalia Norte	3,5	1,3	1,0	12,2	25,7	22,3	34,9
Colonia-Aquisgrán	1,5	0,6	1,1	14,5	20,2	17,4	30,1
Dusseldorf Este	3,9	1,6	1,8	17,0	31,6	27,0	37,4
Alta Baviera	17,0	4,8	6,2	16,3	27,1	24,6	40,9
Baja Baviera	10,2	3,0	3,5	12,0	20,4	18,5	39,2
Franconia	20,7	7,5	8,1	20,5	39,9	36,4	45,7
Mecklenburg	20,8	11,9	2,0	20,1	44,8	37,0	48,0

Decía Sydney Low, que el Primer Ministro de Inglaterra, apoyado por una mayoría parlamentaria, podía hacer lo que le era imposible al mismo Emperador de Alemania, esto es: cambiar leyes, subir impuestos y dirigir todas las fuerzas del Estado. Y todo solamente gracias a esa mayoría. Hitler fue el exponente más claro del horror que puede sobrevivir con la aplicación de esa Ley, con la aceptación sin fisuras de que la Democracia es la representación del interés general y de que no hay intereses legítimos contra ese interés general. La soberanía del pueblo acaba en esa ficción espantosa que a su vez acaba por destruir las libertades individuales.

Obtenida esa mayoría –aún por los más abyectos procedimientos– la Dictadura de Hitler tuvo por fundamento constitucional la Ley, y sobre todas, a una –y conviene recordar que la Constitución de Weimar no fue abolida; no era preciso, bastaba con añadirle nuevas leyes o modificar otras–: Esa Ley Fundamental fue la llamada «De Plenos Poderes» o –y qué significativo es el nombre– «Gesetz zur Behebung der Not von Volk un Reich», Ley para la liquidación de las Dificultades del Pueblo y del

Reich. Esa Ley sí precisaba modificar algún punto de la Constitución, lo que obligaba a una mayoría de dos tercios en el Parlamento. Para conseguirlo, Hitler dejó fuera de juego a los 81 diputados comunistas, amenazando con encarcelar (algunos ya lo habían sido) a los que aparecieran por el Reichstag; negoció con el Zentrum y ofreció prebendas a los Nacionalistas. El resultado fue la aprobación legal de esa ley. De ella nacieron los caminos que terminarían en la Solución Final. Oranienburg y Dachau ya estuvieron en su comienzo.

Lo fantástico es que con la cuchilla sobre sus cabezas, ni aún así se unió la oposición, como si a la rebeldía y a la defensa de la Libertad prefirieran una muestra de sometimiento con la esperanza de ocultarse en ella y sobrevivir mientras la violencia del Estado se cebaba en otros; incluso los judíos, durante los primeros años continuaron con el convencimiento de que esa violencia acaso solo afectara a los más pobres de ellos.

Hay algo que cuenta Hannah Arendt sobre un informe de la OGPU rusa, de 1931, donde se dice que no era preciso la fuerza para las detenciones: «Un miliciano puede conducir grupos de personas, andando éstos tranquilamente, sin que nadie intente escapar».

A continuación, Hitler hizo una jugada maestra para conciliar a von Hindenburg y a los nacionalistas, al Ejército, a todos los elementos nostálgicos de la Vieja Alemania, de la monarquía, de las tradiciones... Fue la ceremonia, el 21 de Marzo de 1933, en la Iglesia de la Guarnición de Potsdam, para Stadtsakf, «solemnizar» la apertura del Reichstag.

Hay un gran componente «religioso» en la manifestaciones públicas exaltantes del Nazismo. Goebbels había sido católico. Era la Religión Política que diría Eric Voegelin, Religión que había inaugurado la Revolución Francesa, como muy bien ha estudiado Klaus Vondung.

Se engalanó Postdam de antiguas banderas rojo-blanco-negro y de sváticas. Después de la lluvia de la noche, lucía el sol. 100.000 SA ocupaban las calles de Postdam. En la Iglesia de Nicolai sonó la coral de Leuthen: «Dad gracias a Dios». Todas las fuerzas Armadas formaban con sus Jefes y oficiales en uniforme de gala, encabezados por el Mariscal von Mackensen (que lucía el uniforme de los Húsares de la Muerte). Se dejó un sillón vacío que simbólicamente representaba al Kaiser. Los nazis lucían sus camisas pardas. No había ni un representante de los socialistas ni de los comunistas. Hitler vestía de etiqueta. Von Hindenburg pronunció un discurso bastante despectivo hacia los partidos políticos que habían sembrado la confusión en Alemania y proclamó la necesidad de Unidad en una Alemania «orgullosa y libre». Hitler contestó en tono muy laudatorio hacia los «viejos poderes» imperiales y alabando su propia decisión de «restaurar el honor nacional». El discurso de Hitler –calculado, «junto a von Hindenburg»– fue conciliador y tolerante, y hasta «cristiano»; defendió la independencia judicial, la libertad de los Estados... ¿Quién podía sentir miedo –quién, que fuese un alemán de bien– ante esas

palabras, unidas a esa demostración de fuerza, hipnotizadora, asombrosa, al símbolo de continuidad de la Historia de Alemania, ahora ya sin la basura de Weimar, simbolizada en esa imagen del Viejo Mariscal y la orgullosa rebelión de Hitler?

Dijo que en su gobierno se unían «los símbolos de la antigua grandeza y la nueva Alemania» Y aseguró que él era la voluntad de la nación. Hindenburg lo bendijo: era la legitimidad histórica y la tradición.

Acabados los discursos, Hitler avanzó hacia el Viejo Mariscal y se estrecharon las manos. Se consumaba el entierro de las libertades que ya habían malherido Brüning, von Schleicher y von Papen. El «Trono de Sangre».

Y Alemania sucumbió como había sucumbido Albert Speer –así lo cuenta en sus *Memorias*– aquella tarde en el Hasenheid de Berlín al escuchar el discurso de Hitler a los estudiantes de la Universidad.

Allí se selló, con el apretón de manos de von Hindenburg y Hitler, la «sucesión apostólica». Todo.

Tour mere enfercement shall acquittance me.

Como lo cuenta Penella da Silva. Alemania daba una indescrutable sensación de fuerza, de euforia y de alegría y además, todos los gobiernos del mundo coqueteaban con el Reich de Hitler. Se había «desenjaulado el hambre del monstruo». El miedo, el rencor y la desesperación ya tenían su Dios viviente.

Como todas las concentraciones nazis, Postdam fue un modelo de «montaje». Bien sabían Hitler y Goebbels (que la organizó) que lo importante no es «qué se dice», sino el decorado avasallador. Kemplerer habla de tres palabras «nuevas» que empezaron a ser muy usadas en esa época; palabras «nazis»: Aufziehen, «montar» en el sentido de montaje escénico; para los nazis, todo se «montaba», y todo sería «Histórico», cualquier cosa adquiriría esa categoría por el hecho de ser un acontecimiento Nazi. Staatsakt, Ceremonia oficial, en el sentido de que el Estado concede la dignidad, otorga honores. Y junto a estas dos, una nueva acepción de lo que pudiera ser la labor policial: Expedición Punitiva, Strafexpedition.

Era la expresión teatral, muy efectiva, de ese mesianismo que se proponía crear «una nueva Humanidad». La fascinación estética. La ceremonia, luz del fervor electrificante de la masa «junta» –el Volk, según el mismo Hitler, es la entidad condicionada por la sangre, la piedra angular de la sociedad humana; frente al individuo, transitorio, el Volk es permanente–, es la expresión trascendente de su existencia. El individuo desaparece para fundirse en una religión que le ordena su vida –como las ceremonias ordenan las acciones de las muchedumbres– y ya es sólo pueblo, Volk.

Al terminar la ceremonia, bajo un día radiante, ante von Hindenburg y Hitler desfilaron marcial, orgullosamente, las Fuerzas Armadas, las SA, los Cascos de Acero... Aquella noche, miles y miles de SA con antorchas desfilaron bajo la Puerta de Brandeburgo, aclamados por una inmensa multitud enfebrecida. En la Gran Opera, Fürtwangle dirigía *Los Maestros Cantores*.

El 22 de Marzo se abrió el primer campo de concentración, en Dachau, a 20 K. de Munich. Se anunció mediante una rueda de prensa que hizo Himmler. Le habían precedido los campos de Reeducación de Weimar.

El 23 de Marzo se abrió el Parlamento, provisionalmente ubicado en la Kroll Opera Haus. Hitler presentó la Ley de Plenos Poderes –la Ermächtigungsgesets– con cinco clausulas: Se pedía para el Gobierno la facultad de aprobar leyes durante cuatro años sin consultar al Reichstag, y entre los «plenos poderes» estaban el decreto a prescindir de la Constitución y el de firmar tratados con el Extranjero, así como que las leyes dictadas por el Canciller, entrarían en vigor con su publicación. Esos poderes excepcionales permitirían usar el artículo 1º y el 2º de la Constitución, sobre todo este 2º que decía que las leyes pueden no tener en cuenta la Constitución.

Era el resurgir nacional: Wiedererhebung. Sería el último debate. Las puertas del «anhelo sádico de Poder» que diría Erick Fromm se abrían.

La sala de sesiones estaba presidida por una inmensa bandera con la Svática y el edificio, rodeado por las SS; las SA habían tomado el interior. De 647 diputados estaban presentes 535.

Hitler subió a la tribuna, y habló. Luego se procedió a la votación. Del exterior llegaban los gritos de la multitud: «¡Aprobadlo, o todo irá a sangre y fuego!». El jefe socialdemócrata, Otto Wels, se levantó en medio de los alaridos y dijo:

«Estar indefenso no es lo mismo que estar sin honor. No votaré a favor de esa Ley».

Hitler estalló de furor. Arrolló a von Papen que intentó detenerlo y subiendo la tribuna, gritó sarcástico: «¡No necesito vuestros votos! ¡Las campanas doblan ya a muerto por vosotros!».

De todas formas el discurso de Wels fue patético, porque terminó tan patriota como los nazis, y poco dijo de la supresión de las libertades civiles. Al fin, también Wels se mostró como un nacionalista.

Monseñor Kass dijo que el Partido del Centro votaría a favor de la Ley. Era algo que se esperaba, pues el concordato con al Santa Sede implicaba la «despenalización» de los nazis.

Como diría Musil: «La Democracia se ha comprometido hasta el tuétano».

Se votó: 441 a favor, 94 en contra.

Los nazis se levantaron de sus escaños y con el brazo extendido cantaron el *Horst Wessel*. La multitud en la calle estaba enardecida. La gentuza ya estaba en el poder. Era la aplastante belleza, que vería Drieu la Rochele en Nuremberg: Algo «maravilloso y terrible», «un pueblo embriagado».

Sí, «The greatest is venid».

Hitler podía ya decirle a la Humanidad ilustrada, moral, respetuosa del Imperio de la Ley, lo mismo que había dicho Trotski cuando los bolcheviques tomaron el poder: «Id al basurero de la Historia».

y V

«Ha invadido la ciudad el Dios que la enciende en fiebre».

SÓFOCLES

«Gracias al aire de aparente inocencia que la Democracia presta al Poder, este ha podido alcanzar una dimensión cuya medida nos la han enseñado un despotismo y una guerra sin precedentes en Europa. Supongamos que Hitler hubiera sucedido inmediatamente a María Teresa: ¿habría podido forjar tantos instrumentos modernos de tiranía? ¿No es claro que tuvo que encontrarlos ya preparados, dispuestos?».

BERTRAND DE JOUVENEL

«Tras tantos siglos de educación del género humano para sacarlo de su estado selvático, se vuelve a la barbarie de las cifras y al triunfo de la tontería de las masas ciegas».

LOS GONCOURT

Como Macbeth, Hitler se dijo: This deed I'll do before this purpose cool: Consumaré la acción antes de que el propósito se enfríe.

A partir de esa comunión la trilladora del Poder sin Conciencia rodó sobre raíles deslumbrantes. Ya se podía establecer el «proceso de Coordinación» (Gleichschaltung), ya se podía organizar la Muerte, la amnesia decretada y planificada que más tarde verá Steiner referida a la enseñanza democrática en EE.UU. Y ante todos los desmanes que sobrevendrían, las capas sociales dirigentes, como diría Gisevius, «se hicieron el muerto».

Los cambios en el Gabinete sucedieron de forma casi inmediata: von Papen fue dejado de lado y se protegió en el silencio; Seldte, el líder de los Cascos de Acero, fue «convencido» de que abandonase su Ministerio de Trabajo, que pasó a manos de Hitler; Alfred Hugenberg dimitiría el 29 de Julio y Economía pasó manos del Dr. Schmitt, que era Director General de Alianza, la mayor compañía alemana de seguros: era una forma de frenar al ala izquierdista del Partido, ya que Hitler estaba muy preocupado por tener de su lado a los grupos poderosos de la industria y del campo. Goebbels entró en el Gabinete como encargado de un nuevo Ministerio: Propaganda y Educación Política. El Dr. Luther, presidente del Reichbank, fue «dimitido» y el Dr. Hjalmar Schacht ocupó su puesto.

Los Estados Federales sufrieron un proceso de sometimiento al poder central – con cierta complacencia de los socialdemócratas, que se mostraron más centralizadores que los mismos nazis–. El gobierno de Held, en Munich, fue eliminado y «camisas pardas» ocuparían su lugar; la petición de ayuda al Ejército, de Held, no obtuvo repuesta, pues el general von Leeb recibió órdenes de Berlín de no interferir en el proceso. El Decreto de 28 de Febrero permitió a Frick nombrar nuevos Comisarios de Policía del Reich en Baden, Württemberg y Sajonia, siempre con elementos que procedían del Partido Nazi, aunque verdaderamente poco había que purgar, pues la mayoría de la policía se mostraba favorable a la libertad de acción que les permitían los nazis. Al mismo tiempo, en Prusia, que ya estaba bajo el poder de Goering, éste armó la estructura represiva de la «nueva» policía. Para ello se sirvió de Rudolf Diehls, quien había dirigido con la Republica de Weimar la sección Política de la Policía; Diels, que muy bien conocía a los nazis –los había controlado y detenido– no tenía duda sobre lo que iba a suceder en Alemania, y pronto se ofreció a Goering – al que también facilitó informaciones sobre la bolsa que le permitieron ganar mucho dinero– y le ayudó a establecer las listas de policías que debían ser «depurados». Goering le encomendó la dirección de la Policía de Prusia. Entre otras cosas

dispusieron una perfecta red de espionaje por escuchas telefónicas –la Forschungsamt, FA, Oficina de Investigación–. Himmler Reichsführer de las SS, nombró a Reynhard Heydrich para la Dirección de la Sección Política del Cuartel General de la Policía de Múnich. En Marzo se pusieron en marcha –al principio, paralelamente al sistema tradicional– los Tribunales Especiales, integrados por jueces nazis. Y el día 23, en la primera sesión del nuevo Reichstag, se proclamó una amnistía para todos los delitos y crímenes cometidos «con intención patriótica».

La Academia Prusiana de las Artes fue sometida inmediatamente al control del Estado; fueron expulsados Heinrich Mann y Käthe Kollwitz y se exigió la de Wassermann y otros escritores y artistas judíos. En Mayo se reestructuró su dirección y fueron nombrados miembros de la Academia, Hans Carossa, Ernst Kolbenheyer, etc. Invitados a formar parte de la misma, Ernst Jünger y Stefan George se niegan a aceptar. El 12 de Junio, ya «nazificada», la Academia cambia su nombre por Asociación de Escritores Alemanes del Reich, bajo la presidencia del mediocre Götz Otto Stoffregen. También fue clausurada la Bauhaus. Y el mundo de la Música conoció la prohibición de directores judíos como Otto Klemperer y Bruno Walter (Fürtwängler protestaría por ello ante Goebbels), al tiempo que se condenaba el jazz y otras formas «modernas». Gottfried Benn –que pronto abandonaría ese barco–, el 24 de Abril aplaude «el relámpago» del nuevo régimen.

Había precedentes: ya en Abril de 1930, Wilhelm Frick, ministro de Interior y de Educación en Turingia, sin que nadie se rasgara «políticamente» las vestiduras, había promulgado un decreto en el Boletín Oficial contra la «Cultura Negra» y a favor del espíritu nacional alemán y situado a Schultze-Naumburg en la dirección de la Bauhaus; su acción inmediata fue ordenar que se cubriese con pintura los frescos de Oscar Schlemmer.

El mundo de la Cultura capituló no solo rápidamente, sino que se aprestó a colaborar con eficacia. Hasta hubo un ¡juramento de Lealtad de los Poetas Alemanes a Hitler! y lo asombroso es que no fue impuesto; mejor que la «coordinación» era la Selbstgleichhaltung, la auto-coordinación. Pocos escritores elegirían el exilio –Walter Benjamín, Brecht, Hermann Broch, Döblin, Ludwig, Zweig, Remarque, los Mann.

Conjuntamente, ya desde Marzo, las SA y las SS empezaron a asaltar las sedes de los sindicatos. Ningún gobierno se había atrevido contra su poderosísimo entramado. Pero los asaltos se sucedieron sin que hubiera una reacción de su parte; al contrario, se produjo un ofrecimiento de colaboración. Como dice Klemperer en su *Diario*, «todo cae sin resistencia». Antorchas, banderas, cantos. La Revolución Total. La Dictadura. Todos callan y sienten miedo. Al mismo tiempo, Goebbels se hizo cargo de la red de radio, sometiendo a la Compañía Nacional de Radiodifusión a su Ministerio y aumentando el número y la potencia de las emisoras; y se obligó a los fabricantes a producir un receptor barato que se llamaría –siempre el Volk– «Radio del Pueblo», Volksempfänger: en un año hizo aumentar en 1.000.000 el número de hogares que disponían de este instrumento de propaganda (Alemania tenía ya

6.000.000), por el que –como por medio de los altavoces que se instalaban en escuelas y fábricas y lugares públicos– se retransmitían los discursos de Hitler. Goebbels llegaría a determinar los decibelios que debían alcanzar los aplausos en las retransmisiones de los discursos de Hitler y otros nazis; hasta le dio nombre: Jubel dritter Stufe: máximo volumen de gritos y aplausos «nacionalsocialistas».

Según Klemperer, desde finales de Marzo hay expresiones que nacen y empiezan a repetirse hasta hacerse carne de la lengua cotidiana: «Ejército Pardo», Weltjuder (Judío Universal), Weljudentum (Judaísmo Universal). Bajo esa cobertura y la de los Tribunales, ya en Marzo de 1933 empezaron a elaborarse las primeras leyes antisemitas, que excluyeron a los judíos de las funciones públicas (funcionarios –Ley de 7 de Abril–, Enseñanza, etc.) y de ciertas profesiones liberales, aunque aún eran medidas «suaves»; hasta 1938 los judíos pudieron emigrar y sacar su dinero a otros países sin más restricciones que las padecidas por el resto de alemanes. Pero el «¡Juda Verrecke!» proclamado por las SA –¡Qué reviente Judas!– ya estaba en marcha. Era un proceso que había comenzado, y con mayor virulencia, en Austria. Y acaso no se debe minimizar la influencia que en muchos jefes nazis, y en la sociedad, tuvo la obra del industrial norteamericano Henry Ford, *El Judío Internacional*, a quien además, se miraba como «la imagen de América». A finales de 1938 sucederían los ataques a gran escala: el 9 de Noviembre tendría lugar la Kristallnacht, la Noche de los Cristales Rotos (curiosamente, y acaso mucho dice del carácter obediente de las masas, ante la Sinagoga de Berlín, en Oranienburger strasse, esas masas se mantendrían calmadas simplemente porque un guardia les ordenó que no perturbasen).

La integración de los judíos en Alemania estaba regulada por la Constitución de 1869. Había sido bien aceptada –aunque hubiera prejuicios sociales y dejase «de hecho» fuera de algunas profesiones a los judíos o les fuera difícil ser oficiales del Ejército o catedráticos en algunas universidades--. La crisis de 1873 había enturbiado un poco las aguas de esa «asimilación», sobre todo entre la clase media baja, que avivó sus prejuicios. Pero en general los judíos aceptaban todas estas trabas. E incluso no se alarmaron ante el avance nacionalista y nazi. Sólo en la revista *Deutsche Republik*, después de las elecciones de 1930, salió un artículo de Gaston Heymann advirtiendo seriamente de lo que podría suceder. De todas formas, el antisemitismo nazi calaría más en la Alemania protestante que en la católica.

No hay pruebas claras de que al principio, más allá de su odio expresado en *Mein Kampf*, en el *Zweites Buch* que lo completa y en discursos, Hitler hubiera considerado otras medidas –así lo asegura Baldur von Schirach– que el apartamiento progresivo de los judíos alemanes de la Administración, la Enseñanza, la política, el mundo de la Cultura y una notoria presencia en las grandes empresas. Quizás no se sentía seguro ni en ese odio. Sabemos que ordenó a Frank que indagase en sus orígenes para probar que él era absolutamente ario, pues el padre de Hitler fue

ilegítimo, concebido cuando su madre, aún una Schicklgruber, era criada de una familia judía de Graz, los Frankenberge; y el señor Frankenberger había dispuesto una pensión de paternidad hacía ese niño. Pero hay tesis contrarias, sobre el hecho de que la comunidad judía no había regresado a Graz (después de su expulsión en 1496) hasta 1856, cuando ya había nacido el padre de Hitler. Por cuanto he leído y reflexionado sobre el tema, yo creo que la consideración de *untermenschen* – «subhumano»– que presidiría el exterminio, el odio a los judíos y la determinación de su aniquilación, estaba desde siempre en el sueño (o el insomnio) atroz de Hitler.

Para comenzar a preparar «los ficheros» se fundó en Múnich el Institut zur Erforschung der Jundenfrage, que dirigirá Walter Frank. Pese a todo, sorprende que el 4 de Junio de 1933, el berlinés *Tageblatt*, cuyos editores eran judíos, publicara una declaración de la Unión Judía Nacional ¡casi antijudía! y, en todo caso, muy contemporizadora con los nazis. Incluso cuando todo estaba ya peor para ellos, el 4 de Febrero de 1934, la principal asociación judía de Alemania expresaría su acuerdo con establecer limitaciones a las actividades de los judíos, y el 12 de Abril el presidente de los Antiguos Combatientes Judíos, manifestó también su asentimiento, como la Liga de Veteranos Judíos o el presidente de la Asociación Alemana de Rabinos, Leo Baeck, incluso protestaron por lo que llamaron campañas extranjeras difamatorias de la verdadera realidad alemana... «¡promovida por supuestos intelectuales *judíos!* en otros países». Tanta ceguera parece inexplicable. Pero también reinaba una enorme confusión. La prensa judía, incluso en 1935, cuando estaban aniquiladas las voces de la oposición, aún contaba con sesenta semanarios y revistas, con más de 350.000 de tirada. Y en Junio de 1934 todavía pudo fundarse la Asociación Cultural de los Judíos Alemanes, que duraría hasta Febrero de 1936.

Lo más alarmante del antisemitismo en Alemania es la «aceptación» social. En 1927, cerca del 50% de los estudiantes de Prusia habían votado a favor del estatuto de autonomía universitaria, que excluía a los no-arios de las asociaciones de estudiantes. Verdaderamente, pocas voces se levantaron contra las leyes y comportamientos antisemitas, y, sorprendentemente, fueron de miembros del Partido Nazi. Kart Dönitz lo expresó muy claramente: «A los obreros no les importaba el problema judío y todo aquello. Les importaba que por fin volvían a tener trabajo y eran seres humanos». En general, todo el mundo parecía mirar hacia otro lado... hasta los mismos judíos. Aunque, como muy bien dice Raymond Aron, ¿quién hubiera imaginado en 1933, la Endlosung, la Solución Final? Solución a cuyos organismos ejecutores se les llamaría «Fortalecimiento de la Conciencia del Pueblo Alemán».

Es curioso –lo cuenta Raymond Aron en su *Memorias*– que cuando en 1931 él estudiaba en la Universidad de Colonia, que dirigía Léo Spitzer, que era judío, éste le reprochara por un artículo de análisis de la situación, donde Aron «no se había percatado» de lo que de «Nueva Civilización» tenía el Nacionalsocialismo.

El antisemitismo había campado durante la República de Weimar. En verdad, toda Europa estaba impregnada de desprecio al judío, hasta el antisemitismo violento (en

Weimar era profesado muy particularmente por pequeños comerciantes, contra los grandes almacenes, de propiedad judía): Es terrible comprobar que cuando ya la matanza –entrados los años cuarenta– estuviera en su apogeo, los más inhumanos jerarcas nazis y SS se alarmaran de la brutalidad y el sadismo con que los encargados del exterminio en otros países llevaban a cabo su tarea. Hasta Hitler se espantó de la crueldad por ejemplo de los rumanos (así se lo comunicó a Goebbels). Las legislaciones que llevarían al exterminio, deben mucho a la sociedad civil, que, como poco, amparó, cuando no impulsó, el deseo Nazi. Como tampoco –acaso sólo de la Iglesia– tuvo un gran rechazo la legislación que llevaría al exterminio de los débiles mentales; incluso fue apoyada por la Asociación de Médicos Alemanes. Se pensó que cuidarlos era tirar el dinero. Se empezó en la vía de la Muerte con la Ley de Esterilización de 1933, ratificada por las asociaciones médicas, y que sólo tuvo la oposición de von Papen y los católicos. Hay un texto terrible de 1933, un libro para la educación de niños en las escuelas. Entre otras muchas aberraciones, dice:

«Un anormal cuesta al día 4 marcos
un inválido 5'5
un criminal 3'5
un funcionario 4
un empleado 3'5
un aprendiz 2

En Alemania hay 300.000 anormales y locos, epilépticos, etc. Calcula su costo. ¿Cuántos préstamos se podrían dedicar a familias si se pudiera economizar eso?». Como diría el Dr. Kart Brandt, uno de los directores encargados por Hitler para llevar adelante el Programa de Eutanasia: «Únicamente nos impulsaban consideraciones éticas». Las mismas consideraciones éticas que la orden de 1934 dictada por el Ministro de Educación Bernard Rust: «el objetivo primordial de la escuela es educar a la juventud para el servicio de la nación y el Estado en el espíritu del Nacionalsocialismo». De hecho desde muy pronto los médicos –muchos médicos– se prestaron a la eutanasia: empezó la purga de los inadaptados para la «vida comunitaria».

Herés the smell of the blood still. Aún huele esa sangre.

A lo largo de 1933, continuó el proceso de eliminación de las libertades de los Estados. Para ello se establecieron nuevos gobiernos de éstos y reorganizándolos en razón del número de votos que los partidos hubieran obtenido en las anteriores elecciones (a lo que hay que añadir la exclusión de los comunistas). Hitler nombró Reichstathälters –Gobernadores– para cada uno de los dieciocho Estados, con facultades para deponer a los gobiernos locales, disolver dietas, aprobar leyes y nombrar o destituir funcionarios. Todos ellos habían sido previamente los gauleiters nazis locales. Y jugó una baza contra von Papen, autoproclamándose Reichstatthälter de Prusia, lo que obligó a la «dimisión» de aquél de su cargo de Comisario del Reich para esta región. Entonces, Hitler delegó en Goering su cargo. El 3 de Marzo, en el

mitin de Franckfort, Goering diría: «No tengo que preocuparme de las leyes. Mi misión es destruir y exterminar. Esto es una lucha contra el caos».

El 4 de Marzo, Hitler, en Koenigsberg, en su discurso del día del Despertar de la Nación, dirá: «Un pueblo debe comprender que su futuro descansa en sus propias fuerzas». El 10 de Marzo se prohíbe el último periódico socialdemócrata, *Die Bremen Volkszeitune*.

El 10 de Abril ya no se es alemán –se es «extranjero a la especie», artffremd– si se tiene un 25% de sangre no-aria. El 20 de Abril se consagra la palabra Volk. Todo será ya Volk. Volkfest, fiesta del Pueblo; Volksgenosse, camarada del...; Volksgemeinschaft, comunidad del...; Volksnah, *del* pueblo, Volksfremd, *extraño* al pueblo; Volkskanzler, Canciller del pueblo. «Nosotros gobernamos en el «sentido» de las decisiones verdaderas del pueblo», le respondió Goering a su acusador, Jackson, en el Proceso de Nuremberg.

Qué terrible y siniestro concepto: La Comunidad Popular, con un sentido sagrado: la Volksgemeinschaft: los derechos de esa Comunidad. Estarán presentes hasta en Martin Heidegger cuando el 27 de Mayo pronuncie su discurso «La autoafirmación de la Universidad Alemana»: Y el Führer era la Voz del Pueblo. Cuenta Klemperer en su *Diario* que en un hospital, ante la radio donde sonaba estruendoso el *Horst Wessel Lied*, todos, enfermeras y pacientes y médicos, se cuadraban y alzaban su brazo en el saludo nazi, fanatizados. Como dice S. Haffner, todo el que se negara a convertirse en nazi, tenía ante sí un futuro amargo: «una desesperada y absoluta desolación».

En Abril se substituye la Asociación de la Industria Alemana (el orgullo de los viejos grandes industriales) por la Asociación del Reich, nazificada.

El Consejo de Ministros del 22 de Abril, a la solicitud de Franz Gurtner –Cartera de Justicia– aprobó que una comisión de juristas desarrollara un nuevo Código que tuviera el espíritu de la filosofía del Derecho del Nazismo.

Y se puso en marcha, con gran contento del Ejército, el Segundo Programa de Armamentos. Schacht garantizaría la cantidad de treinta y cinco billones en ocho años, valiéndose de las cuentas Mefo, un descuento disfrazado de cuentas del gobierno por el Reichsbank, del que había sido nombrado Presidente. El presupuesto anterior había sido de 700/800 millones al año. Pero al mismo tiempo –como dice Lidell Hart– con mucha astucia Hitler va «reduciendo» el poder de la Reichswehr, empezando a dispersar sus 100.000 hombres en pequeñas unidades por toda Alemania.

El 26 de Abril, Goering crea por decreto la Gestapo (Die Geheime Staatspolizei).

El 27, Seldte, jefe de los Cascos de Acero, se afilia al partido Nazi.

El 1º de Mayo, bajo el «montaje» de Goebbels, la antigua fecha revolucionaria se transforma en la Gran Fiesta de los Trabajadores, el día de la Volksgemeinschaft. Fue un éxito. Más de 1.000.000 de participantes. Goebbels llegó a a calcular al segundo el instante en que el sol se pondría sobre la tribuna donde debía aparecer Hitler, para que en el momento en que éste ascendiera, los rayos de oro lo nimbaran como a un

Dios. Menos los detenidos, los apaleados, los encerrados en campos de concentración, los sindicatos, los poderosos e invencibles sindicatos, los mas fuertes del mundo, no presentaron batalla para oponerse a la unificación en el llamado Frente Alemán del Trabajo, que Hitler puso en manos de Robert Ley. Ese frente –el Estado ofreciendo sus dones– entregaría a esa masas obreras, viviendas, hoteles y clínicas de descanso, cobertura sanitaria, vacaciones pagadas (hasta cruceros), y hasta el sueño de un automóvil –siempre el Volk–, el Volkswagen, y para esos descansos y ese ocio, la red de autopistas encomendada a Fritz Todt (que también iría muy bien para los desplazamientos de los Ejércitos). Y les entregó el más adorado de los sueños: la desaparición de barreras sociales, la exaltación de su condición de trabajador. Por fin la sociedad sin clases y la absoluta destrucción de «lo superior». Zusammen marchieren. «Estamos creando un mundo nuevo». Hitler, cada vez más frecuentemente, es invocado con el nombre de Volkskanzler, Canciller del Pueblo.

Como Ernest Jung dijo: Había muerto el Yo Individual (Ichzeit) y nació el Nosotros-Colectivo (Wirzeit).

Ese 1º de Mayo, los afiliados al Partido Nazi pasan ya de 2.500.000, entre ellos Carl Schmitt, que entra en al Partido ese día. Tanto que el Partido, por orden de Hitler cierra las puertas a nuevas adhesiones. En ese nuevo mundo, que fue el primero en abolir la palabra «criada» (Dienstmädchen) y sustituirla por «empleada del hogar» (Hausangestellte), se llegaría hasta unificar los entierros a una sola categoría. Igualdad hasta en la muerte. El alma colectiva –Volksgeist– era el alma de Alemania. Todo quedaba condenado si no era Gesundes Volksempfinden, un sentimiento popular «sano».

El 10 de Mayo Goering ordena que se ocupen todas las sedes del Partido Socialdemócrata y las de sus periódicos y confisca los bienes de los socialistas, que fueron declarados fuera de la Ley, y por lo tanto, ya no se les permitió ocupar sus escaños en el Parlamento. Esa noche, en una fiesta del fuego, miles de libros fueron entregados a la hoguera en universidades y plazas y se desata la persecución contra el Arte no-alemán. Según Aron no había casi público en esas «ceremonias». Sólo en Berlín se quemaron más de 20.000 volúmenes. Y es curioso que la iniciativa de esa pira no vino de Goebbels, sino que se le adelantó la Asociación de Estudiantes Alemanes (¡que ni siquiera era la Asociación de Estudiantes Nacionalsocialista!).

La sumisión en el «obrerismo» y su exaltación llevó a extremos tan grotescos y terribles como cuando el Dr. Ley afirmó que un científico se jactaba de haber descubierto un microbio, cuando un barrendero, con cada golpe de escoba echaba mil a la cuneta.

Incluso se creó una figura «penal», el Volksschädling, «el que daña a la nación». Todo se resume en un concepto supremo y aterrador: Volkwerdung: conversión del pueblo en sí mismo. No será ya la nación, sino das Volk, una identidad que trasciende

toda identidad individual: una Fe Común: la marcha hacia una promesa, no sólo social o económica, sino, en última instancia, religiosa.

El 15 de Mayo se crean unidades agrícolas familiares que no podían ser objeto de ejecuciones hipotecarias y que podían venderse, arrendarse o dividirse por herencia.

El 19 una Ley crea las doce regencias de Trabajo que quitan del control de empresarios y obreros la regulación de los salarios.

El 26 de Mayo, Hitler y Frick promulgan una Ley confiscando todos los bienes y activos del Partido Comunista.

El 6 de Junio se prohíbe a los judíos y extranjeros participar en la industria cinematográfica.

El 20 de Junio una instrucción ministerial de Goering establece que los trabajadores deben vigilarse entre ellos y delatar a quien se oponga al nuevo Poder. En Julio, otra instrucción ministerial de Goering extendería esta orden a los funcionarios.

El 22 de Junio se declaró la disolución del Partido Socialista, ya en la práctica en la clandestinidad. El 28 de Junio se disuelve el Partido Populista de Stresemann. Le siguieron el Partido Bávaro del Pueblo, el 4 de Julio, y el Partido del Centro, el 5 (encarcelando a su cabeza, el Príncipe Wredwe –que había participado con Hitler en el putsch de 1923 y que hasta había estado con él en la prisión de Landsberg). La desaparición del Partido Católico –el Zentrum– no impediría que se firmase el Concordato con la Santa Sede; ni todo lo sucedido, que Francia, Inglaterra e Italia firmaran con Alemania el Pacto Cuatripartito que bien parecía una ratificación de los acontecimientos.

Josef von Sternberg, Marlene Dietrich, Fritz Lang, Pabst, Robert Siodmak, Peter Lorre, Conrad Veidt, etc, abandonan Alemania.

El único sistema que los nazis admiraban –empezando por el propio Hitler– no era ninguno de los fascismos europeos –o logrados o embrionarios–, a los que veían como «muy poco» totalitarios, sino al Comunismo de Stalin: esa era la meta de los sueños de dominación hitlerianos: esa máquina implacable del Estado todopoderoso. Cuando el primer Comandante del campo de Dachau, Hilmar Wäckerle, tuvo que explicarle a sus tropas en qué consistía su misión, la orden dice: «ser lo que en Rusia la Checa». Y es también curioso que fuera precisamente Hitler la persona a quien más admiraba Stalin, tanto que lo cegaría en la creencia de que aquel pudiera atacar a la Unión Soviética, cuando ya desde Mayo, en la reunión de la Comisión de Trabajo del Consejo de defensa del Reich, se trató de la eventualidad de esa guerra.

En Julio de 1933, Carl Schmitt –¡Carl Schmitt!– escribe que las decisiones del Führer no están sometidas a las Leyes porque por definición él es la Justicia Suprema y todo derecho emana de él. Ese mismo mes, Goering lo nombra Consejero del Estado de Prusia. El «caso Schmitt» (como el de Speer) es de lo más interesante en el intento de comprender cómo cabezas notables pudieron uncirse al Horror. En realidad la oposición a Weimar no era en Schmitt tanto una hostilidad derivada de un

antiparlamentarismo visceral o irracional, sino por la consideración de que ese parlamentarismo no podía ser lo suficientemente fuerte para ser eficaz. No hay que olvidar que Schmitt se había formado teniendo muy en cuenta a Max Weber.

La judicatura ya estaba «puesta en línea»: Selbstgleichschaltung.

Ya ¿qué quedaba fuera del poder Nazi? Hasta los Cascos de Acero, los que no fueron perseguidos, terminaron en las SA, lo mismo que los Freikorps (Cuerpos Francos). El 14 de Julio se promulgó la Ley que creaba el Partido Único, el Nacionalsocialista. El mismo día se promulga la ley para prevenir la propagación de progenitores congénitamente tarados, la Ley de Esterilización. Esto serviría después de la ley de Septiembre del 35 –«protección de la sangre alemana»– para liquidar judíos.

Todo ese triunfo, más allá de lo imaginable, había que celebrarlo por todo lo alto. Y Hitler encarga a Goebbels que prepare el Congreso del Partido, para Noviembre, en Nuremberg, que debía ser memorable. La consagración del Totaler Staat, el Estado Total. Y de Hitler, como dice Jouvenel, «el profesor de energía».

El 20 de Julio de 1933 Hitler promulga una ley por la cual se acaba la jurisdicción civil sobre el Ejército y queda abolida la práctica republicana de elegir representantes entre la tropa. El 23 una ley anula las condenas que pesaban sobre los nazis condenados en los «años de lucha».

El 26 de Agosto se le regala a von Hindenburg los dominios de Langenau y Preussenwald, que lindaba con sus propiedades de Neudeck. Tendrá por qué callar. El 19 de Septiembre Hitler consagra en Nuremberg las nuevas banderas de las SA con el estandarte «de la sangre» de 1923, la Blutfahne.

El 22 de Septiembre se crea la Reichskulturkammer (Cámara de la Cultura), que centraliza y unifica «el pensamiento». Y ese mismo día se separa por ley a los judíos de las actividades culturales y de la prensa. De esa Cámara dependerán los Departamentos de prensa, radio, literatura, música, teatro, artes visuales y cine; y Goebbels asume la Jefatura de esta Cámara. El 1º de Noviembre se decreta obligatorio para todo artista su pertenencia a una de las cámaras. Sin esa pertenencia no podría ejercer trabajo alguno, y esa afiliación podía ser recusada aún solicitándola, si no se consideraba el artista de confianza.

Como afirmaría Herman Goering, repitiendo la réplica de una obra de teatro de Hans Johst, *Schlageter*; «Wenn ich Kultur höre, entsichere ich meinen Browning» (Cuando escucho la palabra Cultura, saco mi revólver).

La sociedad alemana empezó a leer sobre todo obras de exaltación nacionalista. *La Historia de la Literatura Alemana* de Adolf Bartels –obra muy mediocre– fue leída hasta la saciedad.

Las universidades apoyaron al Nazismo mucho más que cualquier otro sector. Desde los finales de los años veinte, profesores y alumnos habían sido de los más proclives a los nazis y sus medidas extremas, incluido el antisemitismo. Frick, que fue Ministro del Interior en 1933, estuvo firmemente apoyado por las asociaciones

de estudiantes. Como dice Sebastián Haffner, no dejaban los nazis de ser la terrible consecuencia de las convicciones que se propagaron mucho antes de ellos –en tiempos normales y civilizados– y que se inculcaron en la juventud por Universidades y colegios.

A partir de 1933, el Teatro se aprovecha para la difusión de los nuevos ideales, y se crean las Thingspiel, donde se mezclaba arte popular a escala gigantesca de participantes con propaganda nazi: por ello se construyeron teatros para albergar en ocasiones a 40.000 personas. En Noviembre de 1933, Schultze-Naumburg, en la revista *Hochschule und Ausland*, define la Cultura como la «expresión de la raza». Todos los intelectuales y artistas debían obedecer «la fuerza que emana de las masas».

Algunos de los más eminentes catedráticos, como Kart Vossler, se negaría a prestar el juramento de lealtad a Hitler en ese Otoño de 1933. Pero casi mayoritariamente, la Universidad capituló, y en muchos de sus miembros, entusiasmados con el nuevo régimen. Weber no había existido.

Martin Heidegger se mantuvo en su universidad en una ambigüedad tan compleja que salvo él mismo, nadie podía justificar. No dudó en exaltar la promesa de Renovación que el Nazismo significaba, aunque eso no le sirviera para evitar los ataques que los dos «jerarcas» de la Enseñanza, Alfred Bäumlér, Rector de Berlín, y Ernst Krieck, de Heidelberg, emprendieron contra él; pero mantuvo en Friburgo a ciertos profesores antinazis e impidió que se quemaran algunos libros, y terminó por abandonar el partido cuando, en Febrero de 1934, Rosenberg lo instó a despedir a dos de sus decanos. También el teólogo Kart Barth, un mes después del discurso de «adhesión» de Heidegger, escribió su *Theologische Existenheute*, quizá la manifestación más rigurosa de oposición intelectual a aquella actuación.

El mundo de la Enseñanza, que hubiera debido ser –con el judicial– la gran «resistencia», se había entregado fascinado a esos sueños de vileza. En los profesores –de Enseñanza Medias y Universitaria– el 97% estaban afiliados a la Unión Nationalsocialista de Profesores (un 30% de ellos, afiliados además al partido Nazi); el 60% de los estudiantes, ya desde 1931, apoyaban a la Organización de Estudiantes nazis –lo que significa el doble que el apoyo nazi en el electorado general–, y en 1932, en la Conferencia de Königsberg, decidieron abolir sus estatutos democráticos y substituirlos por el Führerprinzip (el principio de autoridad). Cuando la quema de libros, muchos rectores –Bertam, de Colonia; Naumann, de Bonn; Seifert, de Würzburg; o el de Göttingen, se mostraron «orgullosos de que se nos llame bárbaros». Más de trescientos catedráticos habían suscrito un manifiesto pidiendo el voto para Hitler en las elecciones. Qué símbolo tan claro que el campo de concentración de Buchenwald se edificara alrededor del viejo roble que tanto había amado Goethe.

Los nazis tomaron de las organizaciones socialistas, la idea de «doctrinar a los niños», encuadrándolos en organizaciones políticas, y lo mismo hicieron con las

formas de «diferenciarse» en los saludos, en llamarse «camarada», etc., así como en uniformarse. El Socialismo había preparado ya a las masas para familiarizarse con esa organización política de su vida, con signos paramilitares, lo mismo que en la organización del ocio de la sociedad. Como von Schirach confesó en Nuremberg, para la formación de las Juventudes Hitlerianas y la estructuración de la Enseñanza, él tuvo muy en cuenta las ideas del pedagogo Hermann Lietz, que a su vez las había tomado de Pestalozzi y sobre todo de Rousseau, aquella luz cenital de la Revolución francesa: la escuela debía ser un «Estado en miniatura».

El 14 de Octubre Hitler anunció que Alemania se veía obligada, por el trato discriminatorio que sufría, a retirarse de la Conferencia de Desarme. En entrevistas para el *Daily Mail* (18 de Octubre, con Ward Price) y *Le Matin* (22 de Noviembre), Hitler explicará «dolorido» que ha tenido que tomar esa decisión por respeto a la dignidad de Alemania que no era tratada en plan de igualdad de derechos. Y para dar más fuerza a su decisión, somete esa retirada de Ginebra a un plebiscito que se celebraría el 12 de Noviembre al mismo tiempo que las elecciones; sin olvidar ordenarle a von Ribbentrop que calmase a los ingleses asegurándoles que Alemania jamás pretendería una guerra contra ellos. El plebiscito fue ganado por Hitler con una aprobación del 95%, las elecciones les darían el 92,2%. Malaparte calificó a Hitler de Dictador Plebiscitario. Carl Schmitt es nombrado Director del grupo de juristas que integraban el Bund Nacional Sozialistischen Deutscher Juristen.

Como Hans Frank escribiría en *Recht. un Verwaltung*, en 1939: «el Nacionalsocialismo es la primera gran revolución en la historia realizada mediante la aplicación del Código Legal formal existente en el momento de la conquista del poder»

Deberíamos fijarnos en esa palabra: «aplicación» no uso artero, o dándole la vuelta, sino... «aplicándolo».

Pero no solamente se había rendido la sociedad alemana; en su mayoría estaban exultantes, apoyando con entusiasmo a Hitler. En Nuremberg, Goering le dijo al acusador Jackson, que ellos habían gobernado siempre «en el sentido de las decisiones populares». El Führer sabía que «a la larga no se puede gobernar contra la voluntad del pueblo». En las elecciones de Noviembre de 1933, el SI a Hitler se afirmó hasta en las prisiones y en los campos de concentración: más de 39.638.800 (el 92,2%) contra 2.000.0000 de NO. El estado de ánimo de «fin del mundo» desaparecía borrado por aquel entusiasmo. El *Weltuntergangsstimmung* había muerto. Alemania despertaba y se alzaba en ese juramento –eine so verschworene Gemeinschaft– sagrado que unía, fundía, a las masas con Hitler.

La Fuerza por la Alegría –*Karft durch Freude*– se creó el 27 de Noviembre de 1933. El Dr. Ley planteó con esa organización la educación de los trabajadores y su diversión: viajes, arte, embellecimiento de locales y fábricas, embellecimiento de sus barrios, etc. Era el triunfo absoluto de las masas pacificadas levantado sobre el odio a

las clases altas y a la inteligencia basado en la liquidación de la Libertad y la excelencia.

La escenificación política de esa unión, de esa Comunidad del Pueblo, fue el Reichsparteitag, el Congreso del Partido en Nuremberg. Ante una inmensa explanada donde esas masas se congregaban y marchaban a los sones de la marcha de Badenweiler, se levantaba la tribuna de Dios. Speer dice que la soñó sobre la imagen del Altar de Pérgamo. Pero era mayor: 390 metros de larga por 24 de altura. Se estudió –para la perfección de la escena– que las banderas y las luces, 130 reflectores entregados por la Defensa Antiaérea, iluminaran el cielo. La «Catedral de luz» que dijo asombrado el embajador Henderson.

Y como centro de todo ese poder, envuelto en música, sol de ese mundo: un asesino, Hitler.

Como dijo Goebbels en su discurso de Noviembre: «Llevamos a cabo una Revolución Total que abarcará y modificará hasta el último resquicio de la vida pública y creará una nueva forma de relación entre los hombres, y entre ellos y el Estado». Llevaría razón Robert Ley: Sólo el sueño era ya privado.

La ley del 30 de Noviembre dejó a la Gestapo totalmente libre de tener que dar cuenta de sus actos al poder judicial. Los excesos de la Gestapo y otros cuerpos represivos alarmaron hasta el punto de que algunos generales y el ministro Frick –aunque éste lo hiciera como forma de ataque a Goering y como afirmación de su área de poder– presentaron un dossier a von Hindenburg denunciándolos. Goering convenció al Viejo Mariscal de que se trataba de actuaciones aisladas y le ofreció la cabeza de Diels; de todas formas, un mes más tarde, a finales de Octubre, Diels recobraba su puesto, que mantuvo hasta Abril del 34 cuando sería substituido por Himmler. El 1º de Diciembre, otra ley proclamó la unidad el Partido –ya único– y el Estado. Como lo había dicho Trotsky: «La Historia marca un único camino para tener razón: con y por el Partido». Ese mes los parados habían disminuido de 6.000.0000 a 4.500.000, y a finales de 1934 estarían reducidos a 2.600.000.

La Revolución culminaba. Todos los órganos del Poder –aunque desordenadamente, permaneciendo como taifas hasta el final– estaban tomados por el Partido. «Nuestra lucha es contra la Derecha y la Izquierda», dice Goering. El 30 de Enero de 1934, Klemperer habla en su *Diario* de la Ley de Centralización –el Estado Unitario– como «algo que los alemanes deseaban».

El 10 de Febrero, en *Monde*, en Francia, Barbusse lanza una llamada a la resistencia cultural contra el Nazismo; curiosamente, junto a su firma aparece la de Céline. Pero nadie prestó tampoco en Francia demasiada atención; el documento cayó en el mismo olvido que las proclamas de Klaus Mann en *Die Sammlung*, *Die Neue Weltbühne*, *Internationale Literatura*, etc., o los escritos de Romain Rolland en *Die Kölnische Zeitung*.

Paul Klee elige el exilio.

El proceso de consolidación del Universo Nazi se hizo con la Ley, con el Estado. «La puesta al paso» Totalitario, la Gleichshaltung no tuvo que arrasar ninguna barricada. Ni la prensa ni las radios ocultaban –por el contrario, daban buena cuenta– de las detenciones de opositores y «asociales». Como diría Hannah Arend: «El primer paso esencial en el camino hacia la dominación Total es matar en el hombre a la persona jurídica». Muy bien lo vio Élie Halévy: la estatización del pensamiento no lo es solo para la supresión de la opinión contraria a lo que se considera de interés nacional, sino por lo que pudiéramos llamar «la organización del entusiasmo».

La violencia, en vez de repugnarles, atrajo a las masas. Escribe Mosse, que esas masas sintieron el Nazismo como más democrático que la República de Weimar, hasta pensaron que ese régimen era más «de Ley», representaba con más verdad el Rechtstaat que lo había significado la República de Weimar. Y como dice George Steiner, ¿qué quedaba en ese pueblo –y esto podría extenderse a otras naciones– de las formas religiosas naturales que impidiera desencadenarse a esas energías malignas? Y esa es una de las claves más complejas: El Nazismo reducía las viejas barreras de clase, era «moderno», proclamaba la igualdad de la gentuza. Como dijo Benn – ¡Gottfried Benn!– por Radio Berlín, «jamás los obreros alemanes han vivido mejor que bajo el Nacionalsocialismo. En esto están de acuerdo hasta los comunistas y los socialistas. Hay un sentimiento general de vitalidad y energía». Y esas masas lo apoyaron no sólo por las evidentes coacciones, sino por su Fuerza. Una Fuerza y un poder que permitió a gran número de indeseables, que jamás hubieran alcanzado altos puestos con los antiguos sistemas, encaramarse a cargos y prebendas.

Apoyándose en la vileza, en la codicia, en esa fascinación, Hitler ascendió.

La psique asfixiada estaba lista a buscar aire en la compulsión de la matanza a gran escala. Como reflexionaba Arthur Koestler –sobre su propio «paso» por el Comunismo–, ceder a la tentación de las sirenas está en la naturaleza humana. Pero desear acostarse con un cocodrilo, eso es ya privilegio de nuestra época.

Las únicas trabas que podía Hitler haber encontrado –y que de hecho, encontró y le obligaron a algunos cambios– fue el poderío de los grandes industriales y la Reichwehr, el Ejército. El problema con la Iglesia Católica le importaba menos, aunque no así la lucha contra ella (le dijo a Goebbels que combatir la influencia de la Iglesia debía ocupar primerísima posición en el desarrollo del Estado). En cuanto alcanzó el poder, Hitler apoyó sin rodeos –incluso nombró a uno de los sacerdotes castrenses, Müller, Obispo del Reich– lo que llamaría «Nuevo Cristianismo Alemán»; y se ordenó que la Svástica ondease en las iglesias. Y, de hecho, cuatro años después, casi el 50% de los sacerdotes católicos habían sufrido amenazas, arrestos, detenciones y encarcelamientos. Pío XI, en la encíclica *Ardenti Cura*, de Marzo de 1937, denunciará la «nueva fe» nazi. Hitler siempre buscó –al menos aparentemente– «estar a bien» con esos poderes, lo que le llevó a combatir los impulsos del ala más izquierdista de su Partido y hacer a las Fuerzas Armadas numerosas y considerables concesiones. Con su discurso del 9 de Noviembre había

dejado ya muy claro que la unión con el Ejército –la «elección» por el Ejército– era incuestionable y que esa unidad del pueblo y el Ejército era la fuerza de Alemania. No cabe duda que lo que más interesaba a Hitler en la «construcción» de su poder, era la capacidad militar que soñaba para Alemania, y lo necesario para ello: el *Wiederwehrhaftmachung*.

Hitler sabía muy bien cómo conquistar el Poder y mantenerse mediante el Terror, pero intuía que la Economía era un campo complejo y que era imprescindible moderar el ala revolucionaria de los suyos. Así, el gran problema que tuvo que resolver, de cara a sus relaciones con los grandes industriales y con el Ejército, era la existencia y actividades de las SA y de su jefe, Ernst Röhm.

Röhm había sido compañero inseparable de Hitler en los primeros tiempos de lucha, el *Kampfzeit*; era un viejo combatiente, un camarada, el único en todo el Partido al que le permitía tutearlo. Hitler seguramente lo admiraba y sin duda le temía, pues su poder era muy considerable, basado en los millones de hombres de las SA que lo seguían fielmente.

Ya Goering había intentado frenar a las SA cuando en Agosto de 1933 –quizá correspondiendo así a su nombramiento de general por von Hindenburg– había disuelto a la policía auxiliar que tan eficazmente colaboró con sus designios con la ley del 22 de Febrero. A esa medida, Röhm había contestado con una exhibición de fuerza haciendo desfilar el 6 de Agosto ochenta mil de sus SA en el campo de Tempelhof. Era el aviso de la «segunda Revolución», esa que añoraban todos los radicales nazis y que sentían que les había sido arrebatada. Arnold Bronnen definirá a las SA como «parados y revolucionarios mal organizados, que desprecian a Hitler y quieren hechos»

A lo largo del Otoño-Invierno de 1933, y hasta la Primavera del 34, la apisonadora del Poder funcionó sin problemas. Alemania iba llenándose de uniformes, desde las calles y cafés, a todo el servicio público, y las universidades. El 30 de Enero de 1934, una Ley para la Reconstrucción del Reich acabó por subordinar todos los Estados Federales al Gobierno Central. Ya nada quedaba fuera del control de Hitler. Y las SA hambrientas de un botín que no les había llegado, desilusionadas de falsas promesas, no tenían ya cabida. Röhm –de cuyos sueños de arrasamiento de la sociedad capitalista y burguesa cerca estaba también Goebbels (Goebbels llegó a decir «prefiero la catástrofe con los bolcheviques a la esclavitud del capitalismo»–), no tuvo reparos en manifestar in crescendo su odio a los grandes industriales, a los junkers, a los conservadores, a los burgueses, y Hitler no sabía como pararlo. Röhm, además planteó en términos muy radicales la cuestión del Ejército: las Fuerzas Armadas estaban, para él, llenas de representantes del viejo mundo, y había que depurarlas y cambiarlas mediante la absorción de las SA y un mando único que, obviamente, se reservaba el propio Röhm. Y su fuerza era muy considerable, pues a finales del 1933 las SA tenían casi quince veces el total de hombres que el Ejército, aunque sin armamento pesado. El sueño de Röhm era un Ejército Popular. Más que

un nazi, Röhm era partidario de un Soldatenstaat. Von Schleicher y él habían acariciado la idea de una Dictadura militar con las SA bajo la autoridad de la Reichswehr.

El 1 de Febrero de 1934 Hitler tuvo una entrevista con Werner von Fritsch – emblema de la «vieja escuela»– que había sido nombrado por von Hindenburg, substituyendo a Hammerstein, Jefe del Estado Mayor Central. Von Fritsch le transmitió la inquietud de las fuerzas armadas por las intenciones de Röhm. Sobre todo, el discurso de éste en el Sportpalast de Berlín en Noviembre anterior, ante más de 15.000 oficiales de las SA, había sido implacable. Von Fritsch era proclive, más que a los nazis, a Hitler; detestaba la brutalidad y la arrogancia de la mayoría de los nazis pero se sentía atraído por el ideario expresado por Hitler y confiaba en que éste podría dominar a sus extremistas. De hecho la orden de que la cruz gamada se pusiera como insignia en el Ejército, fue promulgada por von Fritsch.

Hitler iba dando una de cal y otra de arena. Equilibraba los ataques furibundos de Röhm con entrevistas con los altos mandos de la Reichwehr, a los que les prometió restaurar el poder de las fuerzas armadas, asegurándoles que jamás serían llamados a participar en una guerra civil, de cuya «abolición» él era la garantía. Se esforzó en estrechar su relación con von Blomberg, quien le era muy fiel, y podía facilitarle al menos cierta neutralidad por parte del Ejército, fundamental cuando ya se anunciaba la muerte del Viejo Mariscal. El precio era maniatar a Röhm y silenciar sus pretensiones. El problema era complejo. Las SA eran los viejos combatientes, habían luchado y ahora no tenían botín. Y eran más de 2.500.000. Pero Inglaterra, por boca de Anthony Eden, le transmitió el «aplausos de «las Democracias» si lo conseguía, y en Mayo von Reichenau y von Blomberg negociaban con las S.S para el caso de tener que oponerse «por las malas» a las SA.

Este tira y afloja duró hasta Junio de 1934. En Febrero, para contentar a las SA, se había aprobado una Ley que fijaba pensiones a los heridos en las luchas callejeras, y otras subvenciones (como si hubieran sido heridos en la Gran Guerra), y en el mismo sentido cabe considerar la orden de von Fritsch de incluir la svástica como insignia militar. Pero Röhm no se contentaba, y exigió que las SA entraran en el Ejército, y volvió a exigir que se ordenara un mando único para él. Como postreros intento de calmarlo, aunque ya sin esperanzas, Hitler nombró a Röhm –junto con Hess– miembro del Gabinete del Reich. Pero a Röhm no le satisfacían esos honores «burgueses». Incluso se «montó» una fiesta para celebrar al asesino de Rathenau, calificándolo en prensa y radio y discursos como «el eliminador de...» Era otra forma de congraciarse con las SA. Como dice Klemperer: «El crimen elevado a rango de profesión». Pero Röhm siguió en sus trece.

Los altos mandos de las Fuerzas Armadas se entrevistaron con Hitler y le apremiaron a resolver el problema, y hasta fue llamado a consulta por el Viejo Mariscal; von Hindenburg le comunicó que se había pactado que el Ministerio de Defensa fuera responsabilidad tan sólo de la Presidencia, nunca del Canciller. Era el

NO definitivo a Röhm y sus pretensiones. Hitler aceptó y decidió –seguramente con dolor– abandonar a Röhm.

A primeros de Abril, von Hindenburg empeoró su salud. El día 11, Hitler tuvo una entrevista con motivo de unas maniobras, a bordo del crucero «Deutschland», con von Blomberg, von Fritsch y el Almirante Raeder. No hay dudas sobre que establecieron un compromiso: Que a la muerte del Viejo Mariscal la sucesión recayese en Hitler a cambio de que éste liquidara el «peligro Röhm». Al regresar, los Jefes del Ejército se reunieron en Bad Nauheim, el 16 de Mayo, y acordaron apoyar el pacto de von Blomberg.

Hitler hizo que se filtrase que iba a reducir los efectivos de las SA. Röhm se encolerizó y radicalizó más aún su postura. Goering –el ya general Goering– se opuso abiertamente a Röhm, y para contrarrestar a las SA empezó a reclutar una policía especial –nacida del seno de la Gestapo– a cuya cabeza en Prusia situó a Himmler (y con él a sus SS, que hasta entonces habían sido parte de las SA), y éste a su vez, a Reinhard Heydrich. La máquina policial «Total» estaba en marcha. El único que durante algún tiempo aún mantuvo su lealtad, aunque cada vez más apagada, hacía Röhm, fue Goebbels, pero en cuanto vio la gravedad de la situación y tuvo conocimiento de lo que iba a suceder, se apartó de él y se puso al servicio del ala Goering.

A primeros de Junio, von Blomberg le comunicó a Hitler las exigencias del alto mando de que liquidase «¡ya!» el problema Röhm. Parece ser que durante unos días, Hitler aún dudó –¿Vieja camaradería? No parece que en alguien como Hitler eso tuviera demasiada fuerza. ¿Miedo a la reacción de las SA? Parece más razonable–, pero después de entrevistarse con Röhm el día 4 de Junio, entrevista de más de cinco horas donde casi le rogó que fuera comprensivo con las necesidades de la realidad alemana, a lo que Röhm siguió negándose e incluso hizo más perentorias sus exigencias, Hitler se decidió por el Ejército. Después de esta dura entrevista, Hitler ordenó que se diera licencia a todos los miembros de las SA durante el mes de Julio, con prohibición de vestir el uniforme y hacer cualquier tipo de manifestaciones; que al reincorporarse el 1º de Agosto, ya se decidiría qué había que hacer. Röhm anunció el 7 de Julio que se tomaba unas vacaciones por enfermedad.

Parece ser –o eso dijo Hitler después, en su discurso del 13 de Julio– que Röhm no estaba «pacificado». Trató de ponerse en contacto con el general von Schleicher, y después de varias reuniones ambos acordaron –von Schleicher actuaba ya movido sólo por el rencor, sin ninguna apoyatura en la realidad política– que las exigencias de Röhm eran aceptables y posibles. Röhm comenzó a preparar, con el apoyo de Gregor Strasser, un golpe de Estado: se haría prisionero a Hitler y se apoderarían del gobierno. Hay que tener en cuenta que las SA tenían más de 4.500.000 hombres, y sobre todo que Röhm era la única persona capaz de enfrentarse a Hitler y además el más decidido a enfrentarse también a la Reichswehr. Acaso esos planes no pasaran de especulaciones, pues ni el entramado político y policial, ni el Ejército, lo hacían

imaginable; y además, los jefes SA no estaban informados en general –más allá de su habitual resentimiento y la nostalgia de su «Revolución traicionada»–, pues no hubieran sido sorprendidos como lo fueron de estar complicados verdaderamente en un golpe de Estado. Hasta habían decidido reunirse el 30 de Junio en Wiesse, cerca de Munich, para una de esas reuniones «de fraternidad nazi» que tanto les gustaban.

Hay sin embargo una anotación en el Diario de Klemperer –la del 13 de Junio de 1934– donde dice que le escama la orden de Röhm a las SA para el 1º de Agosto: «Haremos entonces lo que tenemos que hacer...» Quizá deba tenerse en cuenta el «olfato» de Klemperer. Por su parte, Hannah Arendt no descarta un complot Röhm-von Schleicher para poner todas las formaciones paramilitares bajo la autoridad militar de la Reichswehr, que habría dado un Ejército «inmediato» de millones de hombres y una dictadura militar.

Gisevius dijo en Nuremberg, a preguntas de Jackson, que no hubo un intento de golpe por parte de Röhm, sino un golpe de Goering y Himmler. Goering, obviamente, le ratificaría a Jackson que sí hubo un golpe de las SA.

No parece razonable que si hubiera estado en marcha un golpe inminente, el Jefe de las SA de Pomerania, Karl Ernst, hubiera decidido hacer un crucero hacia Madeira; lo trajeron del barco para fusilarlo. También parece probado que el Ministro de Interior –Frick– no sabía nada. Lo más seguro es que todo fue montado por Goering, Himmler y Goebbels –por orden de Hitler– y ejecutado por la SS. Goebbels escribiría el mejor epitafio de las SA: «Querían tener una Revolución. Pues bien, ya la han tenido».

El último empujón que precisaba Hitler para tomar una decisión de tal envergadura, se la dio von Papen, que le comunicó no sólo su propio malestar por los excesos de Röhm, sino el del Viejo Mariscal, quien había considerado incluso que el Ejército actuara para poner las cosas en su sitio si Hitler no era capaz de hacerlo. Ese ultimátum se vio coronado por un gran discurso de von Papen el 17 de Junio en la Universidad de Marburgo –discurso que le había escrito Edgar Jung– donde expresó la ansiedad de toda Alemania por alcanzar un orden y una prosperidad libres de la amenaza de esa «Segunda Revolución» que predicaban las SA y Röhm. Aunque Hitler trató de minimizar ese discurso, pronunciando él otro, en Gera, de tono despectivo hacía von Papen, y a que Goebbels impidió la publicación de las palabras de éste, el hecho es que su contenido fue conocido y aclamado, y tan mayoritariamente que esa vez sí parecía que recogía su voz la del pueblo alemán. Y Hitler no podía dejar de escuchar esa voz, que además se unía, el 21 de Junio, a la del general von Blomberg expresándole el ultimátum de Hindenburg y las Fuerzas Armadas: O de forma inmediata «reducía el Canciller la tensión originada por Röhm o el Presidente promulgaría la Ley Marcial y la entrega del poder al Ejército». El día 25 de Junio, el general von Fritsch puso a las tropas en estado de alerta y las acuarteló. El día 28, la Liga de Oficiales Alemanes expulsó a Röhm de su sociedad. Víctima de

todos estos acontecimientos lo fue, el primero, Edgar Jung, quien había escrito el discurso de von Papen, que fue detenido por la Gestapo el día 26.

El día 28, al tiempo que Röhm era expulsado, Hitler se reunía con Krupp y con Thyssen, y los puso al corriente de los acontecimientos. Después siguió camino hacía Essen para asistir a la boda del gauleiter Terboven, quizá para escenificar una normalidad que ocultara a los que pronto iban a morir, la preparación de la carnicería.

El 29 de Junio, Hitler se entrevista en Godesberg con Goebbels. Este le comunica que las SA de Berlín habían recibido órdenes para acuartelarse; por otros conductos llegan a Godesberg noticias similares de Múnich. Al mismo tiempo, Hitler recibe la noticia del agravamiento de von Hindenburg, hasta el punto que había sido requerido en su casa el especialista Dr. Saverbruch.

La noche del 29 al 30 de Junio, Hitler se dirige hacía Oberwiesefeld. Es lógico pensar que la tarde anterior, valorando todas las informaciones, había dado el visto bueno para la represión. Goering, Himmler y Goebbels, serían los ejecutores. Todos –cómo recuerda uno la escena I del acto IV de *Julio César*– ellos, más Heydrich, tenían ya preparados sus listas negras de enemigos a eliminar. La «purga» comenzó en Múnich con la detención de los Jefes de las SA locales. Luego, llegó la Noche de los Cuchillos Largos; la operación Colibrí. (Por cierto, qué casualidad que esa noche, en Berlín, estuvieran Kim Philby y Dereck Balikie). En las primeras horas de la mañana del día 30, una columna de blindados y camiones con SS, se dirigen a Wiese, donde estaba la mayoría de los Jefes de la SA, empezando por el propio Röhm.

Lo sucedido es –o debería serlo– conocido.

El propio Hitler arrestó a Röhm, que estaba en su cama, desnudo, con un jovencito. Sepp Dietrich, Comandante del Regimiento Leibstandarte SS, organizó las ejecuciones en la prisión de Stadelheim. Más de ochenta jefes de las SA –con Röhm a la cabeza (aunque él murió asesinado en su celda, ya que no quiso suicidarse)–, entre ellos Heines, Schneidhuber, von Krause y von Haydebreck, fueron fusilados en esa jornada en Múnich y otros lugares. La carnicería de esa Noche de los Cuchillos Largos no dejaría fuera al general von Bredow, a los hombres de von Papen (Jung –al que asesinan para advertencia a los nacionalistas jóvenes, como la muerte de Kahr lo sería para los nacionalistas viejos– y Bose), a Gregor Strasser (deuda saldada) ni al general von Schleicher, a quien asesinaron junto a su esposa en su domicilio; al líder de la Acción Católica, Erick Klaufener. Hubiesen podido decir como Hasting al encaminarse al suplicio: *They smile at me who shortly shall be dead*. Von Papen logró salvarse porque Goering acaso consideró que su eliminación podría traer problemas más difíciles, ya que era un «protegido» de Hindenburg, pero fue recluido en su casa.

Cuando terminó el «Sacrificio», el general von Blomberg expresó a Hitler el agradecimiento del Ejército por su decisión, y llegó al extremo de incluir en su orden del día la expresión de la fidelidad y devoción de las Fuerzas Armadas hacía su Führer. Pocos, como Guderian o von Rundstedt, pensaban que el Ejército debería

haber pedido explicaciones más satisfactorias. Aunque von Hindenburg no dejó de felicitar a Hitler diciéndole: «Quienes hacen la Historia han de ser capaces de derramar sangre».

El día 3 de Julio se promulga una ley amnistiando todos los actos cometidos entre el 30 de Junio y el 2 de Julio, justificándolos como «medidas tomadas contra los actos de alta traición».

El 13 de Julio Hitler se dirigió al Reichstag y expuso lo sucedido como defensa del Estado.

En verdad, el pueblo alemán respiró aliviado. Estaba cansado de las SA, de su violencia y su «revolucionarismo». Hasta el jurista Carl Schmitt publicó el 1º de Agosto un artículo justificando y amparando legalmente las ejecuciones, como «Justicia del Führer». «La muerte toma el poder en Alemania».

Cuando todo parecía «en orden», sucedió un acontecimiento en Austria que no le convenía, al menos tan pronto, a Hitler. El 25 de Julio, los nazis austriacos intentaron un golpe y asaltaron la Cancillería de Viena, asesinando a tiros al Canciller Dollfuss. Hitler –aunque obviamente estaba al tanto del complot– tuvo miedo a las reacciones de otros países, sobre todo de Italia, y se apresuró a condenar la intentona. Goebbels hizo modificar rápidamente el texto de la noticia preparada para la Agencia Alemana –entusiasta en su anterior redacción– y los asaltantes quedaron desamparados; tanto, que los asesinos de Dollfuss, que se habían refugiado en Alemania junto a varios miles de nazis austriacos, fueron entregados al gobierno de Viena. Hitler ordenó el cese de su embajador allí, y lo substituyó por von Papen, lo que fue buena salida para uno y otro.

El 1º de Agosto de 1934, el Gabinete aprobó la Ley que acumulaba la Presidencia del Reich y la Cancillería. Se hizo para modificar una rectificación que se había introducido en Diciembre de 1932 en las Leyes Fundamentales, para que a la muerte del Presidente sus funciones quedaran asumidas por el Tribunal Supremo; ya que con anterioridad, el artículo 51 de la Constitución de Weimar establecía que los deberes de la Presidencia recaían en el Canciller hasta la celebración de nuevas elecciones presidenciales.

El 2 de Agosto murió el Mariscal von Hindenburg. Una hora después de su fallecimiento, se anunció esa fusión de la Cancillería y de la Presidencia, con lo que Hitler quedaba convertido en Jefe del Estado y Comandante Supremo de las Fuerzas Armadas. Esta proclamación fue refrendada –o así se hizo público– por von Papen –aunque posteriormente él negaría (tanto en Nuremberg como en otros foros y textos) su firma, lo que acaso sea cierto–, Neurath, Schwerin von Krosigk, el general von Blomberg y el Dr Hjalmar Schacht. Ese mismo día todos los oficiales y tropa juraron Fidelidad –el Führerprinzip había sido pactado por Hitler con von Blomberg– no a Alemania o a la Constitución, sino a Hitler. Este juramento vulneraba el artículo 176 de la Constitución. Pero una Ley de 20 de ese mismo Agosto, aprobó la prerrogativa.

El 19 de Agosto, el pueblo alemán fue llamado a que expresara por plebiscito su aprobación del nombramiento de Hitler como Canciller del Reich y Führer. (Ya se había producido una «votación secreta» que podríamos llamar se asentimiento biológico: en 1933 el índice de natalidad había aumentado un 22%).

Como dice George Steiner, el intelecto y el sentimiento estaban literalmente fascinados por las perspectivas de un «fuego purificador».

Votaron más de 43.500.000 alemanes (el 95,7% del censo). 38.362.760 clamaron SÍ; 4.294.654 dijeron NO; 872.296 votaron en blanco. La mejor expresión del concepto de Repräsentation elaborado por Carl Schmitt. Great Tyranny, lay thou thy basis sure, for goodness dare not check thee, decía Macduff: Consolida tú inmensa tiranía, tu inmovible base, ya que la virtud no ha de osar enfrentarse. Como escribió mi maestro von Hayek, quizá ese espectáculo de millones de personas votando su completa subordinación a un tirano, pueda hacernos comprender que la Democracia no asegura necesariamente la Libertad. Cuando a ese pueblo le llegue el último discurso de Hitler, el 23 de Enero de 1945, en una nación arrasada: «Vosotros y yo constituimos esta comunidad solidaria unida por su juramento sagrado, y por ella imploramos del Todo Poderoso su gracia y bendición», esa lealtad permanecería.

Llegarían a saciarse de Horror.

«“Pero, ¿por qué estoy detenido, y para colmo, de esta manera?” “Ya vuelve usted a empezar” dijo el inspector, hundiendo una tostada con manteca en el bote de miel. “No respondemos a semejantes preguntas”.

“Se verán obligados a responderlas” dijo K... “Miren mis papeles de identidad. Y ahora, ¿pueden mostrarme los suyos? Sobre todo, déjenme ver la orden de detención”.

“¡Dios mío, Dios mío! ¡Cómo le cuesta comprender! Se diría que quiere irritarnos inútilmente, a nosotros que, sin embargo, somos sin duda en este momento las personas que mejor le quieren”».

FRANZ KAFKA